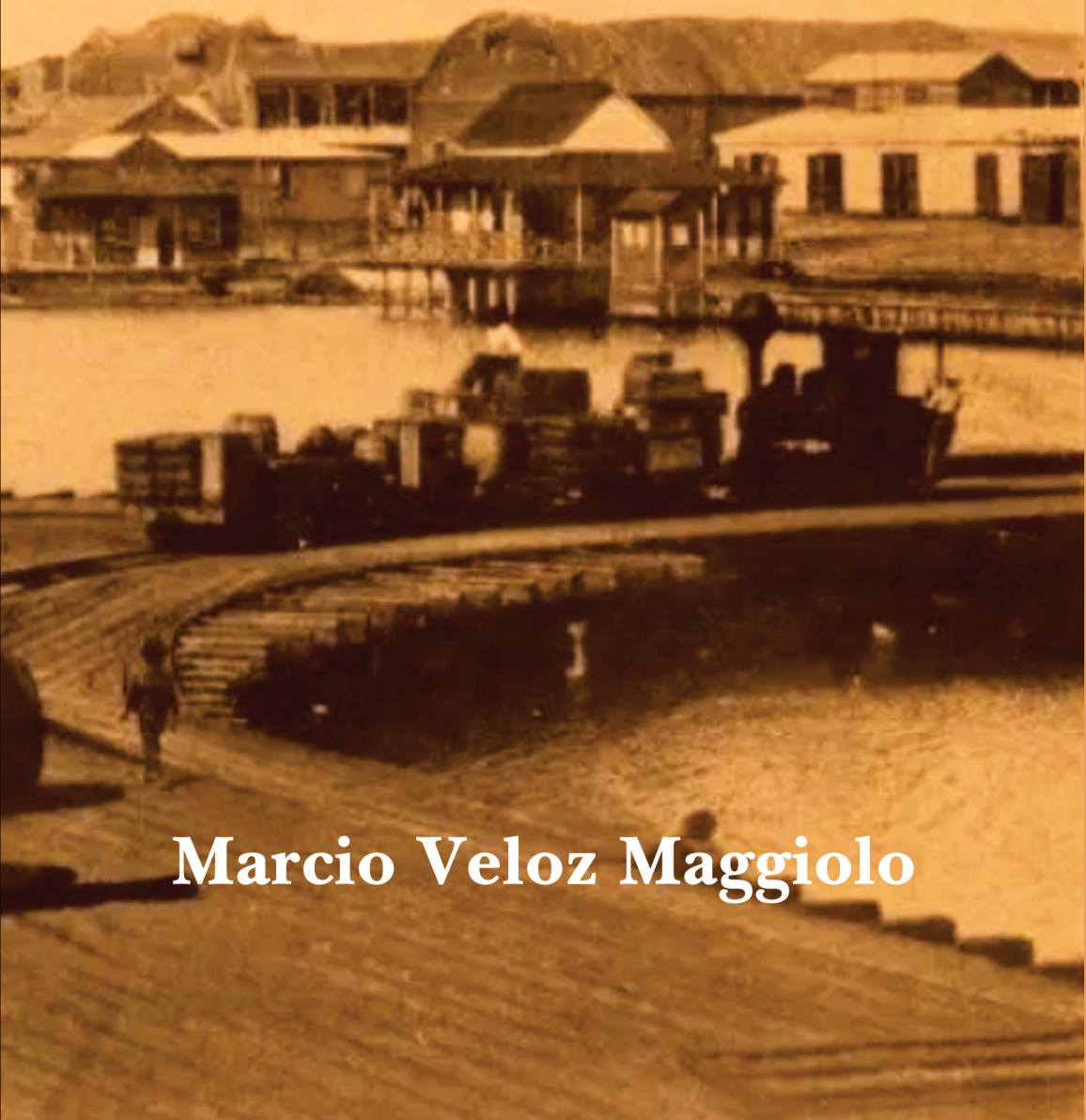


**Archivo General de la Nación
Volumen CCCXLV**

La vida no tiene nombre
◀──────────▶
Los ángeles de hueso



Marcio Veloz Maggiolo



LA VIDA NO TIENE NOMBRE



LOS ÁNGELES DE HUESO



Archivo General de la Nación
Volumen CCCXLV

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

LA VIDA NO TIENE NOMBRE



LOS ÁNGELES DE HUESO

Santo Domingo
2018

Cuidado de la edición y corrección: Orlando Cordero
Diagramación: Rafael R. Delmonte Soriano, Harold Frías Maggiolo
Diseño de cubierta: Orlando Cordero
Motivo de cubierta: Muelle de San Pedro de Macorís a principio del s. XX.

La vida no tiene nombre

Primera edición, Impresora Arte y Cine, 1965
Segunda edición, Ediciones Ferilibro, 2006

Los ángeles de hueso

Primera edición, Impresora Arte y Cine, 1967
Segunda edición, Editora Taller, 1985

© Marcio Veloz Maggiolo, 2018

De esta edición

© Archivo General de la Nación (vol. CCCXLV)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz, núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-99-45-6130-7-0

Impresión: Editora Búho, S.R.L.

Impreso en República Dominicana • Printed in the Dominican Republic

Índice

Presentación	
<i>Orlando Cordero</i>	9
<i>La vida no tiene nombre</i>	15
<i>Los ángeles de hueso</i>	59
Capítulo I	61
Capítulo II	75
Capítulo III	79
Capítulo IV	87
Capítulo V	95
Capítulo VI	105
Capítulo VII	113
Capítulo VIII	117
Capítulo IX	121
Capítulo X	127
Capítulo XI	133
Capítulo XII	141
Capítulo XIII	147
Capítulo XIV	153
Capítulo XV	161



Presentación

HISTORICIDAD Y FICCIÓN EN MARCIO VELOZ MAGGIOLO

En *Los límites de la objetividad y el desafío posmodernista*, Julián Casanova afirma que “un hecho histórico era algo que había sucedido en el pasado y que había dejado huella en documentos para que pudieran ser reconstruidos por el historiador”. La historicidad, en síntesis, es pragmatismo y certeza basados en la objetividad de los acontecimientos. Puntualizamos que con la ficcionalización de los datos expuestos en la novela, sin duda la historia como tal adquiere un giro democrático; en la novela histórica, los testimonios narrados afrontan una vivacidad ceremonial mediante el empleo de los recursos estilísticos literarios; en cuanto a lo que se ha dicho, hay que destacar que, en lo que se refiere a la novela histórica, aunque los hechos narrados sean fidedignos, con la carga de experimentación lingüística y otros recursos, el texto siempre será ficción. Pero debemos celebrar la novela histórica, que a través de

la democratización de los hechos históricos es, en esencia, el gran triunfo de ella.

La novela histórica dominicana tiene sus antecedentes en la literatura francesa. Una de las primeras obras precursoras de la literatura dominicana de este género es *Enriquillo* (1882) de Manuel de Jesús Galván; esta novela presenta una elogiada fidelidad a los hechos históricos, y su primera entrega se efectuó en 1879, la cual nos muestra la desigualdad entre los enfrentados, la violencia del conquistador, las intrigas cortesanas, y la emblemática rebeldía del cacique Guarocuya. Las primeras novelas criollas las son en *El monterero* (1856) de Pedro Francisco Bonó y *La campana del higo: tradición dominicana* (1866) de Francisco Angulo Guridi. Las posteriores novelas *Baní o Engracia* y *Antoñita* (1892) de Francisco Gregorio Billini, pasando por la trilogía de Federico García Godoy *Rufinito* (1908), *Alma dominicana* (1912) y *Guanuma* (1914), y *La sangre* (1914) de Tulio Manuel Cestero representan la madurez de esa época. En la década de los años 30 del siglo XX se producirán obras de un interesante valor estético como lo es *La mañosa* (1935) de Juan Bosch, *Los enemigos de la tierra* (1936) de Andrés Requena, *Cañas y bueyes* (1936) de Francisco Moscoso Puello, *Over* (1939) de Ramón Marrero Aristy, entre otras. El problema que presenta este tipo de introducción, es que el enfoque es limitado, debido al breve espacio que debe tener este texto.

Con relación a nuestro autor, este ha dejado su impronta en todos los géneros literarios: poesía, cuento, teatro, novela, ensayo y literatura infantil. Parte integral del cambio narrativo de la dominicanidad, Marcio Veloz Maggiolo nos brinda aquí, en este volumen, dos novelas históricas fundamentales. Se trata de *La vida no tiene nombre* (1965), y *Ángeles de hueso* (1967). Ambas novelas ofrecen al lector una visión crítica de dos periodos distintos de la intrahistoria criolla, y a su vez consagran al autor como uno de los representantes de la novela histórica, no solo en el contexto nacional,

sino que también su obra es admirada y respetada en toda Latinoamérica. Ambas narraciones que aquí presentamos recogen los cánones y preocupaciones estilísticos de la narrativa hispanoamericana de mediados del siglo XX. Ambas novelas, a su vez, suponen una nueva narrativa en el contexto criollo, y enuncian el germen vital que irá transgrediendo la forma de narrar de este gran autor. Lupo Hernández Rueda señala que el primer ensayo de novela experimental en nuestro país se lo debemos a don Marcio. Sin duda, la dictadura trujillista, estigmatizada en la obra de este autor, se da a conocer a través de las atrocidades cometidas a lo largo y ancho de esos 31 años de poder absoluto. Un rasgo peculiar en la obra de Veloz Maggiolo es la impronta de innovaciones en la que se hace patente un novedoso discurso sobre la dictadura, añadiendo a esto un análisis psicológico de un Santo Domingo carcomido por ella. El anecdotario real maravilloso, exacerbadamente expuesto en su *Biografía difusa de Sombra Castañeda*, nos da a conocer a un “Curimbagó, negro bembú, muerto a los dieciséis años en 1821; Antonio el bacá; el indio Miguel de 1515, quemador de carbón desde que Trujillo llegó al poder, y en donde la voz de un presidente títere despide [elogiosamente] el cadáver del dictador Trujillo que penetra el sueño de un moribundo [que] asediado por un *delirium tremens* final, inventará a su modo la disolución de la dictadura”.

La vida no tiene nombre es un relato penetrante, circunscrito a las provincias orientales sublevadas, que presenta la ruralidad inclemente y cruel, en un ambiente provinciano, devastado por una serie de vicisitudes cotidianas, y en donde la voluntad de un grupo de gavilleros es una elegía que corona el inconformismo y la soledad de la resistencia. Asimismo es un relato limpio, con un lenguaje impoluto, y si se quiere descarnado, que narra la historia de Ramón el Cuerno, un gavillero nacionalista que se enfrenta a varias batallas en su pírrica vida de precariedades, y que tiene

como frente principal el enfrentamiento armado contra un ejército foráneo, que además de invasor es cruel, opresor y despiadado. A eso se añade la discriminación racial, la descomposición social de una aldea ágrafa que conspira contra sí mismo, la miseria como garante de un pueblo que es inculto, el odio y la traición como consustancialidad de una herencia familiar que corroe sus propios cimientos, y como colofón, la enfermedad de su madre. Ramón el Cuerno, recostado en un duro banco, bosteza y acota:

Se acerca la hora de mi fusilamiento. Me quedan días, pocos días. Dentro de poco tiempo un sargento dirá el famoso “fire” que ha quitado del medio a tantos dominicanos buenos.

En esencia, Ramón el Cuerno, el personaje principal de la novela, encarna una historia llena de nacionalismo, de desesperanza y crueldad. El escenario donde se desarrolla mayormente la novela es toda la zona rural de las provincias orientales del país, en donde el ejército de ocupación estadounidense se trasladó y desarrolló una ardua campaña militar que paulatinamente aplastó a los grupos de resistencia, denominados despectivamente “los gavilleros”. Sobre este respecto, el historiador Roberto Cassá en su libro *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana* de 1916, agrega:

Cuando enfrentaba insurgentes irregulares, el gobierno procedía a calificarlos de «gavilleros», esto es, bandidos, a sabiendas de que obedecían a un móvil político, aprovechando los actos delictivos ocasionales que cometían. Esto no amilanaba a los insurgentes, quienes en todo momento seguían reclamando su condición de «revolucionarios». En verdad, sus acciones no se asimilaban a las de bandoleros, sino a las de políticos que perseguían el poder. Ahora bien, el ejercicio del mando contenía múltiples facetas delictivas, lo que, en

sentido inverso, facilitaba que los papeles entre el gobierno y la revolución fueran intercambiables.

“La tragedia de Farina gira como una hélice, se mezcla con Nexus”. El apelativo “tragedia” confiere a *Los ángeles de hueso* una singular narrativa sobre lo elegíaco.

El trujillato, desde antes de establecerse como poder, comenzó a aplastar todos los reductos de resistencia que iban surgiendo, porque la estrategia utilizada por los artífices de la dictadura fue crear una figura mesiánica, mitológica, de múltiples cabezas, que sirviera de estandarte para ir creando a una nación de sicofantes.

Juan Ciprián, el protagonista de esta novela, miembro de un cuerpo de expedicionarios, enfrentará junto a otros, a sangre y fuego, las huestes trujillistas que lo esperarán pacientemente, y allá, en esa gran ruralidad, surgirá un tétrico desenlace de crueldad sin fin y de desolación:

Mi hermano sonreía cuando lo encontramos lleno de huecos.

La gran ruralidad sería el escenario propicio en donde la resistencia haría su patriótica lucha. El año 1934 representó un primer intento conspirativo, para luego seguir un segundo conato en 1949, y otra expedición final de los movimientos rebeldes, que culminó fatídicamente en 1959. Todas estas conspiraciones fueron fallidas porque el Benefactor era invencible, su poder omnímodo lo arrastraba todo. Otro factor que impidió que los movimientos de resistencia tuvieran éxito fue que la población, en sentido general, disponía de escasa conciencia, y la poca que tenía estaba atada a una relación paternal, llena de emotividad por la figura egregia, coronada de insignias y parafernalia de exquisita brillantes de un padre-dictador; insignias que significaban sangre y poder desbordante.

Los ángeles de hueso es una novela de la dictadura, y refleja el indisoluble sello de renovación y ruptura, en cuanto a los procedimientos técnicos que alcanzó en los años 60 la narrativa hispanoamericana, en donde la experimentación lingüística pone a prueba los sentidos de los más exigentes lectores. *Los ángeles de hueso* es una novela que expresa la fatalidad y, a su vez, resalta lo real maravilloso de una época cargada de paroxismo y singularidades. Este texto, de un tono altisonante y elegíaco, sintetiza un rigor histórico y un discurso narrativo de extraordinario valor estético.

Marcio Veloz Maggiolo es poeta, cuentista, novelista, crítico, antropólogo, investigador, arqueólogo, Premio Nacional de Literatura de 1996, celebrado contertulio de los años 60, maestro de generaciones y artífice de una obra cardinal que enriquece las letras latinoamericanas. Con la redición de estas dos novelas: *La vida no tiene nombre* y *Los ángeles de hueso*, se enriquece el catálogo del Archivo General de la Nación, cuyo propósito es dar a conocer el acervo cultural y difundir la memoria histórica de la República Dominicana.

ORLANDO CORDERO

LA VIDA NO TIENE NOMBRE





LAS TIERRAS DEL ESTE son pródigas en caña de azúcar y yerba para el ganado. Son tierras donde los hombres no tenemos ni siquiera precio; donde los hombres trabajamos como animales, de sol a sol, por unos cuantos centavos americanos. Para mí, que en estas tierras uno ya ha perdido hasta la conciencia, porque cada familia tiene miedo de sus vecinos debido al terror que implantan los invasores con la fuerza de sus fusiles máuser y de sus ametralladoras. Ellos han establecido sus leyes a fuerza de ahorcamientos y balazos. Todos las respetamos, o mejor dicho, casi todos.

Antes este país fue de los españoles. Contaban los viejos de mi campo lo mucho que se tuvo que pelear para echarlos fuera. Los dominicanos somos como la caña de azúcar, tenemos la sangre dulce y parece haber quienes tienen siempre la necesidad de chuparnos como a bagazos.

Los haitianos nos invadieron varias veces, y también los franceses y los ingleses; todo esto me lo dijeron los que saben de estas cosas y se han guardado sus historias para que los que vivimos en el campo no olvidemos que morir por nuestra tierra es un honor.

A mí ni siquiera tienen que decírmelo. Yo estoy aquí con una gran llaga en una pierna y espero de un momento a otro el pelotón de fusilamiento de la Guardia Nacional.

¿Saben ustedes lo que es la Guardia Nacional? Pues una milicia que los americanos han inventado, con la cual persiguen a los dominicanos que andan alzados por los campos... ¡Es terrible!

Las tropas de los gringos recorren en mulos y caballos los innumerables caminos que se pierden entre los cañaverales y bateyes.

Ellos son de un país que se llama «Los Estados Unidos». Un país que a pesar de su nombre no quiere unirse a nosotros y ayudarnos, sino darnos mal trato y mala vida.

Llegaron un buen día los marines de Estados Unidos y oí decir que un tal mister Knapp tenía la muñeca fuerte, es decir: era capaz de meter en cintura al más pintado. Yo no lo conocí; solo he oído mencionar su nombre, y les juro que lo que dicen de él parece verdad: por muertes y atropellos no se paraba el mister Knapp. Les partió el pescuezo a muchos infelices, y dicen que se reía cuando le informaban que uno de nosotros había caído en las garras de los marines. Esto solo puedo asegurarlo a medias, porque también lo he oído, pero a juzgar por las cosas que he visto hacer a otros americanos, no dudo que lo del tal mister Knapp pueda ser cierto.

Estoy preso por dos delitos: haber combatido a las fuerzas de ocupación y haber asesinado a mi padre. De los dos me siento conforme. Yo soy un hombre sincero, un hombre al que no le gustan las mentiras, un hombre que un día trató de olvidar su pasado y no pudo. En estas tierras del Este son así las cosas. Nadie sabe cuándo le viene a uno la de fuñirse, la de salir embarrado. A mí me sucedió la cosa y aquí estoy, esperando que cualquier abusador dé la orden de fusilamiento y me cuadren tres o cuatro balas en medio del pecho o en plena cabeza. Caeré como lo que he sido: un hombre que no le tiene miedo a la muerte, un hombre valiente. Sí señor, yo puedo decir, sin temor a ruborizarme, que soy un guapazo y mis compañeros muertos hace ya tiempo no me dejarían mentir si estuviesen aquí, cerca de mí.

Combatí a las tropas de ocupación y desgañoté a mi padre. Por eso estoy aquí. Pero resulta extraño cómo cosas que no tienen nada que ver la una con la otra se juntan para desgraciar a uno. Cuando salí a visitar a mi padre no llevaba la intención

de matarlo, aunque se lo merecía; o tal vez la llevaba tan profundamente metida entre las costillas que no me daba cuenta de nada. La pura verdad es que tuve mala suerte. Yo pude vivir felizmente y el destino me hizo una jugada terrible. Yo pude vivir en sosiego; cuando me atraparon los yanquis era yo un hombre de paz, pero ellos no podían perdonarme mi pasado y mucho menos mi crimen, lo comprendo, por eso me patearon como un animal cualquiera y me pelaron la espalda a fuerza de tablazos. Dicen que este es el sistema que utilizan ellos en Estados Unidos para hacer hablar a los delincuentes. Yo no conozco de sistemas, tal vez sea incivilizado, pero la verdad es que siendo incivilizado yo buscaría otro modo de romperle la crisma a uno.

Dentro de poco me enfrentaré, así y todo, al pelotón de fusilamiento. Como nunca me he enfrentado a uno me siento nervioso. Es natural. No soy un militar, soy un simple patriota retirado, así es que el dolor de la pierna y los golpes, unido a la ignorancia, me hacen sentir así, a pesar de que he presenciado cómo las balas de los fusiladores han acabado con la vida de algunos de mis amigos.

Dicen que los gringos de Tejas son los peores. A lo mejor uno de ellos es el escogido para que diga el «¡fire!» con el que dejan a uno patas arriba como un marrano. Quisiera caer como caen los hombres, pero sé que me será imposible mantener el equilibrio, especialmente si los guardias del pelotón se apostan muy cerca de donde estaré. El impacto de las balas me haría recular y caería patas arriba; no sé cómo podré evitarlo. Caeré echando sangre por la boca. He visto muchos fusilados y casi todos echan sangre por la boca. Uno se pregunta si se han puesto todos de acuerdo para hacer lo mismo. Uno no comprende esas cosas, pero suceden con naturalidad y hay que tomarlas como vienen.

Yo sé que todo lo que me va sucediendo hubiera podido ser de otro modo, pero no contaba con lo inesperado. Uno nunca cuenta con lo inesperado. Dentro de algunos momentos me

sacarán a realizar algún corte de caña en cualquiera de los campos cercanos a la cárcel. Esto lo imagino, porque no tengo ni siquiera noticias de lo que se haya hecho con otros presos. Pero me da por imaginar e imagino todo lo que me viene en ganas, y nadie puede impedirme que utilice mi imaginación.

Me duelen los ojos. Han pasado varios días desde que estoy aquí. La verdad pura y llana es que vine al mundo con el plan de joderme metido entre una ceja y la otra: primero guerrillero y después criminal.

Es de tarde. Las nubes ruedan por el aire como pelotas de lodo. Nubes hediondas, sucias, hijas sabe Dios de quién.

Estoy sentado en un canapé lleno de chinches por todos los costados... Ahora pienso en que cuando era niño el maestro me decía que una isla era un pedazo de tierra rodeado de agua por todas partes, y en mi caso podría decirle que un preso es casi lo mismo, con la diferencia de que en vez de agua lo que le rodea son chinches y sabandijas.

Tengo una hermana llamada Santa. Quisiera escribirle una carta y ni ánimo tengo para hacerla. Me ha dado con recordar mi infancia, que la mayoría de las veces me aturde, aunque otras me produce alegría.

Recuerdo que era un carajete de pocos años cuando corría, jugaba entre el cundeamor y las mayas cazando lagartijas con cerdas de cola de caballo. Mi hermanita huía cuando yo trataba de obsequiarla con un par de animalitos de esos.

Ella me producía pena. ¡Tan flaca y tan débil, tan enferma siempre!

La tierra donde vivíamos, muy cerca de El Seibo, estaba dedicada al ganado, porque a mi papá le gustaba eso de la ganadería y vivía metido entre los potreros y las vacas, de aquí para allá y de allá para acá. No se cansaba nunca el viejo, y soñaba únicamente con sus yeguas y sus sembrados, sus becerros y todas esas vainas que al fin y al cabo le joroban a uno el corazón y lo convierten en un desgraciado de marca mayor.

Yo dizque era feliz.

Después de mucho tiempo me di cuenta de que ser feliz es de las cosas más difíciles.

A papá a estas horas se lo deben haber comido los gusanos. Unos gusanos grandes y feos como la conciencia del jefe de los marines.

A unos diez kilómetros de aquí está la casa que fue de papá y que ahora es de mi hermano. Dicen los de por ahí que aquella casa es colonial y que fue construida por unos españoles de apellido Rodríguez que murieron todos a causa de las fiebres y calenturas más terribles. Desde que aquellas gentes dejaron la casa nadie se había atrevido a vivir en ella, hasta que apareció papá y se plantó allí como una estaca de campeche y procreó su familia, de la que por casualidad formé parte. Eso sería por el año de 1890, porque yo tengo ahora treinta y un años, si mal no recuerdo.

La tierra de aquel lugar era paridora y papá decía que jamás sembraría caña de azúcar, porque aquello era asesinar esas tierras, y al que cometía un crimen así, según opinión de papá, era menester romperle las costillas o darle un balazo en la cabeza. Así quería papá las malditas tierras esas.

La verdad es que la malvada tierra producía de todo, hasta traidores, como mi hermano Fremio.

Desde la casa hasta el mejor camino había una vereda enorme y pestilente de albahacas, y una pequeña ruta salpicada de cerezas tan agrias como el mal aliento del carcelero que me cuida.

Cuando regresé por última vez, hace solo unos días, todo estaba diferente. No pensaba yo que una hacienda podía cambiar tanto en tan pocos años. Me sorprendí de ver aquello. El pasto había desaparecido, y la tierra pelada como la cabeza de un guardia nacional hervía calentada por el sol.

Supuse que detrás de lo que habían sido los sembrados más pródigos cruzaba todavía el arroyuelo. ¡Qué va!, nada, nada, el arroyuelo estaba seco y el cauce estrecho, como si

algún desocupado se hubiese puesto día por día a cubrirlo con piedras, troncos viejos y tierra reseca.

La casa daba asco. Un montón de basura; rota, sucia, grimsa, llena de mugre. ¡Qué casa!... Pero allí vivía gente todavía. Por eso pude cometer el crimen.

Como no existían ya sembrados y la tierra se había rebelado contra papá y los suyos, creí por un momento que los marines de ocupación se habían hecho cargo de aquella residencia antes llena de lujos por todas partes; pero no, mi padre colaboró con los marines y mi hermano Fremio al lado de otros tan temibles como los propios gringos, se prestó a la cacería de gavilleros, para que así los americanos respetaran su podrida hacienda.

Fremio fue de los que ayudaron al capitán Harrison a «baquetear» a Felipe Cruz, y fue de los que le metieron un cubo de agua por un embudo al mayoral de La Capulina, Juan Remedios, un pobre negro que no era capaz ni de matar una garrapata.

Yo vi la casa y me dieron ganas de acabar de reventarla. ¡Esa maldita casa!

Mientras yo peleaba con un máuser entre las pezuñas, estos de la casa, papá y Fremio, le hacían la corte al capitán Harrison y le brindaban las trabajadoritas de aquel lugar, que tenían que acostarse obligadamente con los soldados, y que daban a luz luego hijos que eran eliminados por los propios padres gringos para evitar rastros de su porquería.

Yo sabía de estas cosas. Mientras anduvimos alzados en las montoneras venían las noticias y mis compañeros me preguntaron en dos o tres ocasiones si yo era capaz de partirle el alma al par de lambiscones que eran mi padre y mi hermano Fremio.

Una vez respondí que sí, que era capaz de hacerlo. Caí luego de pendejo, porque el destino de uno no está escrito y algún día tiene uno que resbalar en la trampita más ingenua.

Pienso en papá y todavía el odio me resuma en las entrañas. Hay escenas de mi vida que no olvidaré nunca. Es una tontería recordar en estos momentos, cuando dentro de instantes no

podré volver a hacerlo. Pero como siempre hago lo que creo prudente, me pongo a recordar y creo que a nadie molesto con eso.

Soy rencoroso porque me hicieron así. Recuerdo perfectamente cuando papá golpeaba con todas sus fuerzas a mamá. Su mano, que hoy se la habrán comido los gusanos, se dejaba caer contra aquella haitiana llamada Simián, que por obra y gracia de una suerte perra fue madre de un servidor.

Mi madre fue sirvienta de la casa durante mucho tiempo. Papá era casado con una mujer más blanca que Simián; por eso mis hermanos son blancos.

Parece que un día papá, en una de esas borracheras indecentes, decidió, para mortificar a sus hijos blancos, darme su apellido, un apellido que debería llevar legalmente, pero que no utilizo más que en los casos necesarios.

Fremio, mi hermano, no quería saber de mí. Nunca le caí bien y es natural que él tampoco me agradara.

Como yo era un «hijo de perra», «un cuerno», seguí haciendo las veces de sirviente, de esclavo de las ocurrencias de los demás. Mi mamá, que tal vez ya ha muerto, provenía de lejos, casi del extremo oeste de la isla, desde una lejana aldea situada en algún rincón de Haití. Hasta los doce años vivió sin familia, y un día se lanzó a través de la frontera a caminar tierras y tierras, recalando allí, mal pasando acá, hasta llegar a los lados de El Seibo, débil y violada varias veces por los campesinos de la parte sur.

Ella me narró esos acontecimientos. A veces me entra la creencia de que quizás sintió pena al decirme que antes de llegar a El Seibo tuvo que acostarse con todo el que le dio un buen plato de comida. Así es la cosa por estos lugares... De modo que así vine a nacer entre una familia de miserables.

Tengo una hermana llamada Santa, y no está mal su nombre, porque a pesar de que es hija de mi padre no es capaz de asustar una mosca.

Recuerdo que Santa y yo nos escapábamos bien lejos de papá, y nos íbamos a jugar cerca del río, aquel río traidor que se llevó en sus crecidas a más de un pobre campesino alojado en algún bohío de su margen.

Mis salidas con Santa llegaron al conocimiento de papá, y un buen día nos siguió sobre su caballo negro y descargó su corto látigo sobre nosotros, sobre nuestros cuerpos ridículos y flacos.

No sé por qué a papá no le gustaba que yo jugara con Santa. ¡Ah bestia de hombre! Le di con una tranca sobre la cabeza y le vi caer como un saco de frijoles. Corrí a esconderme. Santa huyó hacia la casa y yo hacia los cañaverales.

Durante diez días me alimenté con guarapo y casabe. Diez días malditos, con el cuerpo lleno de zanjas producidas por el filo de las hojas de caña que me enterraban unas espinitas molestosas.

Me dijeron que papá había estado seis días acostado, frenético, con un dolor en la nuca que parecía llevárselo el mismo diablo. Para mi sentir debió morirse entonces y me hubiera evitado el oficio de criminal que hoy me achaca la gringada.

—¿Dónde está ese maldito haitiano? ¿Dónde se metió ese hijo de puta?

Decía que yo era haitiano como si eso fuera un insulto, y a mí siempre que me lo dijo me daba por pensar que si él consideraba a mi mamá un animal por el hecho de ser haitiana, él, papá, debía ser un animal peor y hasta más insignificante que mamá puesto que se ayuntó con ella cuantas veces le dio la gana, y seguramente que al hacerlo no sintió ni el asco ni la conmiseración que a veces aparentaba para los negros.

Santa hubiese podido decirle cuál era mi paradero, sabía en cuáles bateyes acostumbraba a esconderme cuando en la casa sucedían estas cosas.

Fremio y papá me buscaron como aguja en un pajar. Me presenté a la casa cuando me salieron los deseos bien sé de dónde.

Yo creía que la rabiaca se les había pasado. Pero cuando papá me observó en el umbral de la puerta, se le puso la cara morada de la indignación. «No me salva ni el Espíritu Santo», me dije, y bien no había terminado de decirlo, cuando el par de malones que eran Fremio y papá me bloquearon la salida y me persiguieron por el interior de la casa, dándome una paliza entre ambos que me dejó casi muerto. Eso les debo, golpes y desgracias.

Simián era rencorosa, pero tan bruta como un pedazo de palo. Por eso aguantó allí el foete del patrón sin renunciar a su privilegio de beberse una taza de sopa y comerse dos pedazos de plátanos salcochados diariamente. Era la primera vez que comía tan repetidamente y le molestaba pensar que podría volver a vivir en la indigencia.

No fueron pocas las veces que yo le dije: «Simián, vámonos de aquí, yo trabajaré en los bateyes, estoy bastante grande para mantenerte». Pero Simián se pegaba como una garrapata al lugar aquel donde papá era una especie de rey al que había que adorar. Como yo nunca adoré a nadie y como nunca me dio la gana de decirle que me sentía orgulloso de ser su hijo, papá me tenía odio, y la esposa de papá también sentía odio por mí y por Simián; y Fremio, también sentía odio contra nosotros y pensaba siempre en echarnos de uno u otro modo. Solo Santa era comprensiva.

Simián era rencorosa y la esposa de mi padre también lo era. Tal vez ella tenía más rencores que Simián. Tenía sus razones y yo las respetaba. Éramos intrusos en aquella casa, pero no teníamos la culpa de estar allí. Era papá el responsable de todo. Pero, ¡ay de quien se atreviera a refutar sus órdenes! La misma Santa me dijo cierto día: «Todos nos odiamos aquí, es lo que papá nos ha enseñado».

Simián guardaba sus resquemores. Los amasaba como harina o como un gran tesoro. Quizás esperaba que yo me hiciera completamente hombre para que pudiera sacarla de aquel lugar. Eso lo quería a veces, porque luego se amilanaba

y empezaba a sentir miedo de lo que pudiera sucederle nuevamente por esos mundos llenos de hombres que solo pensaban en estarse con una mujer unas cuantas horas, trabajar, comer y dormir. Simián tenía grabada muy adentro la aventura de su llegada a estas tierras, y a pesar de los años, creía ella que todavía era capaz de despertar el deseo en los hombres. Se miraba ante su espejito y quizás se encontraba bellísima, pero lo cierto era que los años habían acabado con ella al igual que hacen con todas las cosas.

Como dije antes, mi madre guardaba sus resquemores y anhelaba, a pesar de todo, salir un día de allí. Me hice hombre y las cosas no sucedieron como a ella le hubiese gustado. En Santo Domingo siempre sucede lo que uno menos espera. Tierra fastidiosa esta, donde las cosas suceden como para burlarse de los más infelices, de los menos alegres, de los más sufridos.

Como bien decía, me hice hombre y las cosas no vinieron como yo las había planeado. Si Santa y Fremio aprendieron bastante, yo me quedé casi en la ignorancia del silabeo, y a fuerza de mucho fuñir y refuñir aprendí lo que hoy sé, que no es mucho, lo digo con sinceridad.

Simián no era mala mujer como pensaban los de la casa. Para ellos sus pecados más grandes eran el haberme parido y el ser haitiana. Papá odiaba a las negras siempre que no tuviera que amancebarse con ellas. Así era papá.

Aquellas gentes se acostumbraron bien a la manera de Simián limpiar la casa, cocinar, romperse los dedos lavando, pero jamás al color de su piel, ni a su procedencia, ni a su manera de hablar, ni al hijo de sus entrañas que era yo.

Era el hijo de la negra, el hijo de Simián la sucia, descendiente de unos que cierta vez invadieron a Santo Domingo: los haitianos. En la hacienda había otras negras que eran mejor tratadas que Simián. Esas no venían de Haití, eran dominicanas y mi padre no las odiaba tanto.

Sin embargo mi padre no era dominicano, era de un país muy lejano que se llama Holanda, pero tenía muchos años

en Santo Domingo. ¿Qué culpa teníamos Simián y yo de todo esto? En todos los bateyes había haitianos que vivían en paz con los de aquí, solo en casa sucedían esas cosas.

Yo llevaba en mi alma el deseo profundo de demostrarle a los Vieth (así se apellidaban mi padre y sus hijos) que era más dominicano que ellos, que sentía mucho más que ellos amor por esta tierra que tanta traición ha engendrado en los últimos años; por eso, un buen día me enrolé en las tropas alzadas del general Matías Remigio, cuando los americanos, que hoy me tienen preso, pisaron San Pedro de Macorís y Gregorio Urbano Gilbert le partió el pecho a uno de ellos con un viejo revólver treinta y ocho.

Entonces nos persiguieron durante años. Nos llamaron «gavilleros» porque en cada emboscada les partíamos el alma a quince o veinte gringos de esos. Los volvíamos locos. Fuego por aquí, fuego por allá. Los cañaverales ardían y los marines, burlados por nosotros, ametrallaban entonces los pueblos indefensos... Yo luché contra ellos y estoy orgulloso de haberlo hecho.

El hijo de la haitiana luchó por la causa de los patriotas dominicanos.

Simián me narró cómo fue recogida casi muerta cuando rumbo a estas tierras, y luego de muchas vicisitudes, llegó a la finca de mi padre.

Fue él mismo quien la recogió (Simián era mucho más joven que él). La condujo hasta la casa mientras su esposa se encontraba en San Pedro de Macorís o La Romana o tal vez en algún otro pueblo de estos alrededores.

Acostó a Simián y esperó a que volviese en sí.

—¿Quién eres? —dijo mi madre sorprendida.

—Te quedarás aquí —contestó él.

Simián preguntó dónde estaba.

—Soy Vieth, el dueño. Cuidarás de mis hijos cuando mejores.

La voz de papá debió parecerle a Simián un tronco grande en medio del río. Ella se ahogaba con la creciente, y se aferró al tronco para salvarse.

—Me llaman Simián —dijo ella con esa estupidez que la caracterizaba y que yo he heredado en parte.

Todos la llamaron Simián. Le dieron vestidos y comida.

Soy quizás el culpable de que la tragedia de Simián apareciera un día. Nací yo y ¡puf!, se jodió la cosa.

Me contaba Simián que una noche se apareció papá en su cuarto, borracho; la desnudó y sin decir una sola palabra hizo de ella lo que quiso. Como papá era el jefe, Simián no se atrevía a protestar. Además, ella misma me dijo que si en otras ocasiones se acostó con desconocidos por un plato de comida, no era para ella desagradable hacerlo con quien, como mi padre, le había asegurado la vida durante mucho tiempo. Así es que después de algunos meses el vientre comenzó a inflarse, tanto, que un curandero llamado Sebastián afirmó que se trataba de un tumor maligno producido por la tanta harina de maíz que Simián comía. Todos le tenían respeto a Sebastián, pero con todo y lo que dijo, a los nueve meses nació yo, maligno sí, pero no tumor. Me llamaron Ramón sabe Dios por qué diablos.

La mujer de mi padre se enteró de que el hijo de Simián tenía el pelito bueno y la piel clara. Los haitianos de los demás bateyes vinieron a la hacienda, encendieron una hoguera en un pelado del monte, y empezaron a cantar y a saltar alrededor de la misma con tristes aullidos de desesperación. Al que nace no le queda otro camino que el sufrimiento, por eso los compueblanos de Simián lloraban, saltaban y caían dando vueltas, revolcándose después de haberse bebido enormes jarros de clerén.

Ya en la medianoche los tambores eran sordos y las mujeres se habían desnudado alrededor de la hoguera. Me contó Simián que aquella noche muchos curiosos presenciaron el espectáculo. La fiesta duró hasta el amanecer. Cuando el sol comenzó a salir ya la celebración había terminado y el papá

bocó se marchó hacia su batey que se encontraba a más de dos kilómetros de la hacienda.

Había nacido yo. Un desdichado más sobre la tierra.

Simián comenzó a rezarle a su crucifijo de hueso y hablaba sola durante las noches. Ni los dioses de Haití ni los de Santo Domingo le hicieron caso nunca. Pero la verdad es que algún espíritu malévolos me protegió cuando aún dentro del vientre de Simián, papá trató de hacerla abortar, pateándola entre las costillas y el ombligo.

Cuando supo que Simián pariría un hijo, quiso deshacerse de él antes de que viniera al mundo. Quizás mi odio hacia él nació en el mismo momento en que asestara el primer golpe contra Simián. Pero no sucedió lo que él pretendía. Nací en un cuartucho forrado de cartones y yaguas, y los haitianos me dieron la bienvenida que quiso negarme papá.

Nací casi al mismo tiempo que Santa, quien era sietemesina. Mientras la mujer de papá pujaba en manos de la comadrona, mi madre hacía lo mismo en medio de la hacienda, a la luz de una lámpara humeadora, y socorrida por una bruja llamada Engracia que sabía curar el mal de ojo, los dolores del padrejón, las hemorragias, las hinchazones y los entuertos.

Cuando la noticia de que yo había nacido llegó a oídos de Marta, la mujer de mi padre, por boca de los ordeñadores, esta se fue de la casa por mucho tiempo. Antes del parto nunca pensó que la barriga de Simián fuese del viejo Vieth. Se largó con su hijo para Hato Mayor y regresó porque le resultaba difícil vivir con su familia, que era una familia pobre como casi todas las de Hato Mayor.

Mientras Marta estaba lejos de la hacienda tuvo mi madre que saciar nuevamente los bríos y los instintos de papá. Lo hacía como siempre: por no perder el plato de comida de todos los días y la felicidad de vivir bajo un techo. Esta vez no quedó encinta, porque las dos veces que lo pareció, la bruja Engracia se encargó de hacerle un brebaje amargo que tomado hacía desaparecer cualquier sospecha.

Recuerdo que cuando estuve grandecito me enlí a golpes con uno de los hijos de Pedro Castaño. Me decían El Cuerno, y aquel maldito apodo se me quedó hasta el punto de que en todo el Este se me conoce más por él que por mi nombre de pila. Cuando los americanos publicaron su lista de fugitivos y gavilleros, ponían al lado de mi nombre ese apodo que tanto me disgusta.

Pero en la hacienda no todo fue pesar y dolor para Simián, también había quien la quisiera de veras como pasaba con Miguel Sanabria, que luego quiso enredar a Simián con su hijo, un tal Jacinto, famoso por sus robos en toda esta tierra.

Miguel Sanabria era un hombre de experiencia, según afirmaba Simián. A mí siempre me pareció un baboso de primera. Por sus consejos y tonterías de sabihondo se quedó Simián en aquel lugar, aguantando las patadas de todo el mundo, parece increíble que los únicos que no patearan a Simián fuesen los animales del establo.

Supe que Santa ha tenido un niño y por eso he intentado escribirle antes de que me fusilen. Un mocoso más que viene a desgañitarse gritando en este mundo. Al fin se cansará, como todos. Tomará la vida como una carcajada más, como una cosa sin importancia.

Ahora comprenderá lo que significa parir, criar y amamantar a un gritón. De seguro que se acordará de Simián y pensará en mí.

Simián era un ser humano culpable de haber dado a luz un hijo del dueño de la hacienda. El dueño no tenía culpa alguna, pero Simián, la pobre Simián, sí que la tenía. Cada cual tiene su concepto de las cosas y yo creo que la pobre Simián nunca tuvo la culpa de nada.

Amanece. Oigo desde los campamentos militares cercanos el toque de alborada. Antes, hace ya tiempo, el toque de alborada significaba para nosotros los gavilleros, la retirada inmediata o el ataque por sorpresa contra las tropas gringas. A esta hora atravesábamos los cañaverales y los campos todavía

sombríos para caer sobre los centinelas que se ocultaban en sus garitas de madera y comenzaban a disparar sobre nosotros con furia. Se armaba el corredero, y los máuseres y los colines decían presente, mientras los gringos apostaban sus ametralladoras y rociaban de balas los cuatro puntos cardinales sin importarles quien cayera. Muchas veces las balas herían algún muchacho o mataban alguna anciana. Los gringos entregaban el cuerpo a sus familiares y les pedían excusas. Todo el mundo aprobaba las excusas y nosotros nos retirábamos indignados, dispuestos a vengarnos en la próxima ocasión, pero en la próxima ocasión sucedía lo mismo, y todas las mañanas, siempre que los gavilleros atacábamos en cualquier punto a la gringada, morían muchos más de los nuestros que de los de ellos, pero esto no les importaba. En la noche iban a las bodegas y apeaban los cuatro o cinco litros de ron que allí había, olvidándose de la matanza de hacía unas cuantas horas. Mientras tanto nosotros teníamos que escondernos entre los matorrales y encender nuestras hogueras ya muy entrada la noche, cuando los americanos sentían temor de perseguirnos. Les llevábamos la ventaja de que casi nunca quisieron darnos el frente en medio de la noche y eso lo aprovechábamos para atacarlos protegidos por la oscuridad.

Algunos de nosotros entraban en un pueblo vestidos de paisanos y esperaban en cualquier camino a dos o tres de esos gringos que iban de manos tambaleándose por la borrachera. Escondidos, ocultos tras cualquier árbol grande, los disparos eran más certeros. A veces nos daba tiempo para disparar dos o tres veces. Recuerdo que Ángel Carretero derribó a tres marines con solo tres disparos y huyó nuevamente hacia la montonera.

Ahora, ellos siempre llevaban la ventaja. Aquella era una pelea desigual, sí señor; pero, después que un hombre comienza a pelear se convierte en fiera y ya no piensa en la muerte, ni en nada.

Los que vivían en los pueblecitos de los alrededores de San Pedro de Macorís nos temían mucho. Los americanos les habían

metido entre ceja y ceja que éramos unos bandidos terribles, capaces de violar a sus hijitas y de degollar al más infeliz. Eso contaban de nosotros. Y los buenos tontos se lo creían, de todo corazón lo creían, así es que andábamos bien apretados de lado y lado y sin poder defendernos ni convencer a nuestros compañeros de los bateyes de que eso que los gringos decían no era cierto ni mucho menos.

Ante la negativa de los campesinos y de los obreros para darnos algún alimento, muchas veces, para no morirnos de hambre, tuvimos que asaltar una bodega, preferiblemente de algún extranjero, y aquello era leña para el fuego que los gringos nos habían encendido. Para mí que aquella propaganda perniciosa era preparada por el alto comando de los americanos situado en la capital.

Recuerdo el revuelo que hubo en todo el Este cuando se supo que los yanquis entraron por Samaná a sangre y fuego. Luego supimos que bajaron hasta Santiago y La Vega. Fusilaron allí a treinta o cuarenta estúpidos que se dejaron coger tranquilamente.

Lo mismo sucedió en Haina, cerca de Santo Domingo, donde colgaron por las manos a seis dominicanos y luego de colgados los pasaron a bayoneta limpia. Todo eso y más han hecho ellos, y ahora gritan que cuatro gavilleros descuartizan a un gringo en tal o cual vereda.

Aquí en el Este todo el mundo esperaba con ansiedad. Cuando llegaron sus tropas les dimos la batalla, pero no pudimos competir con aquella artillería deseosa de arrasarlo todo. Unos cuantos nos fuimos al monte y organizamos bandas para la lucha contra los invasores. Pero casi nadie nos ayudaba. Todos tenían miedo de que los americanos los baquetearan con estopa o les marcaran las espaldas con un hierro al rojo vivo.

Yo me encontraba con Simián, en Guasa, un poblado situado entre San Pedro de Macorís y La Romana. Abandoné a Simián y durante mucho tiempo no la vi. Cuando regresé la encontré muy enferma, pero las persecuciones no me dejaban

un minuto para descansar. Todo era huir, quemar, fusilar a los indecisos y robar cuando estábamos en apuros.

Aquellos pueblos de mi tierra, que tanta protesta levantaron cuando los gringos pisaron nuestro suelo, pronto se acostumbraron a servirles, pronto cayeron en el servilismo que durante tanto tiempo nos ha hecho a los dominicanos unos payasos que bailan para el que más comida ofrece.

Daba pena ver aquello. Muchachas entregadas por sus madres y cosas como esas. Nosotros llorábamos de rabia, pero no podíamos hacer nada. Pronto llegaron a creerse que éramos unos salvajes y que ellos eran los reyes del país. Pronto nadie salió después de las seis de la tarde y los americanos se hicieron cargo de las tabernas y de las mejores mujeres de cada pueblo. Así de triste era aquella vida por la que me desangré... Así de triste.

Hoy he dormido poco y el canapé que me sirve de cama está en desorden. El reloj del ingenio debe marcar alguna hora de la madrugada. Yo siento un turbio olor a melaza que me descompone los intestinos, porque cuando era pequeño, la miel de purga era uno de los remedios que me daba Simián y desde entonces no puedo ni olerla. Se acerca la hora de mi fusilamiento. Me quedan días, pocos días. Dentro de poco tiempo un sargento dirá el famoso «fire» que ha quitado del medio a tantos dominicanos buenos.

Desperté muy sobresaltado, como empujado por la desesperación. He soñado con papá. ¡No me va a dejar morir en paz el recuerdo de ese sinvergüenza!

Dentro de una hora tendré la acostumbrada visita de Jonás, cabo de la Armada. Es mexicano y dice que Wilson ha sido uno de los grandes hombres de la tierra. Wilson es o fue el presidente de los gringos. Como Jonás se metió en las fuerzas de los americanos traicionando a sus amigos, ahora quiere decirme que hay un americano bueno y que ese americano se llama míster Wilson.

Como Jonás es el único que habla en dominicano por todos estos contornos, tengo que escucharlo. Al fin y al cabo dentro de unos días me partirán el alma y no volveré a conversar con nadie.

Jonás me dice que nació en Tijuana o cerca de allí. Me ha hecho una pequeña historia triste acerca de su vida. Según me dice también estuvo una vez condenado a muerte. Jonás me admira en el fondo, me lo ha dicho, me ha dicho que hubiera querido ser como yo y hacer eso que yo hice de pelear por mi tierra. Él asesinó a un hermano y dice que se siente inocente. Le pasa lo mismo que a mí, por eso me interesa tanto oírlo.

Jonás y su hermano viajaron hacia la tierra de los americanos con el fin de hallar trabajo. Parece que lo hallaron y un buen día, el hermano de Jonás aprovechó una salida de este para escaparse con la mujer.

Durante muchos días anduvo Jonás buscando el por qué de aquella traición. Yo le he dicho que la traición no puede explicarse. Todo el mundo tiene que realizarla algún día, pero Jonás no cree eso.

Regresó un día a su pueblo natal allá en México y se encontró con su hermano, al que dio muerte de una sola puñalada en el pecho.

Esta historia me la ha contado muchas veces el Jonás este.

—No jorobes tanto con la malditísima historieta—le he dicho, porque cuando le da por hablar no hay quien lo detenga.

Ayer, por boca de él, supe que hay dos guerrilleros más listos para ser fusilados dentro de las próximas horas.

Fueron, lo mismo que yo, juzgados por un grupo de soldados vestidos de caqui y declarados traidores al gobierno de los Estados Unidos y al pueblo dominicano, al que, según los americanos, estas gentes maltrataron. Según me ha dicho Jonás, el gobierno de los Estados Unidos puede hacer eso porque lo autoriza una nota de un departamento americano, por medio de la cual ellos pueden meterse aquí, con el fin de garantizar el ejercicio de la ley.

«¡Vivan los gringos!», habrá gritado mi padre, tan amigo de los mandones y tan compañero de las explotaciones y los crímenes contra los infelices.

Fremio heredó aquella sangre fría, aquel temperamento cínico y servil. Él es el verdadero causante de que hoy me encuentre casi frente al pelotón de fusilamiento. Me puso una trampa en la que caí como una rata cualquiera. El demonio habrá de quebrarle el gajate sabe Dios cuándo.

Fremio supo esconder mejor que yo su culpabilidad. Además, fue un error mío el no matarlo la noche aquella en que eliminamos a papá. Me lo hubiera llevado de encuentro y la cosa se hubiese quedado entre brumas. Ahora el pueblo diría que los gavilleros le mataron para robarle y jamás las sospechas hubiesen caído sobre mí, aunque yo fuese uno de tantos alzados.

En este país las cosas nunca salen como uno las planea, y cuando todo parece estar de acuerdo con lo que pensamos, viene una marejada de porquería y nos ensucia la vida como se ensucia un bacín de tuberculoso.

La verdad pelada es que cuando visité la mansión por última vez iba tan preocupado que no fui capaz de preparar un plan. Me dejé llevar por la corriente y ya no pude volver a la orilla.

Jonás me ha dicho que vendrá un cura a perdonarme. A mí el perdón o el no perdón me importan muy poco. No creo en esas estupideces. Soy un guerrillero y nada más. Solo creo en mi viejo máuser y en mi machete de doble filo: lo demás son pendejadas.

Quizás le cuente al cura todo lo de mis últimas aventuras. No estaría mal que un hombre inteligente como debe ser un cura supiera muchas cosas de uno.

La verdad es que Simián y yo, hastiados de la hacienda, decidimos al fin largarnos a correr fortuna un día cualquiera. Los mal paridos como nosotros no tenemos nada que esperar de la vida. Tarde nos convencimos de semejante tontería, pero

con todo y todo, nos convencimos, y eso es lo que vale. Tomamos nuestros cacharos y partimos hacia el culo del mundo. No teníamos rumbo fijo. El culo del mundo puede estar en cualquier lugar y en cualquier bohío. Era el año de 1912, lo recuerdo porque papá tenía calendario de la casa Foster que anunciaba la fecha con números rojos. Un calendario que yo observaba día por día sin saber con qué fines, por pura curiosidad. Caminamos como un par de bestias. Repasamos todos los bateyes de Higüey, La Romana, San Pedro de Macorís. Buscábamos algo que hacer y no encontrábamos nada. No había trabajo; y así seguimos rumbo al norte, hacia tierras sin esperanza.

Fue mucho el trajín y las aventuras. Al fin logré trabajar durante unos meses en la finca de un tal don Nelito, al que nunca conocí. Aquellas eran tierras feraces, pero los hombres que las trabajaban se morían de hambre junto a sus hijos y sus mujeres. Doce cheles diarios por una jornada de seis a seis. Figúrense. ¡Qué maldita paga! Doce cheles y un rabo de yuca, ñame o batata hervido con sal al mediodía. Así era la cosa. En aquel lugar mi madre y yo nos pusimos flacos como pendones de chichiguas.

Cada día veía yo con mayor pena el trato que se les daba a los pobres campesinos. Un buen día le di una puñalada por el cuello a un maldito mayordomo, y desde aquella vez no tengo ya sosiego. Huí dejando a Simián. Al fin nos encontramos después de cuatro meses. Simián había regresado a Guasa y allí nos radicamos hasta que pudimos irnos a San Pedro, donde me dediqué a pescar, no sin el miedo de que un día me echaran el guante a causa de aquella puñalada certera con la que desgracié al mayordomo de la finca de don Nelito.

Un buen día se aparecieron las tropas yanquis dizque a proteger la isla de Santo Domingo. Gregorio Urbano Gilbert, un muchacho de San Pedro de Macorís descargó su 38 en el pecho de un jefe americano en plena cubierta del barco, logrando escaparse, y de allí en adelante la guerra a muerte se hizo cada vez más cruenta.

Me enrolé en cuanto banda había entre los montes y los cañaverales. Los gringos nos perseguían como a fieras. Nos soltaban enormes perros y nos rociaban con ametralladoras. ¡Ay de los que caíamos prisioneros! Yo presencié en Los Llanos cómo marcaban con un hierro caliente a un viejo compañero de infancia. Luego le metieron un embudo y le vaciaron por lo menos dos galones de gas oil. Lo dejaron allí, colgado de los dedos gordos de la mano, como escarmiento para los que nos atrevíamos a luchar contra los marines americanos, porque aquellas cosas solo nos incitaban a la venganza. Sentíamos ese rencor profundamente arraigado en el pecho. Ese rencor que nos mata sin saberlo. Ese rencor que llevamos, que yo llevo, que todo el dominicano lleva como una carga de algodón: un rencor liviano y perdurable.

Mi amigo Pedro Roque, capturado en combate cerca de El Naranjito, fue asesinado de un modo brutal. Yo creía que los americanos, por ser de un país más grande que el nuestro, eran gentes comprensivas, enemigas de la crueldad. A veces soy muy estúpido. Con lo de Pedro Roque me convencí de que todo el mundo lleva un alacrán colgando en el corazón.

Al igual que a mi compañero de infancia, a mi amigo Pedro Roque le ataron las manos a la espalda, le abrieron la boca y en vez de ponerle un embudo, comenzaron a meterle papeles hasta rellenarlo como a un muñeco de tela. Luego lo arrastraron por los pies hasta el río, le ataron una piedra al cuello y lo lanzaron sin ninguna piedad.

Por eso cuando cogíamos vivo algún asesino de esos, le torturábamos hasta que se moría.

A uno lo pelamos con agua de lejía, y luego de dos días de pelado, cuando comenzaban a salirle los postillones, le pusimos las ropas untadas de petróleo, le prendimos fuego y lo dejamos correr hacia un cañaveral en sazón. El incendio que produjo destruyó unas trescientas tareas de caña. Lo encontramos al infeliz vuelto una bola negra, un carbón redondo. Así pagábamos a nuestros invasores sus abusos y sus desmanes.

Si es verdad que nos enseñaron a bañarnos, también es cierto que nos enseñaron a ser crueles y sanguinarios, y nadie más cruel y sanguinario que un dominicano cuando tiene el corazón comido por la envidia o la rabia.

Fue por esa época cuando supe lo de mi padre y lo de mi hermano. Mayí, un compañero de lucha, me dijo:

—¿Sabes que el traidor de tu padre está colaborando con los marines?... Ellos le usan como carnada para jorobar a los nuestros. También tu hermano. El único que sirve de ellos eres tú.

—Tengo que agarrarlos algún día. Los mataré como a jaibas. Los aplastaré —dije sin meditar lo que decía, impulsado por el odio.

—Según cuentan por ahí los muchachos, tu padre se encarga ahora de buscar campesinitas para los marines. Dicen que hace todo lo que ellos le mandan con tal de que no le quiten un pedacito de sus tierras. En El Seibo es el único que ha podido mantener intocada su hacienda.

Mayí estaba bien enterado. Era la mano derecha de Chano Aristy, nuestro jefe, que a decir verdad, es uno de los hombres más buenos que he conocido.

Cuando la cosa se puso fea y los campesinos, aterrorizados por la propaganda gringa nos cerraban las puertas, Chano Aristy dijo:

—No voy a seguir en esta pelea, porque tenemos un pueblo que no responde y al que solo dándole muerte entra en carril. Ahora nos niegan hasta un trozo de vívere con tal de estar en paz con la gringada.

Digo que Chano era un hombre bueno porque prefirió que lo fusilaran antes que tener que matar un dominicano.

Sucedió así: Chano Aristy nos informó una noche que íbamos a asaltar la compañía del sargento Harris, que estaba acampada en Los Hoyos y que tenía bien culateados a los gavilleros de la región.

El asunto estribaba en incendiar las tiendas de campaña y apoderarnos de un buen par de ametralladoras que estaban

dentro de la tienda principal, donde, dicho sea de paso, dormía el grueso de los hombres.

La cosa se planeó de modo que al amanecer caeríamos separadamente en grupos de seis y desde distintos ángulos sobre el campamento, que estaba en un terreno liso y sumamente visible. Ellos confiaban en su poderío mientras que nosotros teníamos que utilizar las sombras de la madrugada para lograr nuestros objetivos.

A las cuatro de la mañana nos lanzamos al ataque; cuando los gringos vinieron a abrir los ojos ya habíamos incendiado cuatro carpas y Matías y Fello Alcocer cargaron como mejor pudieron con una de las ametralladoras, mientras el viento metió chispas en el cañaveral y se armó un fuego que achicharró varios mulos de esos que tenían en las nalgas el sello de U.S. de la infantería. Los guardias dispararon sobre la banda repetidas veces, y entonces fue cuando vi que Chano cayó y volvió a levantarse perdiéndose entre el monte. Huimos aparentemente con una sola baja.

Algunos de los muchachos consiguieron en la refriega varias sopas enlatadas y un queso redondo medio chamuscado. Esperamos la llegada de la noche y nos dirigimos al campamento nuestro con la boca hecha agua. Los grupos de tres o cuatro hombres iban llegando, pero Chano Aristy no apareció.

Al fin cenamos, y aquella cena, siendo la mejor en muchos años, no nos supo a nada porque nuestro jefe, Chano Aristy había sido apresado por los marines.

Lo supimos porque un compañero que llegó retrasado lo dijo en el momento en que nos disponíamos a tragarnos las sopas y los enlatados que le quitamos a la gringada.

—Chano fracasó en esta. No hay quien lo salve; le hirieron en una pierna. Pudo arrastrarse hasta un bohío y allí, un hombre al que voy a matar dentro de un rato, en vez de prestarle ayuda se fue al campamento y lo denunció.

«Chano le vio salir y ni siquiera le disparó. Era un dominicano y sabemos cómo pensaba Chano. Se dejó coger como un mojón».

—¿Por qué no lo salvaste si estabas tan cerca? —le dije al compañero. Tartamudeó y la tropa le miró de reojo.

—Enseguida traes al campesino ese. Ve con Luis Ramírez y José de la Caridad, tráelo enseguida —le ordené.

Terminada mi orden oímos una lluvia de disparos de fusilería. No había duda de que Chano Aristy había sido asesinado, pero me quedaba dentro del pecho la incomodidad que me produjo la historieta de nuestro compañero.

Cuando salió en compañía de Luis Ramírez y José de la Caridad, dije a los muchachos:

—Este pendejo lo vio todo y se quedó parado. Él es más culpable que nadie de que Chano Aristy haya sido fusilado. De inmediato regrese, le meteremos también una bala en el pecho.

Un ronroneo me indicó que todos aceptaban el asunto.

Como a las dos horas Luis Ramírez, José de la Caridad y el traidor regresaron trayendo al campesino.

—¡Juan Crisótomo! —le dije a uno de los del grupo—. ¡Fusila al hombre y a nuestro amigo el traidor!

—Traigan la ametralladora esa —gritó Juan Crisótomo al tiempo que yo daba la orden de atar a los dos hombres.

Todos, uno por uno, escupimos sus rostros. El campesino gritaba, berreaba: tenía doce hijos el condenado. ¡Mala semilla tienen los mocosos! El otro, el de los nuestros que había dejado matar a Chano Aristy, rogó por la virgencita de la Altagracia, pero de nada le valió su lloriqueo.

Los atamos de una javilla y Juan Crisótomo les disparó con la ametralladora hasta convertirlos en coladores.

—¡Que se los coman los perros a estos traidores! —dijo Juan Crisótomo.

Levantamos campamento y con el apoyo de todos fui declarado jefe de la banda.

Mi fama fue creciendo y al poco tiempo los gavilleros de El Cuerno eran los hombres más temidos de la región del Este.

Visitaba a Simián con regularidad, es decir, dos o tres veces al año. Mi vida se había reducido a la guerra, al saqueo y al

robo. De algún modo teníamos que sostenernos donde nadie se atrevía a regalarnos un pedazo de carne ni una manta para abrigarnos.

Muchos de los gavilleros eran padres de familia con doce hijos, lo mismo que aquel desgraciado que ametrallamos junto a la javilla. Simián estaba cada vez peor y ya mi nombre había sido colocado en todos los campamentos gringos, junto a la cantidad que daban por mi cabeza.

Tenía yo la greña más cotizada de toda la isla: cinco mil dólares por mi morro. Nunca pensé que la cabeza de un sangrudo como yo pudiese valer tanto.

Durante meses continué aquella vida terrible y llena de zozobras y temores. Luego de tres años de lucha decidí retirarme del guerrillerismo. Me habían herido seis veces y presentía que la próxima bala sería mortal.

En verdad comenzaba a tener miedo. Pensé dejarle la banda a Juan Crisótomo, que no había perdido ni la fuerza ni el interés. Además había algo que me inquietaba profundamente: aquel grupo que comenzó sus andanzas para defender a los dominicanos y tener en jaque a la gringada, había tenido que cometer fechorías a costa de pobres gentes, porque esas gentes no respondían y en vez de ayudarnos, como defensores, nos denunciaban para cobrar pequeñas sumas pagadas por la delación. Así eran de insignificantes, y es lo que más me dolía de ellos, quizás más que las seis heridas que por defenderlos había recibido en las montoneras.

Juan y la gente nuestra no estuvieron de acuerdo con que me fuera, pero al igual que Chano, ahora sentía yo asco por mis compueblanos, por mis hermanos de tierra, serviles por ignorantes, mas sin embargo no sentía yo el valor suficiente para matarlos igual que perros, tal como lo hizo Crisótomo en varias oportunidades. Esto me resultaba peligroso. Decía Juan que en estas cosas de tumbar a los traidores y a los delatores no debe dejarse meter el sentimiento, porque cuando lo dejamos entrar, nuestra propia vida está en peligro.

—Mira Juan —le dije al negro— los dominicanos nacimos para que nos pisen. Nos defienden y denunciamos al defensor. Le negamos el agua para la sed y el candil para lo oscuro. Nos vendemos por un pedazo de plátano y los campesinos venden a cualquiera. ¿Qué hace uno con defenderlos si se han dejado dañar por los pesos de los gringos?... Les dan a escoger entre su libertad y cinco dólares y toman los cinco. Estas gentes de por acá piensan con el estómago, Juan, con el estómago; mientras los sobornen, mientras las tropas les den frazadas U. S. y sopa en latas y leche y tableta de chocolate americano, estos hijos de su maldita madre no harán nada. Venden a sus hijas por diez pesitos, Juan, a nosotros nos venden por menos, figúrate, no somos siquiera sus parientes. ¿Cómo crees que podemos pelear así? Hacerlo es seguir forzándolos revólver en mano y eso ya no es liberarlos, a nadie se libera por la brava, quien no tenga conciencia de que tiene que ser libre que se hunda, que se lo lleve el diablo, Juan. Para que colaboren tenemos que asaltar, y forzar, asesinar. ¿No te das cuenta?... Se pasarán la vida entera pidiendo limosnas y nosotros la vida entera huyendo sin necesidad.

«Este es un pueblo que nació con hambre. Come una vez al día, por eso diez dólares, una lata de mantequilla y dos libras de leche en polvo son su más alto ideal. No seamos tan estúpidos, Juan, dejemos esta vaina y vivamos lejos, donde nadie conozca a uno».

—Si quieres irte vete; yo ni te atajo ni te empujo; lo que sí es bien seguro es que te agarrarán y no podrás protegerte. Nosotros somos uno y nos defendemos unos a otros. Recuerda eso; te puedes largar cuando quieras, no por eso vamos a decir que eres un cobarde, todos sabemos que eres un guapo como abeja de piedra, pero recuerda que siempre seguiré siendo tu amigo y tu subalterno cuando quieras volver. Todavía tengo fe en los dominicanos.

Miré hacia el rostro del negro Crisótomo y vi dos lagrimones rodarles mejillas abajo. Aquellas lágrimas en aquella piel me hicieron recordar a Simián.

Crisótomo me dio un gran abrazo y se volvió de espaldas para que no le viera el rostro.

Estábamos un poco lejos del campamento.

—Adiós Juan, di a los muchachos que tal vez nos veremos algún día.

Salí con mi mochila hacia donde Simián, que se sorprendió de verme regresar después de tantos meses de ausencia.

—¡Mi hijo, mi hijo! —gritó, y comenzó a llorar desesperadamente. Había pensado que no volvería a verme, a pesar de que siempre le enviaba ayuda con algún mensajero, estuviera yo donde estuviera.

Pasaron los meses y Simián y yo decidimos atravesar la isla rumbo al norte. Era nuestro segundo intento. Una vez habíamos fracasado, pero debíamos rehacernos en algún sitio donde nadie tuviera conocimiento de quiénes éramos.

Una noche me robé dos mulos y montamos en ellos entrada la una de la madrugada. Salimos hacia el norte, atravesando bosques, montañas y tierras pantanosas, evitando los caminos. Huíamos de la fama y de la tentación que resultaba para los campesinos del Este la suma de cinco mil dólares ofrecida por los miembros del U.S. Marines Corps a cambio de mi cabeza peluda, de la cabeza de un hombre al que todos llamaban El Cuerno.

Cruzamos tierras de todos los tipos. En seis meses trabajé como peón en ocho o diez partes. Simián resultaba una carga pesada, demasiado pesada para mí.

En mi travesía observé cómo los gringos habían hablado con los campesinos para que no se atrevieran ni siquiera a conversar con los extraños. En el norte los gavilleros eran más escasos, pero de vez en cuando se aparecía una que otra banda que atropellaba a todos sin distinción.

Aquello no era lo que nosotros, los fundadores de bandas, habíamos perseguido en un principio. La degeneración había también infectado a los libertadores y la guerra se producía ya sin ninguna ansia de libertad. Los gavilleros no eran ya patriotas,

portaban el estandarte del terror y de la muerte, se habían puesto a la par de los marines en maldad y violencias.

A medida que el cerco de las tropas gringas se extendía, los gavilleros se hacían más feroces, se convertían en un grupo de forajidos sin escrúpulos.

En uno de los campos de Moca me encontré con uno de los Alcocer. Había progresado, tenía su propia banda. El muy estúpido, ante el terror de los hombres y mujeres de aquel lugar, se bajó del caballo para saludarme. Me dijo que la banda que fue de Chano Aristy primero y luego de El Cuerno, se había dispersado y que hasta el momento cinco de sus miembros habían sido fusilados y sometidos a las torturas que los gringos acostumbraban a hacer a los presidiarios antes de cada muerte. (De un tiempo a esta parte las cosas han cambiado y ya no torturan tanto como al principio).

Alcocer me enumeró los muertos: Fello, su hermano, Natalio Ubiera, Pantaleón, El Gambao y Florencio, un muchacho que apenas tendría los diecisiete años.

Mientras Matías Alcocer hablaba conmigo, sus hombres, con los sombreros metidos hasta las cejas, miraban con recelo hacia todos los lugares; los campesinos me observaban aterrizados, con un respeto que luego se convertiría en denuncia y que me avisaba de antemano que la huida debía ser preparada de inmediato. Así es que cuando Matías Alcocer y su gente se fueron después de vaciar medio almacén de un señor llamado Javier Rodríguez, yo opté por preparar mi mochila y de nuevo largarme cuanto antes.

Volvíamos a tomar nuestros mulos y fuimos a parar a un campo de San Francisco, donde pasamos Simián y un servidor un tiempo bastante largo.

Allí conseguí arrendar ocho tareas de tierra a base de mi propio trabajo, y me puse a sembrar maíz, que es el fruto que con más rapidez se daba y que me permitiría por lo menos disfrutar de dos o tres cosechas.

No se habían cumplido los tres meses cuando los marines del puesto de guardia comenzaron a averiguar la procedencia de otros, que como yo, se habían instalado hacía poco tiempo en el lugar.

Simián se había ajado como una hoja de tabaco reseca. Estaba vieja y casi no resistía un viaje largo, pero, sin embargo, yo preparé la huida nuevamente. Sabía que los gringos tenían alguna pista cuando tanto se empeñaban en averiguar de dónde venía cada uno de los habitantes de aquel sitio.

No pude cosechar y le dejé mi pequeña siembra a un campesino llamado Manuel López, que me ayudaba desde hacía muchos días.

Este Manuel López se lo merecía. Tenía mucha resistencia y no se fatigaba. Trabajaba como un verdadero burro. Comía una vez por día y sin embargo se mantenía como un tronco de corozo: duro y agresivo. Siempre me gustó su resistencia, y hasta me dije que este pobre bobo hubiera salido un buen gavillero con un maestro como yo. Para mí, que me crié en una hacienda donde se comía más o menos bien, a pesar del maltrato, resultaba difícil de comprender cómo Manuel López, flaco, catarroso y amarillo, podía trabajar de seis a seis con el estómago vacío como una botijuela, y luego conformarse con una jarra de hojas hervidas y azúcar, dos pedazos de yuca salcochados, o un plátano verde asado sobre las brasas.

Esta era la comida favorita de los campesinos de por allí. Ganaban ahora veinte cheles por día y tenían que pagar la mitad al que les alquilaba la tierrita, que casi siempre eran cinco o seis tareas sembradas de yuca, maíz o batata.

Manuel López trabajaba en mi conuco nada más que por lo que significarían dentro de tres meses esas ocho tareas sembradas de maíz. Comía a base de robarse las viandas en otros conucos. Le enseñé todos los trucos del robar; y Manuel López se sorprendía de que un hombre serio como yo supiese tantas cosas maliciosas.

Cuando supo que le dejaba las ocho tareas se puso triste y alegre al mismo tiempo:

—¿Pero se va usted?

—Tengo que irme, Manuel.

—¿Pero por qué?

—Porque sí, Manuel.

Comprendió que no quería darle ninguna explicación.

—Ya no tendrás que meterte en los conucos de la gente grande a robar viandas para mí y Simián. Ahora te será más fácil hacerlo para ti solo. Esas tareítas te las dejo, cuídalas y págalas cuando coseches, no sea que el amo te las quite.

—Sí, sí —dijo con alegría, secándose el sudor de la frente y el bigote con la falda de su camiseta mugrosa, agujereada y hedionda.

—¿Qué, no volveré a verlo?

—Volveré pronto, tengo que resolver unos asuntos, así de improviso me llaman y como tengo confianza te dejo la tierrita para cuando regrese.

Sabía yo que no regresaría. Esta era una guerra a muerte. Una guerra a muerte que me echaba por tierra el corazón.

Salimos hacia Samaná. Siete días de camino atravesando loma tras loma. Suponía yo que aquel era el mejor lugar, el mejor de los sitios para escondernos. Samaná, poblado de cocolos a los cuales no les importaba la vida de los demás. Gente pacífica, incapaz de meterse con la vida ajena.

Durante el recorrido, Simián comenzó a toser mucho y le brotaron fiebres altas. Me daba la maldita impresión de que la vieja se consumía como una mecha de lámpara. Cuando llegamos no nos establecimos en el mismo pueblo, sino en un lugarcito llamado Jaraco, frente al mar, un mar azul y brillante como el primer cuadro de la bandera nuestra.

Fabriqué una casa como pude, con pencas de coco, tablas de palma y cartones.

De noche los mosquitos venían en patrullas, afilados como las bayonetas de los marines. Nos linchaban. Después, cuando

intentábamos dormir, seguían con más ánimo. Acudíamos al poder del humo de anamú para espantarlos, consiguiendo ahuyentarlos solo pasada la medianoche.

A los veinte días o al mes de estar por ahí nos acostumbramos a los mosquitos, al paludismo, a las cacatas y a los alacranes que salían por debajo de las palmas y la yerba reseca.

Aprendí a tumbar los cocos del litoral y a sacarles la masa para hacer el aceite, que se vendía en el pueblo a seis cheles el galón.

Aprendí a utilizar mejor la nasa y a pescar en la bahía, viviendo decentemente durante un tiempo.

Comencé a hacer amistades. Nadie me molestaba nunca. Vivía en paz. Casi en paz. Los marines me vieron en muchas ocasiones y ninguno sospechó jamás que yo fuese aquel hombre apodado El Cuerno que aún figuraba en su lista de perseguidos con una bolsa de cinco mil dólares. ¿Se habían olvidado de mí? Me sentía casi feliz en aquel lugar... Casi feliz.

Una tarde llegaba a Samaná a eso de las tres, cuando escuché un gran alboroto y un corredero de gentes que se dirigía hacia las afueras del pueblo.

Averigüé con dos o tres de los de allí el motivo de todo aquel barullo. Me dijeron que un oficial dominicano al servicio de los gringos había apresado cerca de Saguá a dos gavilleros, y que los venía a fusilar en Samaná por ser la ciudad más cercana.

Me fui con toda aquella gente y con un grave presentimiento en el corazón. Mi sorpresa fue grande cuando divisé a los prisioneros montados sobre dos mulas de los marines.

¡Juan Crisótomo! Ahí estaba, flaco, derrengado, lleno de ronchas, la cabeza rota. Venía acompañado por aquel ayudante de Chano Aristy llamado Mayí, que una vez me habló de las bajezas de mi padre y mi hermano.

Los traía aquel oficial delgado, alto y requemado por el sol. Los soldados le llamaban Trujillo.

Me extrañó ver a tantos dominicanos con el uniforme de la armada yanqui, y más que nada me dolió la presencia de aquel

oficial joven que servía incondicionalmente a los gringos. Llevaba dos medallas en el pecho y por la gente que le acompañaba me di cuenta que los dominicanos seguíamos vendiéndonos por unos cuantos pesos.

«Ya los gringos ni siquiera utilizan a sus tropas para aniquilarnos; usan a los mismos dominicanos para esa labor», me dije con tristeza.

El oficial Trujillo, con polainas hasta la rodilla, un fusil Remington de repetición y dos correas de balas cruzadas sobre el pecho, apoyó el pie sobre el estribo y bajó de la bestia.

—¡Pónganlos a cavar su propia tumba! —ordenó.

Juan Crisótomo y Mayí se negaron a tomar los picos, entonces otro guardia con el mismo rango de Trujillo les golpeó violentamente en la cara con la culata del máuser. Tuve que aguantarme como un hombrazo y voltearme de espaldas.

Yo estaba muy detrás de la gente, de modo que nadie me viniera a ver. Todo el mundo guardó silencio. Hasta yo.

Mayí y Crisótomo se levantaron y volvieron a negarse. Entonces el oficial Trujillo ordenó a cuatro soldados abrir las zanjas. Aquello les llevó media hora más o menos. Me pareció que duraba un siglo.

—Tengo órdenes de fusilarlos inmediatamente, pero si hablan les perdono la vida —dijo el oficial Trujillo. Entonces los invitó a que denunciaran ante el pueblo allí reunido dónde se escondían los demás. Dijo que ante todo el pueblo él comprometía su palabra de que si denunciaban a sus compañeros, saldrían libres.

Crisótomo y Mayí quedaron en silencio. De seguro que anteriormente los habían torturado para sacarles algo y no pudieron.

Ahora el truco del oficial no los iba a hacer hablar. Yo los conocía.

—¡Véndenlos inmediatamente! —ordenó el oficial. En sus ojos brillaban el odio y el servilismo.

Pararon los prisioneros frente a las zanjas. Ninguno quiso que le vendaran los ojos.

—¡Entonces que vean su propia muerte estos forajidos! —dijo el oficial.

El pelotón de fusilamiento estaba integrado por seis hombres, cuatro de los cuales eran dominicanos.

—¡Fire! —gritó el oficial, y lo gritó en inglés, como si en el pelotón la mayoría no fueran dominicanos.

Las balas atravesaron los cuerpos de mis antiguos compañeros, que cayeron en las zanjas sin decir una sola palabra y sin dar un solo grito.

Les echaron tierra.

Por la madrugada, a eso de las dos, me acerqué al sitio donde habían sido fusilados Juan y Mayí. Puse una cruz de campeche que permaneció en aquel lugar hasta el momento de mi partida.

El oficial y sus soldados partieron temprano. Según supe, regresaban al Este a darle caza a El Cuerno, que seguía azotando los bateyes de la región. Me di cuenta de que alguien había seguido actuando en mi nombre, y de que yo mismo ignoraba la mala fama que a costa de las vainas que me echaban los que mataban a nombre mío, había adquirido por esos campos del demonio. Mientras yo trataba de vivir en paz, otro se hacía el vivo y me echaba encima un saco de basura. De nada me había valido salir del Este; ahora estaba yo más de moda que nunca.

«¡Buena vaina me han echado!», dije como quien no se conforma con las desgracias que puedan traerle a uno las fechorías ajenas. Cuando creía que mi nombre se había olvidado para siempre, resultaba que un cubero del Este armaba el lío para dañarme más y más y mantener prestigio a nombre mío, y por último, tener siempre encendida mi buena o mala fama entre los mulos de la gringada.

Durante un tiempo estuve preocupado, pero al fin y al cabo me fui olvidando nuevamente de mi vida pasada. Yo ignoraba que aquellos que tomaron mi nombre actuaban de buena fe.

Simián seguía tosiendo. Cada vez su enfermedad empeoraba más y decidí llevarla a un curandero llamado Soñé, que después de darle varias botellas de yerba y hojas para aquel mal, me dijo:

—Vea compadre, yo creo que esto es cosa del médico. Llévela a un médico.

No quería toparme con la gente de la enfermería, porque había entre ella varios oficiales de la gringada y temía que alguno me reconociese, pero con todo y eso decidí llevar a Simián al lugar.

Un sábado en la mañana nos presentamos e hicimos cola entre unos cincuenta o sesenta campesinos. La mayoría tenían llagas y rámpanos, rajaduras y heridas casi podridas. Otros tenían la muerte tan cercana que no podían ni abrir los ojos. Iban, al igual que Simián, del brazo de algún hijo o de algún familiar, y esperaban que los de la enfermería les dieran una medicina para no caerse muertos de una vez.

Simián y yo esperamos por espacio de dos horas. Había muchos antes que nosotros.

La enfermería era una casa de madera forrada de zinc, con cuatro puertas al frente y quince o veinte habitaciones con catres de campaña. Estaba pintada de verde y su olor a medicina descomponía el estómago.

Nos tocó el turno y Simián pasó hacia uno de los cuartos. Un hombre bajito, calvo y con lentes, que hablaba español, le enseñó el camino. Era la primera vez que me encontraba con un gringo que supiera hablar en dominicano.

Traté de seguir detrás de Simián y entonces el médico, practicante o no sé qué, me dijo con un gesto que solo ella podía entrar en la habitación. Así pues me quedé afuera; esperando. Hacía mucho calor y los mosquitos me aburaban los pies.

A los quince minutos Simián y el hombre salieron. Este me dijo:

—Ella tiene tuberculosis. Puede durar un buen tiempo si la cuidan en un hospital. No deje que los niños se acerquen a ella.

Me dijo además que aquello me costaría dinero y que solo en la capital podrían atenderla mejor.

Tragué en seco. Se me acabó de improviso el poquito de paz que había guardado durante mi estadía en Samaná.

Escribí a Santo Domingo tratando de averiguar el precio de esta nueva canana que me venía encima. No contestaron mi carta. Las cartas de los pobres nunca llegan a ningún sitio. Volví a escribir, y nada.

Dos noches después de haber averiguado con el practicante americano más o menos el precio del internamiento, a Simián le vino un golpe de tos y vomitó sangre y creo que hasta la hiel, porque era una cosa de color marrón.

La llevé otra vez a la enfermería y me dijeron que no jorobara más con la pendejada esa. Ya me habían dicho lo que tenía que hacer y punto.

Tres o cuatro días estuve pensando en cómo hacer para reunir unos cuantos pesos: trescientos, según el practicante americano. Con eso ella estaría unos tres meses en la clínica.

Al fin tuve una idea estúpida, hedionda a rayo y a tontería: yo era hijo de un hombre rico: a pesar de todo, tal vez no me negaría una ayuda en un momento así, tan difícil. Ese hombre rico quizás se alegraría de ver al hijo que durante años había estado alejado de la hacienda.

La desesperación me hacía ver las cosas mejor de la cuenta. La miseria me tendía una trampa terrible. Hasta me hice la triste ilusión de que mi hermano Fremio me recibiría con alegría.

Así, olvidándome un poco de todo, de mi odio, de los marines, de mi mala fama y de los tropiezos que siempre tuve para conseguir algo, emprendí el regreso una noche del mes de marzo, dejando a Simián en manos de una vecina llamada Remigia, que complaciente prometió atenderla hasta tanto yo volviera.

Partí hacia el Este de nuevo. Trece días de camino. Días de camino peligroso. Evitando encontrarme con la Guardia Nacional y con los puestos militares. Llevaba entre mi ropa un largo cuchillo de monte y catorce pesos con veinte centavos.

A los seis días había alcanzado ya el salto de agua que se mete por Guasa y sigue hacia el río Soco. Tierras despobladas. Tierras desesperadas por la pobreza, las plagas y los marines.

Desde allí en adelante la caminata resultó más dura; tenía que ocultarme para proseguir en la noche. Un hombre conocido como yo, no podía darse el lujo de ser visto.

De un cañaveral a otro. De propiedad en propiedad, fui llenándome de verdugones y picadas todo el cuerpo. Contra mí se lanzaron todos los bichos raros de los campos. Creo que hasta los cocuyos, que parecen tan inofensivos, me afincaron alguna vez sus pequeños dientes cuando dormía entre la yerba reseca de los plantíos.

Un olor a sudor pegajoso se me colaba hacia el alma, un olor que ya conocía perfectamente: el mismo de aquellos meses de lucha entre los campos, cuando mi nombre tomó cuerpo desde Cabo Engaño hasta San Pedro de Macorís y más allá.

Dos o tres días antes de llegar tuve que acelerar el paso empujado por el miedo.

Creí yo que la hacienda no estaba tan lejos, porque cuando Simián y yo nos largamos me pareció que pudimos alejarnos con asombrosa rapidez.

—¿Qué dirán?, ¿qué dirán esos? —me preguntaba.

Ahora casi me resistía a llegar. A pocos kilómetros debía de comenzar el camino hacia la casona. Ya no recordaba bien. El lugar había cambiado...

¡Ahora sí! Ahora veía perfectamente los predios de mi padre.

Salté el cercado de púas que venía divisando desde hacía unos diez o quince minutos. Me hallé por fin dentro de las inmensas tierras de papá.

El pastizal enorme se me clavó en los ojos y me dolieron. Los recuerdos vinieron de golpe y me hicieron un daño enorme.

La yerba, empujada por la brisa recia y cimarrona, se doblaba formando olas verdes. Recordé entonces que Simián esperaba allá, en las márgenes del litoral, mientras las olas de la bahía rompían en la arena dejando la playa manchada de una espuma grasienta.

El yerbajo parecía cantar. Yo pensaba en Simián y me llenaba de optimismo saber que me encontraba cerca de su posible salvación.

Como la tarde venía, pensé que mejor era dejar paso a la noche. Así, pues, me escondí en los pajonales y esperé con ansiedad, acostado entre la yerba, mirando las nubes que cruzaban el cielo como empujadas por el ruido que hacían las cigarras.

Me parecía ver el viento uniformado de caqui, sombrero de fieltro verde y ruche de lona dura, cabalgar sobre una gran mula amarilla. El viento con un máuser sobado y sus dos correas de tiros cruzadas sobre el pecho.

En un país como este no sería nada raro que el mismo viento del cañaveral denunciara por unos míseros dólares mi presencia por aquel lugar. Hay quienes por cinco mil pesos son capaces de vender su propia madre.

Cuando la noche llegó, me acerqué al umbral de la casa. En una de las habitaciones había luz. Las demás estaban a oscuras.

Me acerqué a la puerta y di tres golpes. Nadie respondió. Hice sonar una aldaba oxidada. Esperé. El cielo estaba amoratado, como un gavillero muerto a golpes.

Empujé la puerta. Se abrió chirriando, como quien protesta. Caminé hacia las habitaciones. Me detuve frente a la que tenía luz en el interior. Descargué mi puño sobre esa puerta varias veces.

—¿Es Santa? Pasa.

Empujé la hoja de madera; la luz era pobre y quien me hablaba estaba sentado en medio de la habitación. Tenía un libro en las manos. Cuando me acostumbré a la luz parpadeante descubrí el rostro viejo y flaco de mi hermano.

Me miró fijamente, sin inmutarse. Luego me dijo:

—¡Has vuelto!... ¿Qué quieres? Di, ¿a qué has vuelto?

Se abalanzó sobre mí, pero el brillo cándido y convincente de mi cuchillo lo paró en seco. Retrocedió asustado. Una brillante carga de odio relampagueó entre sus ojos, y en mí nació la impresión de que aquel relampagueo iluminaba por momentos la habitación... Pero no, de improviso escuché un trueno y oí la lluvia. No eran los ojos de Fremio, era la tormenta.

—¿Vienes a asesinarlos? —me preguntó con amargura.

—Vengo a ver a papá.

—Me alegra mucho, puedes hacerlo, está ahí... —dijo señalando hacia la habitación contigua. Me volví. Fremio encendió las luces. Entonces vi el rostro de papá arrugado y amarillo como panal de abejas. Soñaba profundamente.

—Míralo, ese es nuestro padre.

—Ya lo veo —dije en voz baja—, está flaco y pálido.

—Morirá pronto... Le han dado quince días o menos.

Quedé como azorado.

—¡Quince días o menos! —volvió a decirme. Le pregunté la causa.

—Un tumor maligno —respondió Fremio.

En el fondo de mi alma sentí una alegría profunda. No sé, pero la sentí. En mucho tiempo no había percibido esa sensación de libertad que ahora me asaltaba.

—¿Vienes a lo de tu herencia, no?... Eres muy inteligente. ¿Quién te ha dicho que se estaba muriendo?

—Nadie... —y entonces le narré lo de Simián. Aquella tragedia que me rompía el ánimo poco a poco.

—Necesito dinero, unos cuantos pesos y me largo.

—Y cuando necesites más volverás por aquí a joder mi paciencia de nuevo... ¿Acaso me ves la cara de pendejo?

Se levantó de su asiento y me dijo:

—Está bien, te daré quinientos pesos y te me vas bien lejos. Me perjudicas. Todo el mundo sabe quién eres.

Se dirigió hacia una caja de hierro y yo le seguí sin sospechar que Fremio preparaba contra mí la peor de todas las jugadas. Hizo girar un disco repleto de numeritos, la puerta de la caja se abrió, y cuando yo esperaba ver en sus manos el dinero con el que salvaría a Simián, vi que Fremio giraba lentamente sobre sí mismo y me encañonaba con un revólver Smith & Wesson.

—Caíste en tu propia trampa, tonto imbécil. Ahora vas a hacer lo que te indique. No pienso matarte mientras me obedezcas... Suelta el cuchillo, lánzalo por aquella ventana.

Así lo hice.

—Toma esa sogá y ahorca al viejo... ¡Tómala!

Oí el ruido, el «crack» del revólver. Un ruido tenebroso.

No sé cómo no permití que mejor me diera un balazo, pero ahora comprendo que lo hice porque así me vengaba de papá. Fremio me daba la oportunidad de aniquilarlo. Una vez lo prometí. Hace tiempo. Ahora veía la ocasión de cumplir con mi palabra.

—No tienes que apuntarme, lo haré con gusto.

—¿Sabes una cosa?... Me das la oportunidad de matar dos pájaros de un tiro... No tengas miedo, esto es un negocio, te necesito vivo.

La vida no tiene nombre.

—¿Y si me niego?

—Te meto una bala en la cabeza. Sabes que nada me harán. La justicia anda tras de ti... En cambio, si lo haces, hasta puede que te llesves los quinientos.

Tomé la cuerda, le hice un nudo suave y bien corredizo. Fremio bajó la mecha de la lámpara y yo comencé a apretar hasta que oí un crujido de huesos. El viejo ni se movió. Cualquiera hubiese dicho que estaba muerto. Enseguida se le puso el rostro morado y los ojos quisieron salirseles.

Entonces oí un disparo al tiempo que un dolor intenso como una mordida en la pierna derecha me hacía caer. Sentí luego el golpe que me privó del conocimiento. Un golpe en medio de la cabeza. Fremio había cumplido su plan. Le salió perfecto.

Cuando recobré mis sentidos me encontré en una cabaña de la Guardia Nacional. Me rodeaban seis marines y tres presos.

Eran las cinco de la mañana. A eso de las ocho vinieron tres oficiales. Uno de ellos era aquel que fusiló en Samaná a Juan Crisótomo. Se dirigió a mí y me lanzó una patada que me dio en plena cara. Rodé como una pelota. Un enorme dolor me atravesó el muslo. Aún tengo la bala dentro.

—¡Soldado, traiga a ese preso, vamos a juzgarle!

Me levantaron con violencia. Mis tres compañeros me miraron con recelo y se encogieron cambiando la dirección de su mirada y haciéndose los desentendidos.

Me llevaron a un patio pequeño. Me sentaron en una banqueta frente a tres oficiales gringos.

—Aquí está el gavillero —dijo el oficial Trujillo.

Los americanos cuchichearon y dos de ellos sonrieron.

Uno me habló en inglés. No entendí nada, entonces el oficial me dijo:

—El coronel dice que si sabes que tu hermano acaba de cobrar cinco mil pesos.

—Me lo suponía —expresé.

—Te vamos a juzgar. Dentro de pocos días te fusilaremos.

—Te damos una oportunidad: si dices donde están los otros no habrá fusilamiento.

—Hace tiempo que no ando con ellos.

A una señal del oficial, dos soldados gringos volvieron a patearme.

Me halaron por los pies y me arrastraron hasta el banco.

Me inventé entonces la historia de que mi banda estaba en los alrededores de Guasa y de que pronto asaltaría el cuartelito de aquel lugar. Se calmaron.

—Este hombre fue atrapado anoche mientras asesinaba a su propio padre para tratar de robarle —dijo el oficial a los jueces americanos. Me di cuenta entonces de que ellos por lo menos entendían el dominicano.

—Según el que lo trajo, este bandido, este gavillero, venía a buscar su herencia creyendo que su padre había muerto.

¿Qué herencia podía yo reclamar sin que antes me apresaran?

Comprendí perfectamente aquello de «matar dos pájaros de un tiro»: Fremio cobró sus cinco mil y heredó también las propiedades a causa del asesinato que él mismo propició. Fue un golpe maestro, como dicen por ahí. Sonreí para mis adentros. El oficial me sonó una pescozada y tuve que enseriarme de nuevo.

Sin hacerme preguntas, sin que se dijera una sola palabra en mi defensa, los tres americanos volvieron a cuchichear y luego llamaron al oficial para comunicarle su sentencia:

—¡Serás fusilado la semana que viene! ¡El lunes! ¡Prepárate!

Mi pierna está llena de pus. Dentro de algunos minutos vendrá un cura español que me hablará del cielo y de los pecados.

Me dirá:

—Hijo mío, el cielo es lo mejor.

Le contestaré:

—Padre, si en el cielo hay gringos es preferible que me vaya al infierno.

Simián no se curará jamás. Morirá esperando... ¡La pobre Simián!... Me queda una sola esperanza: ¡Los gavilleros no se acabarán nunca!, son una raza interminable; mientras exista robo y pillaje habrá gavilleros, pero también mientras exista un poco de patriotismo. ¡Pobres gavilleros, ojalá no terminen todos vendidos por una fanega de arroz, entregados por una lata de leche en polvo! ¡Todos terminarán como yo, bajo el fuego de las balas gringas, frente al pelotón de fusilamiento,

frente al «fire» de las tropas de ocupación comandadas ahora por esos dominicanos que como el oficial Trujillo han vendido su alma y su porvenir a los que pisan y maltratan un pueblo terriblemente pequeño! ¡Qué doloroso resulta morir con estas dudas clavadas tan adentro! La vida no tiene nombre, no, no tiene nombre, es algo que no acabo de comprender.

LOS ÁNGELES DE HUESO





CAPÍTULO I

Para el inicio de la quebrazón del silencio mi nombre no tiene importancia; mi vida tampoco, pero las cosas que pienso: mis ideas, mis callos, la saliva que recorre mi lengua y los espasmos que a medianoche me taladran el sentimiento, sí que tienen importancia. Al través de ellos se puede contemplar la vida; al través de ellos se puede abrir cauces al sentimiento, se puede narrar un acontecimiento sin importancia, sí, sin importancia. No todo es importante; casi nada es importante, por eso odio las voces que narran sucesos con ilación perfecta. Para un esclavo nada tiene importancia aparte de su locura.

Dicen que somos egoístas. ¡Mentira!, egoístas son aquellos que no pueden vivir sin pretender la fama. Egoísta era Juan, en cierto modo. Nosotros, los esclavos de una habitación, no somos más que pobres criaturas sin rumbo fijo. Mi madre no entiende de estas cosas, mi madre, pero, ¿qué importa mi madre?... No hablemos de ella; esto no es un yo proyectado. No soy un personaje; aun dentro de las letras de un libro sigo siendo una persona. Yo no tengo aureola. (El maldito «yo»). No puedo ser un personaje. El personaje tiene siempre una aureola ilustre. Solo los santos tienen aureola, aunque soy un santo si se tiene en cuenta que solamente hago daño a la humanidad... ¡Profunda sentencia!

Mi vida es como una moderna pieza musical: sonidos por aquí, ruidos más allá, papeles de este lado, y del otro una profunda desidia: la del público que aplaude sin entender y la del sabihondo que no aplaude porque entiende las cosas demasiado bien. Soy una imitación, lo que escribo también es imitación. Yo creo que quien mejor imita mejor recrea. Que nadie se atreva a negar esta sentencia capitular, decisiva, hecha con todo el profundo navegar de mi sangre cuajada de volteretas y desmayos.

Podría comenzar una novela narrando un suceso cualquiera. Un suceso cualquiera es lo que se necesita para que la vida tome giros nuevos: el dolor de estómago de Napoleón en Austerlitz, la caja de dientes de George Washington, el juanete de Benjamín Franklin, la rabia de Lenin haciendo su interpretación igualitaria de Marx y Engels. Sucesos corrientes que pudieron influir mucho en el rumbo de la humanidad. Mi novela haría lo mismo. (¿Me dejaría mi madre hacer una novela como a mí me plazca?). Mi novela puede comenzar narrando un suceso corriente. Podría utilizar para ello 18 páginas holandesas, o cinco, o seis, u ocho. Dependería todo de mi estado de ánimo y de la oportunidad que me brindara el médico que me cuida en los momentos en que no puedo ya pensar en mí mismo.

Cuando Farina se lanzó al mar los tiburones no estaban en la orilla, sino que vinieron desde la lejanía, girando frente a los arrecifes del malecón y la destrozaron. Los bomberos se tornaron iracundos, no sabían cómo evitar que los tiburones se tragaran a Farina; miraron atontados, llenos de un calor sofocante, sufrientes, lisos, llenos de rabia, con esa rabia roja y azul de los bomberos. Pero los tiburones seguían haciendo cabriolas, bajaban, subían, eran los mismos peces maldecidos por mí a las tres de la tarde del día anterior, cuando Juan Ciprián el pescador, lanzó su cebo y ningún tiburón quiso agarrarlo. Ahora venían, tal y como nunca lo habían hecho. Nomás sintieron que era carne de mujer y vinieron (el sexo lleno de pavor) a poseerla con la cadena filosa de sus dientes amarillos y violetas.

Los tiburones aletean como mariposas enamoradas. Son sutiles, sangrientamente sutiles.

La historia podría continuar, pero no creo que interese tanto un deceso a diente de tiburón. Es un modo corriente de morir en estos litorales de muerte, sal y mar azul.

En las orillas de Santo Domingo vio Colón tiburones extraños. Colón había descubierto América por encargo de su reina. ¡Colón! ¿Qué importa Colón?

Debiéramos seguir hablando de Farina, pero cansa y recansa, eso de hablar y hablar sobre una misma persona, sobre un mismo suceso. Cero suceso.

Quisiera poder describir la carcajada misteriosa que en este momento rueda sobre el papel y que ha saltado desde mis labios como un canguro enloquecido. Me reiré de ustedes. Me seguirán durante largo tiempo sin conocer el objeto final de este libro. Me reiré sobre el papel enloquecidamente, como nadie lo ha hecho. No utilizaré el ja ja. Mi locura es una larga carcajada, que termina en el colofón.

Vuelvo al tiburón, a lo que precedió al tiburón.

Farina tiene los ojos verdes.

Farina quiere tener un hijo y se lo roba de cualquier hospital público. Ella ha venido desde lejos, desde un campo de Higüey. Su marido tiene los ojos bellacos y una pierna coja. Él le ha dicho que es tiempo de parir. Tiempo de parir: son diez años de matrimonio. A Farina le comienza a crecer el vientre, se ríe con gran alegría. A Farina la revisa el médico, un médico vestido de luto blanco. «Está embarazada», dice el maldito médico. Y Farina no quiere otra cosa que su hijo, lo siente patear junto al esófago. Lo siente gemir en su morada de carne subterránea. Allí está el hijo. El marido viene cojeando y le dice: «Farina, por fin vas a tener un hijo». Ella se ríe con el verde de sus ojos transparentes. Ella cose y recose. Farina no piensa ni pensó jamás en tiburones, ni en mar salada, ni en bomberos rojiazules, ni en dientes afilados que buscan el sexo, ni en clínicas de maternidad. Pensó más bien en comadronas,

en leche de seno tibia, o en leche de vaca caliente, en amigos felicitándola.

Cuando pasaron los nueve meses, y los nueve meses, fueron diez, y doce y trece, Farina se imaginó que la cuenta no iba bien. Vino a la capital, el médico la vio y le expresó que aquella barriga no tenía criatura alguna, así fue como Farina parió agua, desperdicios y sangre. Agua, desperdicios y sangre. Agua, desperdicios y sangre. Agua... Este círculo de porquerías se puso a girar en la cabeza de Farina: agua, desperdicios y sangre. No podía amamantar aquello, ¡imposible!; había que buscar algo qué amamantar. Ella no estaba loca, pero las tres palabras giraban en su mente con lentitud y luego aceleraban el paso como una hélice de abanico eléctrico puesto a la más alta velocidad: agua, desperdicios, sangre...

Los tiburones tienen el pecho gris, a veces blanco, otros colores roca, con musgo y lilas debajo del ombligo. ¿Los tiburones no tienen ombligo?; pero tienen lilas y algas, musgo y cucarachas de mar pegados en el pecho, luciéndolos como corbatas o medallas.

Y los tiburones giran sobre sí mismos con rapidez. Huyen cuando no han percibido el olor de la sangridad. De lo contrario son como una caldera que pide carbón constantemente.

Me imagino la voz húmeda de los tiburones. Algún ruido rasgado debe salir de su boca llena de sierras. Algún ruido, alguna palabra tendrán los tiburones para llamar a sus bestias amigas, porque cuando Farina cayó al mar apareció el primero, y luego quince o veinte, y más tarde treinta o cuarenta, y luego sangre, agua y desperdicios sobre el oleaje. Sangre, agua y desperdicios. Farina no gritó, se portó valientemente. Los bomberos gritaron y lanzaron sogas, un hombre vestido de militar disparó con su rifle sobre los tiburones, pero estos ni se dieron por enterados. Las balas tenían un sonido extraño al levantar el agua con su peso, formando coronitas de espumas. Chas, retechás; las balas. Farina cayó al agua y en cinco minutos la supo teñir de rojo: agua, desperdicios y sangre.

Cuando el marido de Farina, con su pierna coja, supo que ella no había parido nada y que se había robado un niño de una clínica para engañarlo, se puso bronco, encaramó los pies sobre los brazos de la mecedora y dijo: «Ni siquiera sabes parir un hijo, prefieres robártelo». Farina decidió venir a entregarse definitivamente, pero como la policía la había puesto en libertad por considerar que estaba loca, decidió darse por entera a los tiburones de Santo Domingo. Colón los conocía.

El marido de Farina supo la noticia al día siguiente, cuando los periódicos decidieron llevarla sobre el pliego de sus papeles. El marido de Farina, se puso como loco y cambió dos marranos por un par de zapatos para venir a la ciudad decentemente vestido. Lo llevaron al lugar de los tiburones, pero él no quiso lanzarse sino que lloró y lloró, y dijo que se sentía culpable, mientras yo me reía a carcajadas detrás de una palmera, y pensaba en que los tiburones no se atrevieron a picar la carnada de Ciprián y sin embargo picaron en el cuerpo de Farina.

Esta es una historia, un capítulo, una parte de un drama. Podría continuar diciendo lo que hicieron los hermanos de Farina con su marido. Podría decir que lo descuartizaron con sus machetes filosos. Eran cuatro los hermanos de Farina, y el muy tonto del marido se declaró culpable, entonces los hermanos le cortaron las agallas como a un mero.

Así podría terminar la historia de Farina.

Un abejón azul gira sobre mi cabeza. Mi cabeza gira también tras el abejón y trato de sostenerla para que no ruede escaleras abajo. Los abejones azules tienen una perspicacia inigualable. Tienen dentro peces y sirenas, grandes jarrones de jade con perfume dentro, palacios y mares profundos; un abejón azul tiene costura de universo, remiendo de eternidad, por eso odio tanto su vuelo sobre mí. Vuelan con cierto dejo de inocencia que me penetra el corazón, ahogándolo. De noche los veo zumbar, los oigo con los ojos –mis ojos tienen el don de escuchar los colores–, los oigo y los espanto, son espíritus malignos hechos de ligero cristal transparente.

Ahora se va, tengo que olvidarlo irremediablemente, tengo que olvidarlo. El esposo de Farina está preso, diez años de prisión, está preso en su tumba, pero dijo que regresaría como abejón azul a cobrar sus deudas, a cobrar la deuda de la vida. Nadie sabe a quién le cobrará la vida, porque ¿quién conoce de dónde sale la vida? Vuelvo a caer en Farina. El capítulo de Farina está cerrado, es cierto, pero el del esposo de Farina no. La noche tendrá un perfume de blancura y ángel. Todavía no llega. Yo espero reposar debajo de ella. El perfume de la noche es blanco –yo huelo los olores, soy capaz de oler la vibración sutil del amarillo o la dureza quemante del rojo–, un perfume blanco como de ángel que se almidona el faldón lánguido antes de recorrer los techos calcinados.

El esposo de Farina lanzaba sangre desde todos los puntos cardinales de su cuerpo. Murió. Debajo del mar que Colón descubrió alguien lloraba aquel día del juicio final. ¿Sería Farina, o algún miembro de su cuerpo destrozado? Si ella hubiera perecido ahogada a lo mejor no hubiera sufrido tanto.

El abejón me mira con sus ojos brillantes, me mira con todo el odio de sus mares internos, de sus catedrales interiores, con todo el odio de sus peces y sirenas malditos. Necesito exterminarlo. Ahora corro tras él, me subo sobre los muebles, bajo, resbalo, caigo, me levanto, lo acoso, lo quiero aplastar y se burla de mí. La sombra de una cortina roja lo cubre y pierdo de vista su cuerpo pequeño... Ahora sale nuevamente, comienza a burlarse de mis ojos grises. Tenía, cuando era pequeño, los ojos azules, ahora se han tornado grises, poco a poco han ido perdiendo su color. Me siento débil; sin embargo, el abejón está ahí, cerca de mi debilidad, como quien se siente feliz de volar sobre la debilidad de los demás. Lo persigo hacia la ventana, trato de golpearle con un periódico enrollado; ¡imposible! Se pierde en el viento de afuera, el viento que hace rodar hojas en las calles, que se mete en las piernas de las niñas que van hacia el colegio y revuelve el cabello de las jovencitas más bellas del barrio. También el viento es mi enemigo, mi contrario, su

falta de timidez me llena de espanto, anda desnudo por las aceras y el policía no se atreve a detenerlo. Cuando Juan mi hermano se fue a las montañas, a pelear contra el gobierno, el viento lo traicionó. El viento vestía uniforme de verde olivo igual que él. Cuando lo trajeron tenía el pecho reventado y los dientes afuera. Lo fusilaron con gas kerosene y balas grandes. Lo enterraron y cuando logramos sacarlo vi sus cuencas vacías y creí que todo aquello era agua, desperdicios y sangre; esto me molestó y comencé a sentir los desperdicios y el agua dentro de mi cerebro. Otra hélice –igual a la de Farina– girando dentro de mí. Si quisiera recordaría más y más cosas, pero no debo hacerlo; esto me duele en un lugar del cuerpo que no he logrado localizar.

El abejón vuelve, ahora trae, en vez de iglesias, mares y sirenas, castillos, un trozo de cal y un florero en las entrañas. Estoy al acecho... Acabo de aplastarlo y el muy ladino ni siquiera tuvo el valor de quejarse. No era tan azul como parecía al principio, y sus mares, floreros, sirenas y torres se han convertido en un pequeño charco de suciedad. Parece una cápsula de aceite aplastada por el pie. Mueve una de sus patas; ahora la arranco; ya no vuelve a moverse.

Afuera frena un automóvil pequeño; veo la gente en torno al mismo. Bajo las escaleras con rapidez. Se llevan a la niña, la ponen dentro de otro coche y el motor ruge, vocifera su aliento que humea gasolina. La niña tenía sangre en las sienas –como mi hermano el fusilado–. El día está nublado de tragedia: primero el abejón, luego la niña, antes Farina, después el esposo de Farina. Vienen los policías. Yo les odio; no saben más que preguntar y preguntar. Nadie puede hacerme responder. Me golpean, la gente grita que soy un loco pero ellos vuelven a golpearme; al fin me dejan y subo a mi habitación. ¿Para qué habré bajado? Que nadie me llame, que nadie me busque. No quiero estar para nadie.

A las tres de la tarde mi madre subirá a traerme un vaso de refresco. Ella me quiere mucho, dice que soy bueno. Viste

de luto por lo de mi hermano; él es un héroe, pero nadie parece acordarse de eso. La luz me ciega, me ciega indefectiblemente. Meto la cabeza debajo de la almohada y comienzo a escuchar mis propios ruidos. Me muevo con la cabeza bajo la almohada y los ruidos aumentan. Me gusta estar así largo tiempo; es mejor que matar abejones o que ver niñas estropeadas en las calles; es mejor que recibir garrotazos de la policía, es mejor que vivir.

La cabeza la tengo debajo de la almohada y mi corazón confunde sus ruidos con las palabras suaves que la almohada pronuncia: siento el rumor del mar y la voz de Farina; también siento la de los miles de ahogados que pueblan los arrecifes buscando cuerdas para salir a flote. Una luna redonda y blanca los acompaña. Me hacen cosquillas en el corazón sus murmullos tenues. La luna se ha mojado de tanto acompañarlos. Los ahogados desfilan en turbas, como los asaltantes, y de improviso gritan y uno los oye resoplar y les adivina el frío de la piel disuelta entre las aguas. Sangre y porquería. ¡Eso me gira por dentro, me vuelve a girar! El mar me ha vuelto loco. Odio las gaviotas y los pinares. Las gaviotas son animales avaros que aumentan con sus ojos de vidrio el tamaño de la presa para sentirse el estómago bien lleno; los pinares traicionaron a mi hermano, no supieron decirle que las tropas del gobierno le fusilarían. Solo amo las palmeras. Me escondo tras ellas, me protegen del mundo con sus flecos verdes y con su movimiento verde también. Solo amo las palmeras.

La almohada es calurosa. Duramente calurosa a pesar del plumaje que la cubre por dentro haciéndola sentirse como un ganso vuelto de revés. Es calurosa, pero blanda. Nadie conoce mejor que yo sus secretos. La almohada grita, tiene bocinas de automóvil que enturbian el pensamiento, ya turbio de por sí, y que le hacen pensar a uno en carreteras plagadas de vehículos, y en accidentes y estadísticas. Yo afinó el oído para escuchar las historias que me cuenta. Son historias de terror. Una por una las escucho.

Me dice que le duelen sus plumas suaves porque el animal que las poseyó protesta suavemente desde la muerte misma. Estúpida almohada que cree en la protesta de la muerte. Le duelen los hilos de la tela porque la máquina que los hizo sustituyó a catorce obreros en una fábrica manual de la calle Hernando Gorjón. Yo digo que mi almohada tiene sentimientos socialistas, sí, es una almohada justa, una almohada que sufre cuando alguien se cae al mar, cuando alguien es asesinado o muere en las montañas peleando contra el gobierno. El dolor suave de sus plumas también habla, dice que siente las palabras pronunciadas por el bacín que vive debajo de mi cama. En él escupo y orino, pero no sabía que protestase de mis actos hasta que el rumor de la almohada me penetró haciéndomelo saber. Lo mismo pasa con el florero lleno de flores de papel crepé. La cortina también sufre, va perdiendo su color y eso significa la muerte: parece mentira que la muerte sea tan temida. Yo creo en la muerte todopoderosa y nada más. Hace unos meses salí a la calle con la muerte en las manos: era un puñal grande con el que pensaba matar a dos locutores de radio que se burlaron de la muerte de mi hermano en las montañas. Desde que la gente me vio cuchillo en mano gritó: ¡ese loco va a matar a alguien, deténganlo, deténganlo!, entonces vino la policía y me golpeó. Me quitaron el puñal y me llevaron a un calabozo lleno de culebras y ciempiés. Si hubiese guardado el puñal dentro de un papel de periódico nadie habría notado que la muerte iba junto a mí en busca de dos locutores, pero temí que el filo del cuchillo hiriera el papel, sentí pena por el papel de periódico, por sus letras, por sus figuras respetables como la de Superman y otros jefes. Prefería llevarlo a la intemperie, confiando en que no se oxidaría en solo una caminata de pocas horas, sin embargo la policía no creyó nada de lo que le dije. Mi madre llegó y habló con el encargado de los policías. Hablaron de cosas que yo no pude escuchar porque lo hicieron en un cuarto separado del que yo me encontraba. Al poco rato vino y me dijo que el policía mayor le había dado

permiso para que fuese con ella a casa. Salimos de la cárcel y mamá lloraba. Yo sabía que ella había dicho en la policía que yo soy un loco; desde hace tiempo ese es el argumento que se esgrime contra mí.

Las plumas vuelven a hablar, reconozco sus voces una por una. Una almohada tiene plumas pequeñas y plumas grandes, plumas femeninas y masculinas. La voz de una pluma pequeña no es igual a la de una grande, ni la de una pluma masculina es igual a una femenina. No obstante, a veces se me confunde el timbre de las voces, por ejemplo, una pluma pequeña tiene en ocasiones la misma voz de una pluma femenina. La confusión reina entonces en mí, y me paso horas y horas averiguando si realmente he podido identificar perfectamente las plumas. Al fin ellas mismas –condoliéndose de mi dificultad– me dan su identificación. Las plumas hembras tienen una vida más intensa que las plumas machos; como pertenecieron a una gansa tienen una experiencia sexual exquisita. Las hembras gozan más que los varones, eso me lo dice mi prima Amparo cuando viene junto a mí algunas veces, se acuesta a mi lado, se desnuda y yo la veo podrida por dentro como una lechosa madurada a golpes. Después que termina de amarme se aleja y nunca me dice cuándo regresará. Ella dice que fue mi esposa hace cosa de un año, de seguro su locura crece tal y como ha crecido la de todos los que me rodean desde que murió Juan.

La pluma varón casi siempre está silenciosa, como yo, no se atreve a hablar, se siente prisionera entre tantas suavidades. Ya hablará, y cuando lo haga todos tendrán que oírla, todos tendrán que lamentar la muerte de dos locutores de radio; el cuchillo no se oxidará y mi madre no tendrá que ir a la policía.

Oigo pasos en las escaleras, no puede ser el abejón azul, ni la niña, ni Farina. Ellos no pueden volver. Los pasos se ensanchan como un globo cautivo. Los malditos pasos de siempre. Si yo pudiese conocer el número, la marca, el tamaño y el color de un zapato por el sonido que hace, estaría feliz. Pero no, tengo que esperar a que aparezca en la puerta el dueño

de esos pasos... Mamá ha abierto la puerta. Trae el refresco, son seguramente las tres de la tarde. Me besa, me dice que no vuelva a salir, que me peine, que me afeite, que no piense más en Juan, que me entretenga mirando por la ventana, que no sufra tanto, que no piense más en los locutores. Al fin sale, yo no respondo nunca, soy muy orgulloso desde hace tiempo. Yo no respondo nunca. Debería decirle que no me importa peinarme, ni pararme en la ventana, solo los locutores me importan. Algún día los haré papilla. Lo juro.

El refresco es de granadillo, tiene buen sabor, las semillas del granadillo son negras y tienen un forro suave y resbaladizo que las transparenta. Es sabroso el refresco. La ventaja de mi cuarto es que las plumas están escondidas en la almohada, solo saben que he comido porque sienten mi aliento cuando reposo mi cabeza sobre ellas. De lo contrario –si ellas supieran cuándo comienzo a comer– tendría que repartir mis alimentos entre las plumas y no me quedaría nada, nada. Tendría que hacer lo que pretendía mi hermano: repartir mi riqueza pequeña entre las pobrecitas hijas del ganso, entre las plumas que conocen mis pensamientos y que saben que yo sé su sexo.

Ayer hubo líos en la frontera, algunos haitianos quisieron cruzarla y los guardias dispararon. La isla es única e indivisible según Toussaint. Creo que Toussaint murió hace ya tiempo; sin embargo no está tan muerto puesto que los haitianos le obedecen todavía. Colón no pudo conocer a Toussaint. Colón vio tiburones azules y violetas. Tal vez los tiburones que destrozaron a Farina eran tataranietos de los que vio Colón. En las aguas hay nietos y tataranietos. En las aguas hay hasta muerte y peces envenenados por el DDT. Ayer mismo flotaron miles de peces en el malecón de Santo Domingo. Los pobrecitos se los comían y nadie murió envenenado. Dicen que la flor del mangle atonta los peces. Los peces tienen la culpa de que la vida no sea buena en estos momentos. Si se hubiesen rebelado, si hubiesen salido a tierra a exigir que los pobres también comieran, otro hubiera sido el desenlace. Pero son los ricos

quienes tienen grandes barcos para pescar los pobres peces y venderlos a un precio terrible. El sueño me aturde. El granadillo me produce sueño. Entonces creo que vivo dentro de un ahogado y me voy al fondo del mar a sentir cómo siente las cosas un ahogado. El mar pesa, parece una colcha transparente que arropara con dulzura al ahogado. El ahogado no puede pasar más de unos cuantos días arropado con la colcha porque pronto comienza a licuarse también, a hacerse mar, a convertirse en espuma y en ruido, en pez y en tormenta transparente.

Un amigo de mi padre murió ahogado. Se lanzó desde los arrecifes y nadie le volvió a ver. Se lanzó desde los arrecifes con ropa y todo. Dejó la cartera con su identificación y un retrato. Temía que el retrato pereciera ahogado, tal vez no convenía conque los peces se comieran el cartoncito que lo contenía. Son cosas de ahogados, son caprichos de ahogados. Él dejó sobre las piedras de la orilla sus documentos, sus recibos, y unos pagarés por catorce mil pesos. Decían que era comerciante pero generalmente los comerciantes no se ahogan ellos sino que ahogan a los demás, de todos modos el amigo de mi padre murió ahogado.

Fue bajando lentamente, como un paracaídas, hasta que dio con el fondo y comenzó a sentir frío. La noche densa que lo cubría se convirtió de improviso en un trozo de hielo que relampagueaba. Trató de abrir los ojos y el peso del océano aplastó su intento. Su respiración, húmeda al principio, dejaba pequeños lagos de viento reducido entre la espuma salada. Ya ha dejado de respirar, no respira, no es necesario y nadie puede hacerlo en el fondo del mar, sería perder el tiempo, un tiempo precioso: el de presentir enormes peces azules transcurrir por encima de su sexo y perderse en la inmensidad graciosa y ondulante de las algas.

Es algo más que un muerto, ustedes pueden verlo, es algo más que un muerto: es una especie de misteriosa alfombra que cubre cinco pies y ocho pulgadas –era su estatura de comerciante–

de fondo ilustre. Donde cayó su cuerpo hay renacer de vida, microbios nuevos, algas reverdecientes, es un abono frágil de sí mismo. Luego habrá de convertirse en excremento marino, o en medusa transparente, o en pez de las profundidades, será un pez de las profundidades y tendrá que inventar su propia luz. Tendrá que inventar su propia luz, ¡tremenda realidad! Ahora la arenilla del fondo le cubre los pies, unos pies semidestrozados por los crustáceos, –así se les llama a las jaibas– destrozados por los langostinos. Siente el cosquilleo de la arena, siente, presiente que lo siente: es como si alguien –mi padre tal vez– desde una ruta de lejano cariño se presentara a lamerle los pies desbaratados de tanto caminar hasta el fondo. Esto le trae un grato recuerdo: su perro Damián –se llamaba así porque su esposa odiaba a Damián el jardinero, aquel que nunca osó entrar en sus habitaciones–, su perro Damián estaba acostumbrado a lamerle los pies en las noches de luna. Decían que eran amantes. Él sentía su aullido y comprendía que hay dolor e infortunios en las entrañas de todo animal. Aquel animal. Aquel animal era un hijo de la necesidad y del odio. Él vio cuando se lanzó a las aguas. Al amigo de mi padre le parece oír sus ladridos. Bajan desde la superficie y se meten por el oído salado del suicidio. Él le acompañó hasta la orilla de los acantilados. Él vio cuando ponía su cartera y sus papeles miedosos entre las rocas bostezantes y duras. Grietas oscuras se abrían a cada paso. Damián ladra todavía junto al brocal del océano. Montado sobre algún hipocampo su ladrido salpica el sueño húmedo y abarrotado de sardinas de su amigo en bocarrota de espumas. Su ladrido baja, mueve la cola junto al ahogado. Y luego no puede resistir la presión de las aguas salinosas y sube convertido en burbuja para regresar de nuevo con amistosa insistencia que ya comienza a molestar al amigo de mi padre.

Los muertos inmersos en una inmovilidad tentadora sufren cuando el sonido de alguna voz querida penetra su universo de ostras, luceros y cardúmenes.

Las plumas de mi almohada han dicho muchas veces que las cosas del mundo van royendo nuestros vestidos y van desintegrando poco a poco el corazón y el pensamiento, la duda y los recuerdos, las cortinas y las flores de crepé, los hermanos, las niñas estropeadas en las calles, los abejones azules, el viento que se mete entre las piernas de las chicuelas y el que mueve el cabello de las señoritas que no quieren amar a nadie.

Los muertos son un gran gerundio. Allá está el amigo de mi padre; sombra verde en las pupilas. Ahora el mar comienza a moverse como un colchón relleno de muerte líquida y de suicidas lejanos. Tal vez el amigo de mi padre encuentre amigos; sí, ya comienza a sentir la voz de los que durante años y siglos fueron buscando el mar como única solución para su vida seca y falta de transparencia. Ya los oye, vienen, los oye, yo también los oigo: con un coro lejano, se acercan, pronto será uno más, pronto perderá su personalidad, pronto dejará de oír los ladridos de Damián, lo sé, vienen y no puede evitarlo.

CAPÍTULO II

Damián se aleja de la mar. Tiene los ojos grises como un carbón cubierto de cenizas. Es un perro obediente: la muerte ha dicho «vete» y Damián se ha ido. Rumbo a la casa observa el mundo por el cual atraviesa: perras, perritos, gatos, cascabeles, guirnaldas, gente, edificios, marihuanas, silencios, porquería, sangre, soledad, torpezas, juegos de maricas, y perros, nuevos perros: lanudos, pelados, garrapatosos, con sarna. Damián no comprende que el mundo es así.

En el fondo, el amigo de mi padre se acerca lentamente a sus nuevos compañeros. Uno de ellos tiene un gran cigarro en la boca, y el mar golpea su cigarro y el cigarro no se apaga nunca; y el mar habla con la voz obnubilada de un borracho en estado de coma. El hijo del amigo de mi padre no ha llorado nada, por el contrario, una alegría intensa lo acompaña: lo ha dejado libre, no le molesta más. Cuando el hijo del amigo de mi padre nació, pesó nueve libras y todos se alegraron; ahora el hijo del amigo de mi padre se alegró también. Dicen que está loco y no es cierto, está sano, como yo, que no tengo más alternativa que sufrir.

No quiero ir a la cama nuevamente, mi almohada se ha tornado insoportable: la misma voz, la misma conversación; siempre igual. Nada varía a excepción del jugo que trae mamá por las tardes, un día sabe a sal de Epson, otro día a limonada,

después a leche, más tarde a ciruela con coco de agua y azafrán. Pero sé que es el mismo jugo. Voy sintiéndome cosquillas en la columna vertebral nuevamente. Las he sentido muchas veces. Me sube un río de alimañas suaves por el hombro y las espanto: caen al suelo y se reúnen. La que tiene una ponzoña como una lanza es mi peor enemiga. Se calienta bajo el sol en la galería de la casa. Después, cuando me hinca su flecha venenosa, siento el calor del sol en mi costado y grito desesperadamente. Entonces viene el médico: un señor de cuarenta años que me inyecta gas venenoso y horchata. Se me endulza el espíritu y caigo en éxtasis de melodía y amor. Viene la que dice ser mi mujer y me besa. Colón no sabe nada de esto. Sus restos ni se mueven en la catedral. La uña del pie derecho se me amorata siempre que me ponen la horchata entre las venas. Luego, cuando la que dice que es mi mujer me posee con lujuria, la uña toma su color normal.

En mi cuarto hay una mesita de día –mi madre dice que es de noche pero puede ser de día–, hay una mesita de día con almanaques y revistas. Abro una y veo que un actor llamado Miller se suicidó porque no podía con su vida llena de publicidad. Yo me he arrinconado, le tengo tanto miedo a la gente, a los actores, a los animales, que no puedo salir de mi casa sin hacer un esfuerzo. Además, cuando salgo mi madre me pregunta que a dónde voy. Por eso no me place salir demasiado. Además hay policías, y niñas estropeadas, y amigos de mi padre que se suicidan, y mujeres destrozadas por los tiburones. Hay de todo eso fuera de aquí. Farina lo sabe mejor que yo. Colón, que descubrió estos lugares por órdenes de su reina, murió de pena después de ser malo con los indios. Colón era europeo: español-judío-genovés-gallego, pero amó esta tierra más que muchos aunque no a sus indios, a los cuales le lanzó perros hambrientos en el valle de la Vega Real.

Odio a Colón.

La luz de la tarde suspende el polvo junto a la ventana. Un polvo dorado, rico en vitaminas y minerales como las pastillas

McCoy. Un polvo que cuando cae al suelo desaparece. Es la luz la que le mantiene vivo, la luz es el espíritu del polvo y cuando el polvo huye de la luz muere para los ojos de los que sufren. Yo soy uno de ellos.

En estos momentos no sucede nada, nada. Camino por mi habitación con pasos peculiares. Cuando Hitler se inclinó sobre la tumba de Napoleón en París también lo hizo con pasos peculiares. Napoleón también se inclinó alguna vez. Josefina sabe bien que es verdad.

Por las escaleras suben sapos amarillos. Saltan desde los caños. Está lloviendo y los sapos son amigos íntimos de la lluvia. Portan lluvia en su voz. Cada vez que hablan, llueve. Los sapos y los muertos se parecen mucho: no me molestan para nada.

Vuelvo a girar por mi habitación. Ahora tengo alma de helicóptero. Vuelo, despego y toco el techo con las manos y los pies. Me adhiero a él como una lagartija y miro desde arriba el perfil de los objetos. Todo parece plano: la cama, la mesita de día, las revistas donde se habla de la muerte de Miller, el vaso sin bebida. Por ejemplo, desde aquí arriba veo el vaso como un círculo grande con otro circulito dentro; como la mesita no es transparente veo un octágono, la cama es un cuadrilongo blanco, las almohadas no dejan ver sus plumas ni yo escucho sus voces, pero sé que hablan profundamente. Desciendo lentamente y pierdo el sentido del vuelo, cayendo sobre un sofá. De repente siento que se zafan los resortes y que uno de ellos me pincha. Me rasco, hay una especie de placer en el rascarse. Vuelvo a mi lecho. Miro hacia el cielorraso donde hace unos momentos estaba suspendido y la luz del cuarto desaparece lentamente. Entonces el cielorraso es como un telón de cine en el que se proyectan viejas películas. Hombres, multitudes, montañas, hermanos fusilados, ahogados, gusarapos gigantescos que hacen ruidos extraños al culebrear. Cierro los ojos, me interesa mucho ese mundo pero ahora huyo de él por unos instantes. No quiero pensar. No quiero pensar. Me parece que en estos momentos resulta mejor tener la mente en blanco.

Pongo la mente en blanco y resulta que mi pensamiento es también un telón de cine. Grito. Corro. Me persiguen los sapos. La lluvia, gruesa y relampagueante, aumenta el caudal de su voz que canta. Hay una melodía de cristal húmedo en boca de la lluvia. Me detengo junto a la ventana. No puedo llorar, con esta lluvia nadie reconocería mis lágrimas en los charcos de afuera.

CAPÍTULO III

La música tiene costumbre de martillo sonoro; golpea el cerebro y no deja que uno reconcentre sus esfuerzos en un solo acto. Ahora, en este momento, mi habitación está llena de música: ratones rosados hacen crujir sus dientes en las orillas de las azoteas. Su música es ordenada, insomne, filosa, bubónica, pestilente, pero llena de armonías. Sin embargo yo he escuchado –no sé dónde– otra música constituida por notas volátiles, deshiladas, sin melodía alguna. Un hombre llamado Loren Rush la ha compuesto, se llama *Nexus 16*.

Mi hermano Juan, que murió peleando contra las huestes del gobierno, no supo nunca que había una música igual. El pueblo no lo sabe y si lo supiera no la comprendería. Hay una belleza que solo el desorden es capaz de crear.

Mis vómitos, mi iniciación por los caminos del vómito fue un gran acto musical. Uuuu... aaag. Así, así resultaba el esfuerzo sonoro que yo hacía en el momento de lanzar fuera los alimentos. Nadie me enseñó a vomitar. Yo mismo, después de muchas veladas, me convertí en mi propio maestro. Este acto difícil, este acto para el cual se requiere una inteligencia superior es como una nota de *Nexus 16*. Una nota excrementosa, estercolante, fecal en su más sonoro aburrimiento, en su más crujiente eco disimulado.

Mi hermano Juan no podría comprender un sistema armónico tan lleno de fuerza y de verdad. Él murió por los suyos y ya nadie lo recuerda. Ni yo mismo.

Los ratones siguen haciendo fuerza en las alcantarillas. Los habrá que son quebrados; los habrá con los testículos hinchados de cargar equipajes superiores a sus fuerzas. Los ratones han inventado músicas filosas para destruir el ruedo de la madrugada. Mientras la madrugada duerme y Loren Rush ignora que su música es como una enfermedad, los ratones de Santo Domingo roen la corteza del amanecer y lo desangran hasta que el mismo sol se torna rojo en las márgenes de Villa Duarte, bien al este, bien hacia la miseria.

Loren Rush no sabe que en Santo Domingo hay ratones azules y verdes, ratones capaces de producir hemorragias cósmicas.

Yo he oído esa música. Los seres superiores oímos músicas plagadas de insectos y sentimos que los árboles van a parir tarántulas en vez de naranjas, y creemos que los hijos de la gata se convertirán en dulces melocotones untados de maullidos. Los hijos de la gata esperan su metamorfosis. ¿Por qué no puede un gatito convertirse en manzana? ¿Es la universalidad de las formas y la trasmutación el objetivo de los hombres?

Ahora siento la música aquella, *Nexus 16*; el clarinete suena; si pongo mi cerebro sobre la almohada las plumas podrían escuchar perfectamente mi música interior. El clarinete suena, apenas cuatro notas destempladas, ahora un violín hace lo mismo, hace lo mismo. Está destemplado también. Oh, Juan, si pudieras oír esto qué fácil se te haría comprender la maldad de aquellos que te asesinaron en Las Manacles. Oh, Juan, cuántas notas te has perdido, cuántas notas exactamente dislocadas... Ahora el piano, un tecleo rápido, otro tecleo rápido, sin orden, como lo haría mi sobrino si lo tuviera y solo llegara a los cuatro años de edad. Es un tecleo infantil, infantil... Creo que no hay más instrumentos... Sí, ahora la flauta, la flauta. No. No hay dudas, es un cuarteto. Cuatro músicos se han puesto en

desacuerdo para lograr una magnífica joya musical. Cuatro instrumentos en desarmonía para poder armonizar mi posible locura.

Sincronismos para grabadora, violín y viola. Sincronismos para «tape recorder y viola». Concierto de cámara para flauta y diez músicos cualesquiera. ¡Viva la modernidad! Mi modernidad. La de todos. Acudid en pos de mis grandes conocimientos, ¡oh! dioses de la debilidad rampante.

Son las cinco de la madrugada. Fácilmente puedo percatarme de que no he dormido. Llevo meses sin dormir. Yo soy el testigo de mi propio insomnio. No quiero dormir porque desde que cierro los ojos empiezan a molestarme las figuras de mis sueños. Si se quedaran dentro mí, si por lo menos me obedecieran, si pudiera echarlas fuera de mi cuarto con el solo hecho de despertar, las dejaría vivir un poco, pero no, se obstinan en vivir junto a mí. Por eso no duermo. Se obstinan en quedarse aquí. Si viniera mi madre y encontrara en mi habitación escenas deshonestas, escenas que yo mismo no permitiría, me moriría de pena, sería capaz de volverme loco.

No duermo. Hace unas semanas lo intenté y los monstruos que escuchaban dentro de mí salieron hacia las habitaciones de la casa. Escondieron el televisor, hicieron ruidos enormes. Yo desperté y quise que volvieran dentro de mí, pero se negaron, fueron capaces de negarse a regresar. Yo soy el responsable de que luego se convirtieran en figuras de barro y de que bajaran las escalinatas de la casa, rumbo a la calle. Oí gritos, niñas que lloraban, mujeres que oraban no sé a quién. Eran de barro mis monstruos. Iban calle abajo, calle abajo cometiendo tropelías. Me asomé a la ventana y miré los zafacones volteados, y los vidrios rotos, y las estanterías destruidas. Mis monstruos son capaces de todo. Mis hijos, mis hijos. Me puse el pijama y corrí escaleras abajo, gritaba, gritaba, pero nadie oía mis gritos. Comenzó a llover y la lluvia me trajo consuelo. Mis monstruos eran de barro, tal vez las lluvias los desharian, tal vez si los aguaceros aumentaban ellos quedarían convertidos en lodo;

los seguí por entre callejones y avenidas. Torcieron hacia la parte norte de la ciudad. Eran diez o quince, pero avanzaban con rapidez. Uno estupraba, otro rompía las vitrinas, varios gritaban y gritaban contra el gobierno, algunos llevaban fusiles –también de barro– y disparaban contra los ciudadanos indefensos. Pensé en Juan y me avergoncé. Juan no hubiera permitido que mis monstruos masacraran a un pueblo indefenso; Juan los hubiese detenido a sangre y fuego. Yo no podía; eran mis hijos. Ningún padre puede nada contra sus hijos. Les gritaba para que se detuvieran. La lluvia arreciaba.

Ahora siento nuevamente la música deshilachada de hace unos instantes. No la de los ratones. Escucho *Nexus*, lo escucho: el violín, la flauta... clarinete... piano. Son notas sueltas, sin sentido, notas sueltas, páginas de una novela sin argumento fijo... Giran, giran como los pensamientos de Farina. Giran las notas, los instrumentos: sangre, agua, clarinete... Sangre, flauta, desperdicios... Sangre, violines, agua... Sangre, flauta, desperdicios, agua, violines...

Todo es una mezcla extravagante en la comba del mundo. La sangre de Farina y la muerte de Juan se mezclan con las notas de *Nexus*, con los instrumentos de *Nexus*, con la desarmonía intencionada de *Nexus*.

Mis monstruos van calle arriba, ciudad arriba, y no puedo detenerlos. Solo la lluvia puede salvarme de sus desmanes. Voy tras ellos, voy tras ellos. Me acerco, mis esfuerzos son inconmensurables. Alcanzo al menor, a mi hijo menor, lo tomo del brazo, está blando, comienza a derretirse, comienza a convertirse en una salsa barrosa, en fango. Los demás también. Se desploman ahora, se desploman. Son un lodazal; si sigue lloviendo correrán por los alcantarillados e irán a parar al mar. Todo termina en las aguas. Los tiburones no podrán comérselos. Los tiburones no comen lodo. Empiezan a rodar, son agua oscura. Yo también me derrito. Mis manos, mis pies, mis sueños se hacen agua y corren por la alcantarilla rumbo al mar. Yo soy agua igual que ellos, lo único que mucho más clara. Empiezo

a reflejar los focos de la luz; me electrifico cuando toco algún cable terrestre de corriente continua. Sigo a mis hijos que se han convertido en lodo. Sigo a mis pobres hijos. Ahora los necesito. Sufro por ellos. Caen hacia las aguas, y los sigo; veo peces plateados y de improviso me encuentro nuevamente en mis habitaciones.

Un monstruo no muere con la facilidad de un hombre. No sé cómo se las arreglan para regresar, pero ya están aquí, junto a mí. No quiero cerrar los ojos; sé que si duermo tendré que volver a perseguirlos ciudad arriba. Una vez murieron porque eran de barro y la lluvia los desintegró, pero ahora, si vuelven a nacer serán monstruos de mármol, lo sé, y no habrá lluvia que pueda eliminarlos, por el contrario, la lluvia limpia el mármol, lo hace más bello, más potente, más terrible en su señorial dureza llena de limpidez. Un monstruo de mármol es lo único que puede quitarme el sueño.

Los ratones vuelven a sonar. Roen las puertas de los establecimientos comerciales. Gritan, yo los oigo, talvez sus sueños pequeñísimos produzcan, al igual que los míos, monstruos en menor escala. Me gustaría ver el monstruo que produce un ratón al soñar. Sí, estoy seguro de que serían pequeños, tal vez serían de bronce y sonarían como campanillas al ser golpeados por un martillo.

Un monstruo de ratón no podría irse a la parte alta de la ciudad con el fin de estuprar, quebrar vidrieras y derribar estanterías. Mi experiencia en estos casos me dice que un monstruo de ratón se treparía por los postes de la luz e iría a quemar los fusibles del tendido eléctrico, su cuerpo de bronce le permitiría inaugurar cortocircuitos en cualquier instalación. Si lloviera sería peor, puesto que la lluvia es buena conductora de la electricidad. Desde hoy me dispongo a acechar estos monstruitos nacidos del sueño de los ratones.

El sol comienza a salir –habrá un día en que no salga completo– y el polvo de mi habitación hace sus acostumbradas cabriolas; lleva meses en este ejercicio. Meses flotando. El sol

le insufla espíritu tibiamente. Un microscopio me daría la razón, pues siempre he dicho que este polvo tiene musculatura de ave. Un polvo que vuela y vuela y vuela al compás de la música amarilla de los primeros rayos tiene, por obligación, que tener musculatura de ave.

Cuando pienso en el polvo que flota me acuerdo de mi costumbre de volar y adherirme del cielorraso. Yo soy más liviano que el polvo, por eso este me envidia, me envidia tanto que hace lo posible por colocar en mis pulmones catarros y tuberculosis; mi madre dice que tengo los pulmones grandes y que nunca moriré tísico. Pero yo pienso que quizás el polvo se me corre hacia el cerebro y amontonándose allí me forma montañas y cánceres insalvables. El polvo es capaz de todo; viene sostenido por el aire y por el sol, y el aire es traicionero; fue un aire vestido de verde olivo el que incubó la traición de Juan. Según afirman, el aire –convertido en viento– vestido con su uniforme de guerrillero, tomó su ametralladora y los muchachos creyeron en un amigo más. Luego, por la noche, cuando todos dormían, bajó al puesto de guardia más cercano y denunció la posición de los que luchaban por una causa justa. Como el aire no puede ser apresado –porque se escaparía de cualquier celda con rejas– prefirieron dejarle libre, pero a los demás los fusilaron; todo el mundo lo sabe, los fusilaron. Estuvieron rodeados durante largas horas, luego decidieron entregarse y cuando ya habían dado sus armas a las autoridades, abrieron fuego contra ellos. Los mataron a mansalva. Luego los enterraron sin identificación. Mi hermano sonreía cuando lo encontramos con el pecho lleno de huecos. Desde entonces odio el aire, y odio los locutores de radio que hablaron mal de mi hermano. Son dos, yo quise matarlos una vez, pero no me dejaron; siempre dicen que soy un loco, que represento un peligro para todos.

¿Qué castigo podría yo imponerle al viento?... No respirarlo. Es un castigo difícil de llevar a cabo, lo intento, desisto cuando pierdo el conocimiento.

Me paso el día tratando de no respirar. Podría decirse que el viento que traicionó a mi hermano no es el mismo de Santo Domingo. Pues sí lo es; el viento está unido, es un solo cuerpo, se mueve o no se mueve, pero es el mismo. El viento de Santo Domingo es el de Buenos Aires, el de Australia, el de los Polos. El mismo viento con distinta temperatura, con diferentes pasos, con microbios distintos, con radiaciones también diversas.

El viento de Hiroshima, inventado por los americanos mediante un bombazo cruel, no tardará en dar la vuelta al mundo. Tal vez entra en estos momentos en mi habitación, tal vez es el que sostiene las partículas de polvo que se calientan sobre las rayas amarillas del sol. Nadie debe dudar de la unidad del viento.

Vuelve la música, *Nexus*, vuelve, notas gordas y notas flacas como las vacas del profeta. Notas de siete colores y notas que superan los siete colores: violín, agua, desperdicios... Sangre, flautas, desperdicios... La tragedia de Farina gira como una hélice, se mezcla con *Nexus*. Los ratones han dejado de roer. En la noche será cuando pretendan soñar, mientras tanto, yo practico las posiciones que tomaré para descubrir los monstruos pequeñísimos que sus sueños habrán de originar.

Pienso que mis monstruos regresarán algún día; pienso también que tengo la obligación de respirar y que no puedo dejar que el odio que siento por el aire me aniquile: sería otro triunfo del viento que traicionó a Juan.

Estoy perdido, cansado. Mi mesa de día, mis papeles, mis cabellos, mis ojos, todo está desordenado y permanecerá así durante mucho tiempo. Ahora vuelve la música, voy a cerrar los ojos para poder escuchar mejor, para poder distinguir el color de la desarmonía.



CAPÍTULO IV

Cuando yo era pequeño quería ser bombero. Quería ser rojazul, caminar por adentro del fuego y ver cómo chisporroteaban las hormigas al quemarse en un gran incendio. No perdía tiempo: tomaba un fósforo y me acercaba con él encendido hasta un hormiguero. Me gustaba ver cómo al contacto con la llama las hormigas se endurecían y soltaban un sonidito como de pan tostado, como de yerba seca que se quiebra, como de cartón satinado que se rompe.

Todavía admiro a los bomberos. Ellos presenciaron el desenlace de Farina. Ellos estaban presentes. Sin embargo no presenciaron el desenlace de Juan en las montañas; no pudieron hacer nada por Juan, estoy seguro, nada, no pudieron hacer nada.

Mamá se molestaba cuando Juan le decía que había que salvar el honor del país. Los golpes militares convierten en loco a cualquiera, sí Juan estaba dispuesto a todo. Noche por noche venían sus amigos a verle. Yo tuve miedo, tuve miedo cuando me lo propusieron: «ven con nosotros a las lomas». Yo en una loma no soy nadie. Soy estudiante, era estudiante de Derecho. «Ven, defiende el verdadero Derecho». Yo no soy hombre de lomas, Juan sí que lo era.

Mamá sufría cuando no venía a dormir. Mamá sufre por todo. Papá no sabe nada de esto, las noticias no llegan a Nueva

York; alguien se lo dirá. Él sufre del corazón. Cuando regrese morirá.

Yo quería ser bombero, pero estudio Derecho, o estudiaba. Juan bajó un día las escaleras, no volvió más. Mamá quería preguntarle dónde se encontraba, quería hacerlo suyo, quería verlo a menudo. Juan llamaba por teléfono y un día no llamó más. Desde entonces no volvimos a verlo. Después lo trajeron con los dientes afuera, como un perro rabioso muerto a palos. Tenía el pecho agujereado. Yo caí, caí, me dolieron sus dientes, me dolieron los hoyos de su pecho, me dolió todo. Caí, luego me levantaron; tuve fiebres y fiebres y fiebres. Muerto a palos. Muerto a balazos. Muerto a sueño. Muerto a fiebres. Muerto a picadas. Muerto a maniobras militares. Muerto a yodo del mar Caribe. Muerto a caña de azúcar y melao. Muerto a salario bajo. Muerto a explotación. Muerto a desaires. Muerto a ideales. Muerto a sablazos. Muerto. Muerto. Muerto. Muerto.

La guerra no conoce escalinatas, ni barcos, ni descubridores. Colón hizo la guerra. Él sabe que lo que digo es cierto. Colón se cansó de los mosquitos y de los indios. Él dio el primer ejemplo matando indios en La Vega Real. El primer ejemplo. Luego los indios de Manaclas, y los del Limón, y los de La Berrenda. Colón con los perros y con sus trabucos, disparando y mordiendo, mordiendo y disparando, disparando, mordiendo, disparando. Hay ritmo de muerte en el morder y también en el disparar. La mano de un indio es igual que la mano de un español. La mano de un español es igual a la mano de un indio. Un indio tiene orejas –mi hermano las tenía–, tiene dedos, tiene cejas, tiene soledad, tiene pensamientos. ¿Por qué un indio y un español tienen que ser enemigos? ¿Por qué un español cree que el indio no tiene ni orejas, ni pensamientos, ni soledad? ¿Por eso únicamente? El golpe militar fue preparado por Colón; Colón tenía la fuerza y los indios tenían el ideal.

Los dientes de Juan estaban fuera. Yo caí, caí, sabía que ningún bombero podía salvarlo. Ningún bombero. No odio a los bomberos por eso. No odio su uniforme. El arma de ellos

es el agua. Cuando quisieron rescatar a Farina, ella estaba en el agua. Ellos no pudieron rescatarla porque estaba en el agua. Desde el primer botón de su uniforme hasta el último reducto de su corazón, un bombero tiene que amar el agua. ¿Cómo iban ellos, entonces, a rescatar de las aguas a Farina? No podían traicionar el agua. Un bombero que traiciona el agua no es más que un charlatán, un cínico. Los tiburones sabían esto y por eso revoloteaban como mariposas. «Contra el agua, nunca»; tal debe ser el lema de un bombero.

Mamá encontró cierto día unos papeles de Juan; unos planos, creo. Todos quisimos saber qué era aquello. Pero él nos dijo que planos, que eran planos, nada más que planos.

—¿Planos de qué? —preguntó mamá.

—Planos de lo que no les importa a ustedes.

—A mí me importan —dije.

—A ti no te importan, puesto que te invité a unirte a nosotros y no quisiste —me respondió.

—Yo no quiero ir, no quiero ir —grité.

Mamá le llamó la atención, y la que dice ser mi esposa —la que viene y de vez en cuando se acuesta conmigo (yo la odio) en mi habitación— peleó con Juan ese día, y desde entonces dudo que sea mi esposa. Yo soy un estudiante de Derecho, no puedo tener esposa. Es inconcebible que un estudiante de Derecho tenga esposa. Nadie lo creería.

Un estudiante de Derecho. Los planos desaparecieron el mismo día en que Juan desaparecía. Las armas que llevaban no eran armas reales. Las dañaron los vendedores y los suplidores para que fracasaran. Mamá lo supo y yo lo supe a través de mamá. Había altos militares en los planos. Militares con rango de general. Militares que prometieron. Los militares siempre prometen, siempre prometen y rara vez cumplen.

Mamá tiene un disco que dice así: «Ellos nos ofrecieron apoyar el movimiento. Queríamos vencer y ellos —los progresistas del ejército— nos prometieron ayuda. Nadie nos ayudó luego.

Los mosquitos nos atacaron violentamente». Mamá guarda ese disco. Alguien lo grabó para ella. Un papelito en el bolsillo de un muerto puede producir un disco si alguien lo lee frente a una grabadora.

«El general nos prometió ayuda; si triunfábamos él pensaba que podría seguir a flote. Pero fuimos traicionados. Que todos lo sepan: fuimos traicionados».

El viento de la cordillera tiene charreteras, ramas doradas en la gorra, uniforme de caqui y lengua traicionera. Odio el viento de la cordillera. Susurra mentiras sobre el corazón de los bien intencionados y les aconseja mal.

Oigo pasos; sigo siendo incapaz de identificar las pisadas. Ya llegan hasta el portal de mi habitación. Entran. No sé quién me visita. He cerrado los ojos. Oigo una voz.

—¿Cómo te sientes hoy?

No respondo. Es ella —la que dice ser mi esposa—, ella que quiere nuevamente estar junto a mí. Soy como un farol que atrae los insectos. Revolotean junto a mí. Me desnudan. Me besan. Yo me mantengo como paralizado. Empiezo a sentir calor, tengo que complacerla. Me mantengo en silencio mientras ella jadea y jadea. Termina. Aún tengo los ojos cerrados. Ella sabe que hablarme es inútil. Palpo ahora su silencio. Su silencio tiene los ojos verdes. Su silencio tiene las mejillas rosadas, tiene muslos suaves y cabellos sedosos. Es un silencio con grandes senos duros. El silencio se aleja; me ha vestido nuevamente. Me ha puesto mis ropas. Me siento mejor. Oigo sus pasos escaleras abajo. Vino a lo de siempre. No sé cuánto tiempo estuvo junto a mí. Cuando cierro los ojos soy incapaz de calcular la estadía del silencio. Oigo ruidos extraños. Ahora el aire es más respirable y estoy cansado. Yo también jadeo, jadeo. Me levanto con los ojos cerrados y voy hacia la puerta —cuyo camino sé de memoria—. El silencio se ha ido definitivamente. Definitivamente. Definitivamente hasta mañana. Volverá junto a mí, lo sé, vendrá y me haré el indiferente para

luego añorarlo. El silencio me place pero aviva mi odio hacia todo. Toco el manubrio de la puerta y abro los ojos. Junto al borde de la misma hay una mosca verde, una mosca de muerto, una mosca igual a la que aplasté hace poco. Le perdonaré la vida. Un cristiano, esta mosca es un cristiano, yo soy Nerón, dueño del silencio, dueño de un imperio de ruidos y odios. Perdonaré. Perdonaré. Hoy tengo ganas de perdonarlo todo.

Cuando yo era pequeño asistía a las procesiones; recuerdo que los bomberos tenían una banda de música rojiazul con la que perseguían insistentemente al santo. La gente iba detrás de los bomberos. La marcha que tocaba la banda era fúnebre pero estridente. El santo iba en hombros. Los bomberos soplaban y soplaban. Golpeaban y golpeaban el tambor. El santo –o los santos– iban en hombros. De improviso salían de su inmovilidad y se llevaban las manos a los oídos. El santo comenzaba a gritar. Solo yo escuchaba sus gritos; el sonido de los instrumentos opacaba la desesperación de San Juan que no resistía aquella banda desafinada. Siempre pensé que los bomberos son más efectivos apagando un fuego que tocando músicas para una procesión. La procesión recorría las calles Mercedes, Palo Hincado, Mella y Conde. Todo el que iba tras ella ignoraba que las imágenes sufrían grandemente la tortura de las trompetas y de los clarinetes. Pienso que más que una procesión aquello era un martirio. Un martirio anual. Los bomberos martirizaban a los santos en las procesiones. Solo sirven para apagar el fuego, sin embargo, cuando yo era pequeño quería ser bombero.

Desde los balcones los fieles miraban el desfile, pero tampoco oían los gritos de las imágenes. Las imágenes tienen una voz anémica si se compara el sonido de sus palabras con el de los instrumentos musicales. El tambor era el que más irritaba a San Juan, pero como San Juan estaba como clavado en su plataforma, no podía bajar de la misma y protestar de voz en cuello contra el abuso que significaba la música de los bomberos.

Juan iba detrás de mí en las procesiones. Mamá nos vestía para que fuésemos detrás. Nunca le dije a Juan que la banda de los bomberos molestaba a San Juan. Nunca quise decírselo.

Lo que no me explicaba era cómo Juan no percibía los movimientos de las imágenes, las protestas de las imágenes, los gritos de las imágenes. ¡Una imagen gritando!, ¡qué magnífica oportunidad para que los beatos alegraran milagrerías! Solo yo –que no era beato– veía esto.

Recuerdo que casi siempre llovía cuando asistíamos a las procesiones. Casi siempre llovía. Las ropas de las imágenes se empapaban y estas comenzaban a tiritar de frío. Algún fuerte resfriado habrá tenido San Juan, porque es bien sabido que quien se moja luego de haber recibido durante largo tiempo el calor del sol puede hasta pasmarse. Yo pensaba que un pasmo de San Juan podría echar por tierra el catolicismo, y pensaba también que a lo mejor San Juan se pasmó alguna vez y que los curas no quisieron decir nada para no desprestigiar la fortaleza de San Juan en las procesiones. Si Trujillo hubiese sabido que San Juan se pasmaba en las procesiones tal vez no hubiera ayudado más a los católicos. Yo pensaba que San Juan –quien lucía flaco y descolorido en las procesiones– no tenía salud suficiente para resistir calores, sudores y lluvias a un mismo tiempo sin enfermarse. Lo que pasa dentro de las sacristías y dentro de los confesionarios solo lo saben los curas.

Mi hermano Juan nunca supo nada acerca de mis pensamientos en materia de religión.

Quisiera poder entrevistarme con San Juan; tengo mis dudas. Él sería sincero y me diría si yo tenía razón.

Los bomberos –ignorantes en materia de religión– jamás serán capaces de concebir que sus instrumentos molestaban las imágenes. No lo concebirían jamás. No son inteligentes los bomberos. Sin embargo, cuando yo era pequeño tenía la intención de ser bombero. En realidad no recuerdo cuando deseché la idea de convertirme en bombero. No recuerdo.

Hay muchas cosas que no recuerdo. Me reiré de ustedes, me río de ustedes. Mis memorias son una gran carcajada que se inicia en la primera línea y que termina en el colofón. Podrán comenzar esta novela por la mitad, podrán comenzarla por la página final, no importa, lo importante es que alguien diga algo, que refleje el sufrimiento de los demás.



CAPÍTULO V

Es como decir: menos la suerte, menos la locura, menos el silencio. Un surtido capitel de números nonatos recorre el álgebra por debajo. Yo estudiaba Derecho, y antes Álgebra: menos cero y A más 2, más infinito menos la nada. ¿Filosofía?... Ternura de alumno rechazado.

Mi profesor era un número quebrado. Menos inteligencia. Material de mierda. Mi profesor. Un espejuelado saltimbanqui sin sentido de la magnificencia. Menos cero.

Sus zapatos –rotos de tanto razonar teoremas– parecían cangrejos del litoral. –Siempre el maldito litoral en mis cosas–. Sus uñas y su cáncer color tabaco. Tosía. Ayer vino a visitarme. No sé. De improviso estuvo aquí, con la tiza en la mano y el trago en la otra mano.

—¡Pero está muerto usted!

—Eso creen todos.

Bajamos la escalinata del patio y seguimos calle arriba, rumbo al cementerio. Las gentes nos miraban con seriedad. El cáncer de mi profesor colgaba de sus barbas como una manzana madurada a puñetazos.

Antes de bajar las escaleras de mi casa me cercioré de que no había nadie en el primer piso. Bajamos punttilosamente. Menos cero. Así le llamábamos por su figura redonda. Bajamos punttilosamente. Nadie nos oyó.

Cementerio arriba, cementerio abajo. Me canso del recorrido —dije—. No te canses —contestó.

Esperábamos la noche.

Las sombras.

Los cipreses oscurecidos.

La cantilena del cura.

Los entierros.

Menos cero, menos nada, menos todo.

El profesor con su cáncer tipo corbata, o tipo barba. Nos fuimos tumba abajo. Él abrió la puerta.

—¿Tienes algún familiar?, soy maestro aquí. Doy clases de menos muerte.

—Mi hermano no fue enterrado.

—¿Polinice?

—Juan.

Aquí estaban los corredores. Muertos en fila como en un panal de abejas los huevos de la reina. Colmena estremecedora. Menos cero.

—Son nuevos, son viejos, son recientes. Pasaron su curso. No lo pasaron.

Me abro la camisa y le muestro mis notas.

—No has pasado. Tan mal alumno como siempre.

Regresemos. He oído la voz de mi madre llamarme, desesperarse dentro de mi habitación solitaria. Regresamos huyendo; calle arriba, calle abajo, calle a la izquierda, a la derecha, menos calle.

Entro a mi habitación y allí está mi madre. El jugo en la mano derecha. La que dice ser mi esposa la acompaña. Me miran, miran a mi maestro y no le brindan jugo. Armo enorme algarabía, digo que es una falta de educación. Digo necedades. Lucho contra ellos desde hace siglos. Mi madre es buena —a veces—, la otra, la que dice ser mi esposa, no es buena. Viene, me desnuda, y yo no puedo dominarme. La odio.

Bajan las escaleras. Mi maestro se había escondido debajo de la cama. Es un maestro bueno. La muerte lo ha encogido un poco más en vez de alargarlo.

—¿Iniciamos la clase?

—Iníciela.

—Nada menos cero, igual a infinito por dos.

—No me lo explico.

—Sigues siendo un mal alumno.

—He tenido que sufrir muchas privaciones para llegar a ser un mal alumno.

—Lo comprendo.

—Nada menos cero no es igual a menos cero por nada, ¿entiendes?

—¿Y el contrabando y los alcaloides?

—Química y política, no estamos en eso ahora. Continuó: los muertos almacenados por millares en un cementerio no pueden ser contados por sus nombres sino por el número de huesos; pasados los años por el número de partículas de polvo; pasados los milenios por el número de frutos que han producido con su abono. Un muerto almacenado en colmenares, un muerto incrustado en una pared de concreto es algo inútil, algo que no se confunde con la tierra y que por lo tanto no producirá frutos nunca, ¿comprendes? En cualquier grano de cemento puede estar reducida a polvo la nariz espantosa o la cabeza alargada de Pericles, ¿comprendes?

—¿Entonces, Juan?

—¿Quién es Juan?

—Mi hermano Juan. Murió en la cordillera. Lo mataron las tropas del gobierno. Lo fusilaron luego de apresado y desarmado.

—Ajá.

—¿Juan no puede llegar a ser Julio César?

—¿Lo enterraron o lo tapiaron con cemento?

—Lo enterraron primero los guardias que lo fusilaron, luego fue desenterrado y tapiado en el cementerio.

—Podría llegar a ser...

—¿Cuál es la fórmula?

—Menos cero es igual a más uno si las circunstancias son favorables. Podría llegar a ser Julio César. Todo es cuestión de podredumbre. Su sangre no fue tapiada. Quedó en la montaña, será polvo y luego cemento como la nariz de Pericles.

—Entonces...

—Menos cero igual a eternidad.

—Comprendo.

—Adelantas.

La voz del billeteero se mete por las rendijas de mi habitación. Una voz con forma de boleto de navidad... El viento de la cordillera debe haber sufrido un gran desengaño. Un gran desengaño. Juan podrá llegar a ser Pericles o Julio César, depende del tipo de cemento. Su sangre se hizo polvo y será fruto, o estela de algún cohete, o bomba de cobalto, o carbono, o pantaleta de actriz, o sueño, no, sueño no... El cáncer del profesor ha comenzado a chorrear por las paredes. ¡Un paño, por favor!

—No es nada. Cosa normal. Un cáncer tiene su personalidad y hay que dejarle actuar.

—Comprendo. Ahora sube mi madre nuevamente. Escondase.

Pam, pam, pam —se oyen sus pasos después de un pequeño silencio.

Aquí está. Yo hago como si estuviera dormido. El profesor está debajo de la cama. Es tímido. Mi madre me pasa la mano sobre el rostro. Es la misma mano de Juan, aquella mano me abofeteó cuando no quise acompañarlo en las guerrillas. Una mano callosa, hecha de fillos y de sociedades vencidas en un resumen de siglos. Unas manos preñadas de objetos bélicos.

No las soporto en este momento. Abro los ojos. A mi alrededor vuelan helicópteros norteamericanos con un sello en forma de águila. Giran sobre el rostro de mi madre. Ella no los ve. El profesor siente su ruidoso motor pero no se atreve a salir de su escondite. Giran y giran y nadie puede detenerlos. Helicópteros azules, rojos, amarillos. Hay montañas en mi habitación. Hay selvas que ellos acechan con fin de tomar el punto fijo para el bombardeo. Menos cero. Menos uno. Menos dos. Menos tres. Menos diez: ¡fuego! Vómito de cosméticos explosivos para maquillar la cordillera. Vómito de águilas y flechas, de estrellas y rayas.

Mi madre ha dejado de acariciarme... Sabe que escucho el ruido de los helicópteros. ¿Habrán hecho daño al profesor?... Mi madre sale. Es una ignorante de buena cepa. Es buena, pero tonta. El profesor no se atreve a salir. Ha podido recoger su corbata antes regada por el suelo, y su barba.

Ahora sale:

—¿Iniciamos la clase?

—Iníciela.

—Nada menos cero, igual a infinito por dos.

—No puedo explicármelo.

—Hace un momento eras un buen alumno.

—He tenido que sufrir muchas privaciones, ya se lo he dicho antes.

—Lo comprendo —como te dije antes. Nada menos cero no es igual a menos cero por nada, ¿entiendes?

—Contrabando y alcaloides. Prensa vendida y enciclopedia. Política y sabiduría.

—Veo que progresas. Dios premiará tu progreso.

—¿Dios?

—Dicen que tiene barbas y un cáncer.

—¿Es usted?

—No, no, yo no soy. Imposible. Ni siquiera lo pienses.

La voz del billeteero vuelve a meterse en mi habitación. Es una voz que gira como los helicópteros. Una voz que se va y

vuelve y se va. Estoy tan pequeñito que apenas conozco los números. Llevo mi uniforme de escolar. Me detengo a comprar caramelos en la avenida Mella. Los caramelos tienen animales adentro. Caramelos «Zoo». La marca de los caramelos lo dice. De pronto un camello. Una jirafa. Las enfermedades de la infancia: tos ferina, varicela, sarampión, infecciones intestinales. Estoy en mi cuarto de mampostería. Por encima de los muros corren ratones casi disecados. Entonces. Estoy tan pequeñito. Soy tan pobrecito. No puedo ni comprar un caramelo. Indiana me los regala. La veo desde lejos, cuando va hacia el colegio. Indiana es alta y tiene los ojos negros, y a veces sufre mucho por mi timidez. No sé dónde aprendió a saber que yo era tímido. Los animales que vienen dentro de cada caramelo tienen nombres extraños y descripciones más extrañas: «Águila americana, llamada calva debido a que las plumas que cubren su cabeza le dan de lejos este aspecto... La majestuosa figura del águila fue símbolo del poder y de la fuerza. Está en los escudos de los Habsburgo, en el de Roma, en el de México y los Estados Unidos de América».

Los helicópteros vuelven a entrar en mi habitación ante la sola mención del águila. Son águilas y llevan sello. Estoy acostado en mi habitación pequeña. Tengo infección intestinal. No he podido ir al colegio, o mejor a mi escuela pública. Indiana está en el colegio. La veo en la avenida Mella todas las mañanas. Espero a que compre los caramelos y le pregunto si tiene los animales que yo tengo. Siempre me rehúye. Yo la sigo de calle en calle. Ahora mi dolor intestinal es más terrible que nunca. Una infección hace ver visiones: la fiebre, los espantajos, el aceite de ricino, la democracia, la tiranía, Trujillo abriendo fosas y los hombres de Luperón cayendo por vías de la traición... Sigo enfermo. Indiana no viene a verme o sí, sí viene a verme. Estoy sorprendido. Le he dicho que la quiero y ella no lo cree. Me contesta una carta. Bien. Nos amamos.

—Profesor, salga. Todo ha pasado.

El profesor había vuelto a esconderse con lo de los helicópteros.

—Seguimos la clase o parto con mi cáncer hacia otro lugar.

—Hábleme de Dios.

—Bien. Dios es cero más infinito, menos Historia más eternidad ondulante.

—Dios es infinito y eternidad y cero, todo y nada, querrá decir.

—Exactamente.

—Debe irse, cerrarán las colmenas, profesor.

—No para quien puede ser un día otro Pericles convertido en cemento.

—Mi madre está triste.

—Usted recuerda demasiado.

—Me lo impone la amistad. Fui estudiante de Derecho. Indiana también. Terminamos juntos el amor pero no la carrera.

—Ella debe ser muy buena.

—Está soltera. Aún podría quererla. Pero la que dice ser mi esposa me lo prohibiría.

—Son otras quinientas. Adiós.

El profesor se ha ido. Me ha dejado solo. Es un ser sin entrañas. Me deja en mi más tierna edad, postrado en lecho de muerte, tengo una infección intestinal. Recuerdo vagamente a mi madre: el sabor amargo del Colargol. El terrible veneno de la penicilina recién inventada. Estoy sudando. El médico me envuelve en una sábana húmeda. Soy una momia. Vengo desde lo más profundo de las edades. Soy una momia babilónica, de la época de Semíramis. Una momia no puede morir. ¿Verdad Indiana?, una momia atraviesa los siglos, pase lo que pase. Es un ser hecho para la muerte, la vida ya no puede matarlo. Una momia. Eso soy en estos momentos. Los caramelos suben a mi boca como un hormiguero. Indiana me pasa las manos sobre la frente. Despierto y es mamá. Oigo fuera el billetero que grita sus números y veo esos números rebotar sobre la pared de mi

cuarto. Estoy metido en un tiempo que no comprendo. Soy un hombre y un niño a la vez. Un animal y un ángel a la vez. Soy perro y hiena a la vez. Todo a la vez. Nada. Todo. Simple y complicado.

Menos cero. Oigo el piano de Indiana. Aprende dibujo, piano, soltería, soledad, ambición; lo aprende todo. Quizás no llegue a nada. Yo la despido con un beso y anoto en mi diario algo que no recuerdo o que recuerdo más de la cuenta: «Nos besamos 14 veces esta vez en el cine». Tierra al pasado... Camino lentamente hacia acá, hacia mi habitación; regreso del recuerdo, pero el recuerdo me hala como una cuerda que se hace más tensa cada vez.

Los caramelos.

Contrabandos y alcaloides.

Águilas y helicópteros.

Pantalones de tela azul para niños huérfanos.

Infecciones intestinales.

Pasta de dientes.

Caramelos «Zoo» con imágenes dentro. El camello me gustaba. Se salía de mis dedos y comenzaba a trotar por la avenida Mella. Yo lo perseguía. Se me escapaba. Indiana se quedaba mirando. Ella estudió Derecho y yo cordura... El camello corría, y de mi bolsillo comenzaban a salir los otros animales. Debí pegarlos en mi álbum antes de que esto sucediera. No me dio tiempo. Puercos, sabandijas, cobras venenosas, cascabeles, elefantes destrompados, peces que morían en seco, jirafas, jirafas, jirafas, todos salían de mis bolsillos y convertían la calle en una gran selva africana... De improviso, edificios convertidos en árboles; vitrinas convertidas en riachuelos; zapatos de exhibición que volvían a su antigua realidad de cuadrúpedos. Era un espectáculo hermoso el de los zapatos descosiéndose a sí mismos para luego unirse y formar la vaca o el buey de donde procedían. Vitrinas convertidas en cataratas. Vitrinas en saltos. Bastones convertidos en serpientes y carteras de mujer con

las bocas llenas de dientes, queriéndose transformar en cocodrilos... Indiana corría asustada. Yo era el culpable y ella huía de mi lado. No he podido explicarle nunca que no fui el culpable de aquellas fiebres. No fui el culpable. Jamás lo he sido.

Quiero encontrarla y no puedo. Se nubla su figura y aparece mi madre con su mano torpe, y aparece la que dice ser mi esposa y espanta el recuerdo... Estoy aquí, allá, acullá, en la frontera de la fiebre y el espasmo... Estoy. Ser o estar es lo mismo. Calculen la distancia de una mosca que está a diez kilómetros y verán que es el infinito, sin embargo la luna, tan distante, está cerca de nosotros.

Mi hermano no fue enterrado. Lo tapiaron. Se convertirá en cemento o en flor, lo sé. Será famoso como Pericles o como Julio César. Sus cenizas hubieran penetrado en mis pulmones si se hubiera quemado en las montañas.



CAPÍTULO VI

Es pescador y tiene los ojos azules. El mar se le ha ido metiendo en las pupilas. Hay un silencio de gaviotas desnudas en sus ojos. La vara que utiliza es de acero y nilón. Sobre su frente de aguarrás caminan larvas oscuras, parecidas a esos hombres que se vuelven de piedra en los desiertos. Las gaviotas tienen las manos temblorosas, como yo; algún día sus plumas vendrán a formar parte de mi almohada. Entonces yo sentiré aullidos de gaviotas en mi habitación... Me desnudo, quedo en silencio...

Un silencio es una manera de acomodar la mente a la anti-palabra. Durante este momento de silencio me voy sintiendo mejor. Nadie puede ahora hablar de mi locura. Mi pensamiento tiene un poco de lógica en sus entrañas como tiene la gallina corazón en las suyas.

Aún no he desayunado. Aún no sube la que dice ser mi esposa. Aún no sube mi madre, aún no sube el sol ni el polvo que se recuesta de los rayos del sol, formando en mi cuarto una cortina misteriosa de oro y estornudos.

Juan Ciprián tiene los ojos azules. Un fragor de espumas rodea su pupila. Mi cuarto, mi mesa de día, mis cuadros, mis estudios, mis salivazos ventana abajo, mi conciencia, mi dedicación

al recuerdo, mi sombra paralizada por el viento, mi tragedia, giran en este cuarto junto a la voz de Juan. Las selvas de Las Manacles tienen árboles de una calma feroz, capaces de devorar todo intento de pájaro, todo intento de ala, todo intento de pluma sonora en su follaje... ¿Cómo no habrían de devorar a mi hermano?... Un árbol debe sufrir ocultamente cuando la sangre de un hombre abona sus raíces. Un árbol es una especie de termómetro de mercurio rojizo que mide las respiraciones del universo. Juan Ciprián tiene una cuerda gruesa para pescar tiburones. Farina será parte de algún tiburón pescado por Ciprián... A la sombra de los tiburones en flor, a la sombra en flor de los tiburones, a la sombra en tiburones de la flor, a la flor en sombra de los tiburones, a la de los tiburones sombra en flor... ¡cuántas variantes puede aceptar un tiburón sobre el papel!, pero en el mar no hay variantes posibles, en el mar no existe más que un solo modo de ser para el tiburón: su ferocidad. Farina tiene los ojos enyodados, una columna de desgracias se alza desde el fondo del mar Caribe, tal y como el obelisco de Santo Domingo, donde los partidos políticos han puesto letreros imborrables que tal vez justifican su construcción... Juan Ciprián tiene el mismo nombre de Juan mi hermano; ambos lucharon contra los tiburones: uno en el mar, otro en la tierra... El viento vestido de caqui hace cabriolas sobre los campamentos...; El viento traidor de la cordillera. Vuelvo a quedarme en silencio, el silencio me ayuda y me complace...

Este silencio fue ínfimo, comparado con el anterior. Un silencio pequeño, como el que tuve que hacer anoche, cuando llegaron a mi habitación dos negritas vestidas con flores y un negrito con un turbante rojo sobre la cabeza reluciente... Me asustaron, comenzaron a saltar alrededor de mi cama; reculaba, espantada y parálitica –no tiene articulaciones como el codo nuestro, la rodilla nuestra o los tobillos nuestros– reculaba con miedo, y yo sobre la cama oía el ritmo de los tambores,

un ritmo sordo, venido del mar o de la cordillera. Y los negritos y negritas bailaban junto a mí, cantaban en «patois» una canción conocida por mí, una canción antigua que yo había cantado no sé dónde. La hoguera la encendieron sobre mi cama, buscaron cuaba, resina, hojas y con cerillas encendieron la hoguera sobre mi propio ombligo que se fue haciendo cuadrado, luego estrellado, por fin espiral ascendente por donde subían todos mis gases intestinales. Bailaban y se me derretía el estómago. De pronto sentí placer, un placer profundo: ¡aque! calor junto a mi estómago y más abajo de mi estómago! Me tiré —la habitación llena de humo—, me tiré y comencé a bailar con ellos, entre sueños. Llamé a Juan Ciprián, él no vino, continué yo solo girando, girando, girando hasta volverme cuerdo... Hasta volverme cuerdo. Unos sudores fríos bajaban de mi ingle, creí que se me derretía el pene, pero no, los sudores formaban grandes charcos en el piso, el fuego no se apagaba. De pronto nuevos bailarines con hojas de palma sobre el sexo, nuevos bailarines. El agua subía en mi habitación. Los sudores eran muchos y se mezclaban en el piso. Eran muchos. El agua subía y ya chapoteábamos en un lodazal de sudores, en un pantano de sudores. El fuego de mi ombligo corrió hacia el techo e incendió el cielorraso, ya no se atrevía a navegar sobre los charcos de sudor, huía de la humedad. Los negritos saltaban y yo me fui tornando negro, oscuro, una mano de alquitrán y brea se posó sobre mis espaldas dejándome marcados sus cinco dedos; desde esa mancha comenzó a extenderse un manto de color sobre mi piel. El sudor subía en la habitación: medio metro de sudor como si se hubiera roto un grifo enorme que convirtiera mi cuarto en una piscina. Entonces vino Juan Ciprián. Vino Juan Ciprián con su vara; ni el cielorraso encendido, ni la cama cubierta de un mar de sudores le hicieron efecto. Sacó su vara y comenzó a pescar, allí impasible, impasible... Hice nuevamente silencio...

Los bailarines rompieron el silencio casi desde sus comienzos. Amaban su tambor y su localización de seres locos que me

daban cordura. Juan Ciprián seguía pescando. De improviso el mar: ¡tiburones!, gritó alguien y se aplacó el sonido de los tambores, y las llamas del techo se extinguieron lentamente, mis compañeros de baile huyeron despavoridos por las rendijas de las ventanas y yo me subí sobre la mesa de día. El sudor comenzó a hacer oleajes, como un mar; apareció el primer cardumen de sardinas y tras ellas los robalos y jureles. Una cantidad enorme de robalos y jureles. Sobre mi lecho había yolas y canoas. Hombres armados de troncos gruesos golpeaban a los peces grandes por la cabeza, les aplanaban las cabezas, los dejaban de barrigas al sol –al sol que no sé cómo se instaló junto a Juan Ciprián–. Juan Ciprián no ponía atención a nada de aquello. Su vara estaba tendida y nada más. Solo se escuchaba el paf, pif, pof, de los pescadores golpeando los peces con sus remos. No me gustaba aquello. Estropearon mi fiesta. Utilizaban el sudor de nosotros para lograr sus ganancias. Como siempre, el sudor de los demás para las ganancias, la pesca de unos pocos en mar revuelto. Increpé a los pescadores.

—¡Malditos, váyanse, están en mi cuarto!

—Hijo de puta, ya nos vamos, estamos bien cargados, —contestó uno.

Este espacio en blanco es el silencio que hizo Juan Ciprián, quien prefirió no hablar. Otro grupo hizo un silencio similar al de Juan Ciprián. Un silencio conjunto que sumado sería más o menos así:

Los demás siguieron gritándose cosas. Yo no sabía qué hacer. Por fin se retiraron, sus yolas desaparecieron y sus canoas se fueron a pique. Juan Ciprián, mi amigo el pescador, decía que la marea estaba bajando. Aún su vara no había temblado. De improviso un grito de alegría:

—¡Están picando!

—¡Están picando!

—¡Carajo, están picando!... Fueron tres gritos de alegría y si tachamos el primero habrían sido dos. De todos modos picaban. El oleaje se llenó de espuma negra, luego de sangre, luego de desperdicios... La vara se tensó, una vara de nilón y acero... Horas de lucha, horas de lucha... Por fin, junto al litoral izquierdo de mi cama, Juan Ciprián comenzó a halar el pez vencido por el cansancio.

—Es un tiburón, no tengo dudas —dijo.

—Bien, odio los tiburones...

—¿Odias los tiburones?, yo los amo, los he amado siempre. No importa que tengan chanclos y latas de aceite Esso en el estómago. Yo los he amado siempre, por eso los echo fuera del mar...

—Es sudor.

—Es mar.

—Es sudor, es sudor, es sudor.

—En el sudor no puede haber tiburones.

—Bailamos mucho para hacer este charco de sudor.

—Entonces el sudor traía ya los huevos del tiburón, dentro de tu cuerpo hay tiburones pequeños que solo esperan el sudor para salir a la luz.

—No había pensado en eso.

—En el sudor de ustedes hay huevos de sardinas y de robalos y de jureles, puesto que los pescadores se llevaron muchos y por aquí se vieron robalos, sardinas y jureles.

Pensé que tal vez vendrían del piso de abajo del sótano de la casa. El mar no está lejos... tal vez por los tubos y cloacas, por los desagüados, tal vez vinieron por esa vía. Se escondieron durante años dentro de las rendijas y entre la madera podrida —como las cucarachas y liendres— y esperaron a que un día sudáramos este cuarto, para salir a la luz... Tiburones, no sé si se reproducen por huevos. Pero han debido esperar siglos. Esto solo sucede una vez en la vida. Una vez en la vida. Por las cloacas habrán venido, o quizás estaban ya dentro de nosotros... ¡Ellos, ellos los trajeron! Los bailarines los trajeron

en la suela del zapato; pero no, estaban descalzos, por Dios, me vuelvo loco, estoy al borde de la locura...

Juan sigue luchando con su presa.

La luz del amanecer se hace cada vez más pesada.

Hay sombras al borde de la sábana, y el litoral de ventanas, cuadros, cortinas y escorpiones se hace más opaco.

Reptiles color saliva mastican pedazos de tabaco a la sombra de mi propio arrepentimiento.

Comienzo a sentir una tenaza sobre la ingle, una tenaza que tiene los dientes de goma, pero duele profundamente.

La cuerda.

La vara.

Juan Ciprián.

Tiburones.

El periódico:

«Un cuantioso contrabando
de armas de fuego y proyectiles
fue descubierto
ayer al mediodía en un
depósito de la Aduana de
esta ciudad».

La enciclopedia:

«Alcaloide. Sustancia que forma parte de un grupo químico de principios básicos o alcalinos de origen vegetal, que forman sales con los ácidos».

Juan Ciprián sonrío, el pez casi está fuera del agua, del sudor. Es un tiburón enorme. Un tiburón con dos dientes de oro. Un tiburón con un parche en el ojo izquierdo. Un tiburón a lo pirata, cansado de contrabandear por los mares; un tiburón con alcaloides en su columna vertebral y en su estómago fermentoso.

Tiene rayas debajo del vientre. Tiburón rayado como un papel de contabilidad. Tiburón esponjoso, casi en estado de gestación... ¡No, no, no debemos abrirlo ahora!, se me llenaría la habitación de aceites y grasas... Abrámoslo en la playa...

—Estamos en la playa.

—No, estamos en mi habitación.

—Estamos en la playa... ¿no ves allí el horizonte y aquí la muerte?

—Sí, es cierto, estamos en la playa, estamos frente a la muerte. Juan se acerca a nosotros —¿lo ves Ciprián?— Lo veo —Juan se acerca a nosotros y nos llama. Mira, aún tiene su uniforme verde olivo, aún tiene los dientes fuera y ríe sin quererlo. ¿Oyes?, es el himno de su partido el que cantan esas voces, el himno de partido, el himno con una fecha en el medio... ¡Mira! ahora se apea de la mula, viene hacia nosotros y el mar está entre nosotros y él... ¡Se hundirá!, ¡se está hundiendo!, lo pescaremos algún día, lo pescaremos como a este tiburón, ¿no crees Ciprián? —lo creo—, pescaremos un pez con uniforme. Un pez alcalino. Sin contrabandos, sin ácidos ni sales, sin control remoto y sin necesidad de desovar...

—¿Abrimos?

—Abre.

—¡No es posible!

—Todo es posible.

—¡Pero si es Farina!

—No la menciones, podría volver a suicidarse.

—Pero, ¿está viva?

—¡Sí, lleva un niño en los brazos!

—¡El niño robado!

—Es Farina.

—Quiero irme a mi cuarto.

—Estás en el mar y en tu cuarto y en la playa y en la locura, y en el cerro y en la llanura y en todas partes, eres Dios.

—¿Soy Dios, y cómo no me he dado cuenta?

—Yo me he dado cuenta.

- La inteligencia.
- No, la pesca.
- Farina dentro de un tiburón.
- Pero viva.
- Viva y muerta.
- Recién muerta y recién viva.
- A la izquierda de la muerte.
- O a la derecha de la vida.

He vuelto a mi habitación. Quise estar en ella antes de que Farina despertara. Ahora está seca mi habitación. No quiero que vengan a bailar. Me descontrolo. Soy un pobre hombre lógico, sin sentido de la intuición. Comienza a dolerme la voz. En los ojos azules de Ciprián el mar vuelve a romper contra las rocas, sus pupilas están llenas de gaviotas que se lanzan contra la niña del ojo y le rompen la visión lejana del crepúsculo.

CAPÍTULO VII

Hay una concavidad a la inversa en todo seno de mujer nadie puede negarlo somos seres anormales vestidos de animalidad y considerados torpes por la mayoría de los dioses nada puede solazarse más que un ave perdida a toda velocidad sobre el espacio infinito seno la que dice ser mi esposa vino anoche yo no quiero que ponga junto a mis manos las suyas no quiero no quiero no quiero se me pudre el corazón cuando está junto a mí desde mi personalidad con límites surgen ríos inexplorados y selvas a veces conocidas y personajes impenetrables como los dioses de aníbal y de amílcar barca son seres sin respaldo alguno perseguidos por una fría sed de soledad que choca y precipita nuestro corazón juan no ha venido a verme mas no se parece a mis otros familiares desde que murió nadie lo ha visto alrededor de su ataúd sonaban las conversaciones quemándose en la mecha de las cuatro velas y mi madre lloraba mientras la vellonera del bar de la esquina lanzaba una música alegre por sus costados de metal juan fue bueno y yo no pude seguirle junto a su caja de muerto cada quien pensaba en lo que cada quien quería pensar yo miraba a las gentes unos reían otros lloraban los más se quedaban silenciosos como si fuera cierto que la muerte de juan hubiese afectado a tantos y tantos.

Hay una concavidad a la inversa en toda montaña en todo asomo de montaña por debajo de los ríos corren senos enormes y violados y arrepentidos de amamantar y llenos de púas como perchas vacías son senos cuasi-silentes senos amarillos verdes rojos arcoíris de senos rutilantes una nube los moja constantemente una nube rosada como cualquier gota de sangre adulterada por los que siempre adulteran y siembran de terror las pobres camas de los pobres que nunca jamás regresarán de ese mundo mísero donde los hemos puesto para olvidarnos de que su dolor obedece a una bala de ametralladora que no fue lanzada a tiempo y que no dio en el blanco donde debió dar cuando las insurrecciones eran el pan cotidiano y los hombres morían con el solo recuerdo de un suspiro entre los labios rojiazules.

senos cosenos seno verso conseno aprendiz de marinería de buque y de soledad aprendiz de gaviota de mar de tiburón y de sardinas carduminada aprendiz de locomotora errante con humo y vagones retrógrados humo y vagones volviendo hacia atrás hacia lo pasado incapaz de ir contra los muros del porvenir locomotoras de los pueblos locomotoras loca de motor de tanto morder los hierros que la empujan qué locura terrible la mía siento picadas de mosquitos y de hierbas y de espíritus malignos que circundan mi soledad de hombre destrozado nadie sabe hasta dónde tiene cabida el dolor nadie sabe que cuando un niño reza se abre las venas en contra de la divinidad los dioses no saben ya de sacrificios ni de bosques ni de guerrillas inventaron el helicóptero el submarino y las bombas de hidrógeno inventaron la metamorfosis del trueno en tragedia trueno y miles muertes trueno y miles de heridos trueno trueno nadie pretende conocer a fondo los sentimientos del trueno nadie lo pretende pero en el fondo un trueno tiene iglesias derrumbadas hace siglos y tiene prostíbulos al norte del rin y tiene mujerzuelas que besan y se desnudan por solo dos monedas de cobre y tiene aviones y radares y la real fuerza aérea de la gran breaña defendiéndose del asalto alemán y tiene árabes en un

argel de fuego y sangre y tiene soldados vietnamitas abriéndose las venas junto al arroyo y tiene tantas cosas

las dos de la tarde y solo ella ha venido a verme a darme ese maldito abrazo de siempre la odio desde no sé cuándo desde el inicio infeliz del mundo cuando el buzo que era Adán rebuscó los escondrijos de las aguas infectas hasta dar con el tesoro de eva o de ruth o de rebecca el tesoro que todas llevan en las entrañas oscuras el tesoro de la tragedia la soleada calle tiene hollín en las alcantarillas y el humo no asciende es una lluvia que cae y se revuelca en el piso de las farmacias y conventos de las aulas y minaretes de las escuelas y palacios...

La luz, se hace la luz, estoy casi ciego, veo mejor, no he podido con mi cerebro en las últimas horas. Ahora comienzo a ver el horizonte. Son senos lejanos, montañas que se llenan de gris para dar comienzo a la fiesta del silencio.

Me pudro constantemente en la marisma de mis propios pensamientos. Saltan desde mi lengua serpientes y escorpiones. La luz los recorta sobre las paredes sumisas y pendencieras. El mundo no es tal y como lo ven los demás, es como lo veo yo mismo: hay un tercer ojo que mira por encima del tacto y de las uñas, un ojo grande que quizás está sujeto a nuestro ombligo, a las chacras de nuestro cuerpo (7), siete chacras, a las líneas de nuestro cerebro.

Viene ella, nuevamente ella, la recuerdo lejana, como un tronco que boga corriente abajo, corriente hacia la muerte, corriente al infierno. Me toca con sus dedos suaves, con su voz suave, me martiriza, no quiero recordar. No. Mis fiebres, mis antiguas fiebres, los bomberos, los niños encueros junto a las alcantarillas y bajo los caños en las mañanas de lluvia. Agua sucia que corre ciudad abajo. Niños que se vacunan contra todas las epidemias con solo meter un pie en las aguas sucias de tuberculosis, tífus y leucemia.

Viene ella. El pino lejano de mi infancia se mueve al compás del viento. Un pino que canta. Un pino que dice adiós a los barcos que perforan con sus chimeneas el horizonte. El pino

vivía frente a ella. La que dice ser mi esposa tal vez es ella. La que dice ser mi esposa puede ser ella. ¡Qué grandioso sería descubrirlo!, ¡cuánta alegría recorrería entonces mi corazón!

La oigo. Vuelvo a cerrar los ojos. Me besa, me acaricia, me llama por mi nombre. Casi siento afecto por ella. Nadie, nadie me ha dicho que la desprecie. Casi siento afecto por ella...

No, no, sombras y desperdicios me producen raros eczemas en los pies y en las manos, son como pústulas sangrientas que me horrorizan; ¡quítela de mi lado, no las soporto!, ¡fuera de mi lado!, sufro, sufro, sufro...

Vuelve la luz de nuevo. Vuelve la luz. Ella se ha ido. Ella se ha marchado.

El profesor viene con su cáncer, y Juan, también Ciprián, y Farina, todos, hasta mis monstruos de barro están junto a mí. Hablan. Maldicen, sufren. Oigo la música de *Nexus*. Es *Nexus* nuevamente.

CAPÍTULO VIII

Sangridad y santidad son palabras parecidas: cada una tiene dentro mucho de tragedia. Por mares de sangridad se llega al triunfo. En estado de sangridad murió Juan. No hay montañas que hayan podido con su grandeza.

Mis pies, desde ayer, han comenzado a resbalar cada vez que intento trasladarme de uno a otro lugar. Hoy viene el médico. Un médico de asbesto-cemento, construido por el gobierno o por la universidad: lo mismo da. Un médico con balas en el cinturón. Un siquiatra con obús para obligarme a confesar lo que ahora confieso sin obús... Las plumas de mi almohada ríen a carcajadas, grandes risotadas blancas, sinuosas, se elevan espiritualmente desde mi lecho; las plumas hembras se quedan algo silenciosas; ahora comienzan a reír...

Mis pies resbalan. En Nueva York vi una vez los patines sobre el hielo. No los necesito. Solo tengo que impulsarme para salir disparado sobre la superficie de todos los objetos: resbalo –mejor patino– sobre los vasos, sobre la mesa de día, sobre las paredes, sobre el techo, sobre todas partes. Soy un genio del patinamiento, del resbalamiento. Desde ayer ando resbalando sobre las cosas. Siento que resbalo sobre el mundo. Resbalo...

Aquí está el doctor. Siento sus pasos: los conozco. Hago como si estuviese dormido:

—¿Cómo sigue el enfermo?

La voz de mamá.

—Empeora.

Empeoro. Es lo único que sabe decir. No comprenden que soy un ser más normal que los demás y que por eso parezco anormal. No comprenden nada. La incomprensión es un gusano de seda que cubre de suavidad el corazón de los ignorantes.

—No creo que duerma. Se hace el dormido.

Maldito médico. No permite que una persona honesta se decida a fingir. Abro los ojos y lo veo sobre mí, como un platillo volador que girara sobre mi cama. Sus arrugas, sus manos hediondas a cloroformo y descargas eléctricas, sus lentes amarillos y sucios, y su voz cuadriculada como un papel logarítmico...

Me mira, voy hacia la ventana, trato de huirle.

—Se volverá rabioso, doctor, hoy no está calmado, le sentí gritar desde la madrugada.

Mentiras de mi madre. Hoy no he gritado. Nunca grito... Lo hace para salvarme de las garras militares del doctor. Este abandona su objetivo, se retira, va hacia la retaguardia, volverá por sus fueros, volverá para darme muerte con sus agujas, con sus sueros, con sus hemorragias de palabras...

La que dice ser mi mujer no ha subido. Hoy tiene miedo de verme. Ella —estoy seguro— se ha entregado al doctor. Para mí el doctor es un ser viejo y sin importancia... (ahora bajan mi madre y el doctor) para ella es un hombre joven, de bello aspecto... Quizás...

Anoche soñé que la sangre salía a chorros de mi corazón y se elevaba por los cerros, como un crepúsculo líquido que luego caía en avalanchas rojizas, ya convertida en piedra de desfiladero, en tormentoso y horripilante trayecto...

Sueños. Uno se eleva y ve desde arriba, desde el cielorraso su propio cuerpo tendido. Uno comienza a subir, a elevarse

y ve debajo la ciudad, con sus pararrayos y cordeles, con sus ropas tendidas al sol o a la luna. Con su mísera personalidad.

Uno se eleva. Es más ligero que el aire y que la luz, más ligero que la electricidad, más ligero que el relámpago. Ve el mundo debajo, ve uno tendido en su cama, allá, en la inconmensurable sima del mundo. Desde el ombligo que reposa en el centro de nuestra cama sale un chorro largo de luz que se une a nosotros como una sogá que a medida que se asciende se afina sin llegar a quebrarse. Una sogá inmortal. Imagínome papalote, chichigua, cajón, imagínome cosa que vuela sostenida por alguna mano que es incapaz de hacerme girar en las alturas... ¿Dónde voy?, donde quiera, la China, a la India, al Cairo, a París, a Lucerna, a Nueva York. Veo desde arriba los lamasterios perdidos en el fondo de las grutas, penetro en ellos y converso con hombres calvos y profundamente académicos; estoy loco, ahora sí que lo estoy; debajo están las pirámides, rascacielos triangulares para enterrar objetos antiguos. Veo el faraón, corre sobre un coche imaginario llevado por dos caballos... Está casi desnudo y unas mujeres le miran. De improviso desciendo vertiginosamente y voy hasta el fondo de la gran pirámide, me olvido del mar, de Juan, de Farina, de los ahogados y de las olas sucias rompiendo sobre las arenas de la playa, me olvido de todo y caigo hacia el precipicio oscuro que se encuentra en el fondo de la pirámide; desciendo con rapidez, con una velocidad espantosa y fatal. Al fin me detengo. He caído, siento agua a mi alrededor, agua que fluye rápidamente, con valor inenarrable, agua que cura, agua que no aburre jamás. Miro hacia todos los ángulos y no encuentro luz alguna. Estoy perdido, jamás debí descender, jamás debí llegar hasta el fondo de la gran pirámide. De pronto veo una luz, una luz rojiza, es como una estrella que quiere enseñarme el camino. Comienzo a seguirla: escaleras, sótanos, profundos laberintos, montañas de cadáveres, serpientes, sótanos de nuevo, soledades, mujeres con gritos envueltos en pañales, mujeres con protestas entre los dedos, mujeres cargando cubos de tragedia

desde los arroyuelos que están en el fondo. Sigo la luz, a medida que ascendemos se va haciendo más clara, más elemental, más guiadora. Una luz como de brillante rubí. Ahora veo mejor, la luz sale exactamente desde la frente de un hombre vestido con túnicas blancas. Parece un minero prehistórico. La luz es el broche de un turbante que remata en la frente. Salimos por fin. Estamos sobre la arena amarillenta y eterna. Me acerco y veo el rostro del hombre cuya luz me ha guiado hacia la superficie del desierto: ¡es Juan!: es Juan. Mi hermano Juan... Sonríe. Me dice adiós. Vuelvo a elevarme. No he logrado que me siga, estaremos separados para siempre... Él murió en las montañas y busca las pirámides para no desaparecer del todo... Juan. Era Juan.

Nueva York, desde arriba, parece un puerco espín enorme. Puntas, puntas, puntas, formidables puntas. Lucerna un diamante. París una brasa. Caigo en las montañas de Manaclas, ruedo, árboles y campesinos me ayudan a levantarme. El doctor se ha ido. Hoy no hubo examen. He quedado en estado de sangridad de nuevo. Mañana será otro día.

CAPÍTULO IX

Una tumba es como una residencia, como un posible edificio de apartamentos detenido en el embrión de sí mismo. Aquellos que han bajado a la tumba, los que conocen el sonido de las selvas que viven dentro de cada niño, no podrán jamás olvidar el perfume de la muerte.

¿He muerto alguna vez?... No sé, me parece que sí. Más de una vez he muerto. Primero pastor en las tierras de Arcadia, pastor y patriarca. Luego tribuno en épocas de Roma. Antes jefe de religión cuando las tribus negras dominaban el mundo y acosaban a los blancos apenas nacidos en Europa. Después, no recuerdo nada más.

Una tumba es un depósito turístico, un hotel para el mortal. Habitación número 10 o 12, no importa. Usted llama y el muerto responde desde las profundidades de mundos por nosotros desconocidos.

A Juan lo pusieron en la tumba y muchos lloraron su atiesamiento y sus balazos.

El cementerio, como un brillante transparente, producía calor en la concurrencia amarga que allí pululaba. En las paredes del cementerio, por falta de espacio, tumbas como panales con desgracia adentro, con la miel de la muerte dentro, con la dulzura de la muerte adentro, con la reina de la muerte dentro, con los zánganos –pobres muertos– dentro.

Una tumba es un microscopio. Al través de ella el mundo se amplía, toma fuerzas y tamaños nuevos que luego, cuando el tiempo ha pasado, se reducen a nada. A polvo de inconstancia.

Cuando enterraron a Juan todos lloraban insistentemente. Yo había quedado en silencio. Por la boca de un amigo de Juan, desconocido para mí, salió un panegírico plagado de ridiculeces: la patria te salvará, quedarás en nuestros corazones para siempre, etcétera, etcétera.

Mamá estaba casi muerta. Tenía los ojos perdidos y nuestros amigos miraban hacia el infinito para no verle el rostro, para no mirarla a los ojos y demostrar que todo su dolor era fingido.

Por fin colocaron la caja en la colmena. Era pequeña, tenía poco peso. Los demás muertos comenzaron a zumbar. Era como si el sonido del mar se hubiera rebelado contra los hombres en medio de un cementerio. Era como si la vida se hubiese convertido de repente en una gran fábrica de ruidos zumbadores. Como si la sangre aumentara el volumen de su circulación traspasando con su ruido colorado las venas y arterias. Un sonido de mar, y dentro de ese sonido, tiburones enormes, grandes estrellas de mar rosadas, condecoraciones con forma de algas o algas con forma de condecoraciones, hipocampos gigantes, capaces de llevar en sus ancas un guerrillero.

El zumbido aumentó y desde las colmenas comenzaron a salir los muertos ¡pobres muertos alados!, y comenzaron a girar sobre nosotros en el preciso momento del enterramiento. Giraron. Muertos descarnados. Esqueletos con alas, trozos de carne en descomposición con apariencias de ángeles. Giraron mientras la pequeña caja de Juan entraba en el nicho, en la colmena. Yo esperaba ver a Juan salir de allí también volando. Esperaba su dulce resurrección colmenada, pero no, no, se quedó profundamente muerto, valientemente muerto.

Después supe que un muerto debe aprender a zumbar y a volar, y realizar cabriola sobre los campanarios. Un muerto es un ignorante. Cuando llegamos a la vida somos ignorantes, así, cuando arribamos a la muerte también lo somos y debemos

entonces empezar de nuevo. Un muerto inteligente debe aprender a hablar, a gesticular, a penetrar las paredes, a zumbar como las abejas, a escuchar sin abrir el oído. A sufrir de otro modo.

Salimos del cementerio. Mi madre estaba destrozada. Luego no recuerdo muchas cosas. Esa noche mis sueños comenzaron a penetrarme de tal modo que comprendí la realidad que hay más allá de la almohada y de la tumba. Comencé por ver los pequeños dioses del vino. La botella estaba sobre mi mesa de día, un animal hecho de humo y colores brillantes la destapaba e introducía el hocico y se emborrachaba con solo oler aquello. Un animal con extraña forma. Rabo de conejo, hocico de puerco hormiguero, patas de gallina acorralada, plumaje de ganso, orejas humanas y lengua de serpiente ennegrecida por el uso.

Luego vi otras cosas. Sillas volando, sillas multiplicándose por los aires de mi habitación, por los universos de mi habitación, sillas conscientes, con pensamientos de madera y sangre de polen fracasado. Yo veía un mundo de colores a su alrededor. Un mundo que giraba alrededor de las sillas e iba tomando sus formas, e iba penetrándose hasta hacerlas vivas, sensibles como cualquiera lagartija u hoja de helecho.

Desde ese día el ombligo me crece por las noches y se afina al elevarse hacia las estrellas. Desde ese día comprendo peor las cosas. Nadie entiende mis profundos misterios de animal encerrado en mí mismo.

Es natural que la luna me rechace y que los astros profundos de la noche no quieran mi presencia en el día. Se esconden para mí en el día, están muertos en el día. Yo pienso en el sol y creo que me hace bien pensar en él, creo que cada vez que lo hago sus rayos me penetran el alma y me ayudan a subsistir; de lo contrario, sería un hombre muerto en plena actividad vital.

En algún lugar del espacio mis pensamientos tomarán la forma con que los invisto. De eso no tengo duda, como no dudo que Juan murió con la carabina descargada. En algún

lugar de no sé dónde, lo que pienso se ha de convertir en realidad: si pienso en una casa habrá una casa, si pienso en vino habrá vino, si pienso en panes y peces habrá panes y peces, si pienso en animales sagrados habrá animales sagrados, si pienso en selvas inventadas por mí, con animales inventados por mí, con lianas y mosquitos inventados por mí, habrá eso y más. Mañana, mañana crearé con mi pensamiento ese mundo del que hablo y entraré en él para dominar esa grey doliente que mi pecho ama sin conocer.

Juan fue puesto en su colmena. Se llama la tumba. Se llama el depósito, se llama el almacén, se llama el cuarto de despejo, se llama de muchas maneras, todo depende de quién mencione su contenido.

He dormido bien. Ha pasado la noche sin que lograra hacer el mundo que pretendo.

He vuelto a dormir. Una noche es más corta que el silencio siempre y cuando no tenga nada con qué soñar.

He vuelto a dormir. Hoy he comenzado a crear el mundo que pretendo. Primero pensé en la selva. Vi el conjunto de árboles que la constituyen. Fui creando hoja por hoja, durante toda la noche, el modelo de árbol que necesito. Por fin, cerca de la madrugada, estuvo terminado, lo demás fue fácil, pensé en una cifra que el hombre no pudiera calcular y que las máquinas electrónicas no llegaran a medir y multipliqué mi árbol inicial por esa cifra. De improviso mi pensamiento se pobló de lianas, hojas, arroyuelos y ríos. El bosque trae las aguas y las aguas traen los peces y los peces atraen al pescador, de modo que Juan Ciprián también apareció en mi pensamiento con su vara en la mano, y casi me clava con su vara los confines del cerebro. Pero no quería ver a Juan Ciprián.

Después de asegurarme que mi creación era buena, puse el primer pie en la selva y no oí el chirrido de los monos, ni

escuché ninguna canción de ave, ni sentí el canto de los árboles porque el viento aún no existía.

Y decidí no crear el viento. El viento traicionó a mi hermano en las montañas. Un viento con charreteras, con medallas ganadas a base de delación y crimen, con botas de guardacampestre y corazón de general trujillista. Un viento maldito. Decidí no crearlo. No quería ver mi selva traicionada. Era entonces –luego de mi decisión– una selva abierta al infinito, donde nada se movía, todo era estable, todo tenía esa estabilidad profunda de las cosas inmóviles. Todo era paz allí.

Puse el pie a orillas del riachuelo y los peces salieron a recibirme. Uno tenía en las manos una bayoneta llena de limo. El crimen había muerto en las aguas del río. El río cubría con su limo de minutos la criminalidad y la desechaba para siempre.

Caminé y caminé y la noche no venía. Dicen que la luna cabalga sobre las crines del viento y no había viento, no había luna. De improviso el sol, cansado de esperar la noche, se desplomó en medio de la selva. Se desplomó con algarabía de guerrero herido en el costado y en la duda. Se desplomó y su fuego comenzó a chisporrotear en la parte norte de mi bosque, allá, en lo profundo de la selva se veía la humareda del sol caído. La luna no salía, y como ya el sol había descendido violentamente sobre las hojas, se hizo la noche y solo la luminosa estela del sol que encendía las enredaderas lejanas iluminaba de tragedia mi creación.

Sentí un calor enorme. El fuego reseca las hojas y lianas. Los peces saltaban del cauce de los ríos y morían a poca distancia de la orilla. Pronto el agua comenzó a hervir en todos los arroyos y cursos, y los peces salcochados salieron a flote, listos para un banquete trágico, desazonados, faltos de sal, desabridos y sin gustosos pimientos. El sol siguió haciendo arder los bosques y yo mismo tuve que huir del lugar que había creado. El pensamiento aún me suena por dentro como un grillo encendido en medio de la noche. Oigo chirridos, sé que todo se quema en esa parte del espacio donde los pensamientos

se convierten en verdades. No me atrevo a regresar, pero me miro las plantas de los pies y veo quemaduras profundas en ellas. Tengo sed, tengo sueño, tengo dolores, tengo el corazón deshecho. Diez minutos de creación mental humana pueden ser un universo de siglos para una bacteria que solo es capaz de vivir milésimas de segundo.

Entorno los ojos. Ahora hay nuevas tumbas en mi corazón. Nuevos zumbidos y una luz tenue que quiere llevarme hacia las grutas del reposo.

CAPÍTULO X

La sombra de los generales llena de automóviles las calles. Automóviles grises, azules, cargados de amor y melodía. Desde la profundidad de mi tragedia salen los generales cargados de medallas. Cuánto trabajo cuesta encontrar un empleo. Cuánto trabajo cuesta vivir, especialmente cuando se ha vivido en contra de todos y de todo.

Debajo de cada llanta, la cabeza masacrada de Juan; debajo de cada farol, debajo de cada silencio, debajo de cada As, debajo de cada todo. Por el lomo del silencio caminan hormigas pequeñas que viven en la cuenca de los ojos de algún cadáver. Las mismas que se comieron el corazón, los pulmones, las hemorragias, el aparato intestinal de Juan. Por los caminos del pecho veo a Farina, veo al profesor, veo a Ciprián, presiento negros escualos al acecho de mi voz. Debajo de cada sombría sinceridad salen a relucir los dientes de la duda. Hoy no tengo nada que contar y sin embargo las palabras se sueltan del redil para ir a las calles de la ciudad. Las palabras se libertan, se hacen dueñas de mi modo de ser y las digo porque sí, porque quiero que ellas se dispersen por el mundo como mariposas de ilusión clara y sencilla: la de la resurrección de Juan.

Las ametralladoras, los cañones, el ritmo mortal y paralizante de los aviones, todo está de acuerdo con mi conciencia llena de humo, leyes, martirologios y presentimientos. De cada

palabra inerme surgen bosques y marismas; yo invento palabras para observar el paisaje que tienen dentro. Yo invento palabras como automóviles, palabras con freno, con cilindros, con bujías, con engranajes. Yo invento palabras que no tienen significado y que pueden ser interpretadas solo por su sonido. Yo invento palabras: chocolatería, mestenente, portiparaico, mínusnalgo.

¿Quién conoce el significado de estos ritmos sonoros? Solo Juan, solo las ametralladoras del gobierno pueden decir la verdad en estos ritmos inventados. Una palabra es como un automóvil: se usa en caso necesario, se frena en caso necesario, se engrasa en caso necesario, se vende o se arrienda en caso necesario. Una palabra es como un condenado a muerte: se indulta en caso de necesidad, se confiesa en caso de necesidad, se fusila en caso de necesidad, se hace mártir, héroe o cosa parecida en caso de necesidad.

Nexus 16. Hoy zumba en mi cabeza ambivacía el ritmo paracrónico de Nexus. Flautas, oboes, violines, pergaminos viejos, sillas recién construidas, armarios flotantes, viajes, buques envueltos en papel de celofán, cucarachas paridas. Todo gira con la música de Nexus. Todo vive con la música de Nexus. Todo se hace nuevo con la música de Nexus. Camino por dentro de mí mismo para ver, para observar la marcial bienvenida que el sueño da a los excrementos arrojados por el cerebro allá en los arrecifes de la duda metódica.

¡Déjenme ver el mundo, malditos! Cuántas veces he gritado esta misma frase. Cuántas veces he sufrido este mismo martirio. No me dejan ver el mundo; me encierran entre paredes blancas, entre paredes de vidrio esmerilado, con ratones que sueñan con pequeños monstruos, con ratones de material plástico y miseria, con ratones hechos de corbatas desechadas y chalecos roídos por el tiempo. ¿Qué puedo escuchar aquí? A veces el ruido del mar. A veces el ruido del mal. A veces el ruido de la imbecilidad con forma de médico, o el de la bondad incomprensible con forma de madre.

Hoy siento más que nunca el ruido de los automóviles. El rugir de estas máquinas infernales, llenas de vidrios hipócritas y de gasolina traicionera.

Un automóvil trajo el cadáver de Juan. Un automóvil trajo sus restos quemados y agujereados en Manaclas; Juan era guerrillero, Juan era valiente y nadie quiere saber de la valentía.

Por los caminos de Santo Domingo, cuando la noche es bien oscura, aparecen los automóviles. Recuerdo que son como huevos de amor empollando a orillas de la carretera. Dentro vive la miseria del mundo. Dentro vive la intranquilidad del sexo. Caminar junto a la carretera en altas horas de la noche es caminar rumbo al hechizo y a la maledicencia. Caminar a orillas del grito que te lanzan los enamorados, los que se burlan de ti, porque no tienes nada, porque eres un cualquiera, un pobre tipo que ha perdido a su hermano en guerras sin sentido para los asesinos.

Automóviles, automóviles: mientras más decadente es una sociedad mayor número de automóviles se agrupa en torno a ella. Es la decadencia de ocho cilindros, la de seis, la de cuatro, la de tres, la decadencia Cadillac, o Ford, la decadencia Ferrari o Masseratti, la decadencia con chófer y llantas de banda blanca.

En un automóvil trajeron a Juan. Era la decadencia con la muerte dentro: ¿se habrá visto cosa igual en mucho tiempo?... Los muertos no tienen otra alternativa que la del silencio. Los locos no tienen más silencio que la palabra deshilada, la palabra que no tiene sentido más que para aquellos que quieren encontrar algún sentido.

Farina, Juan, Ciprián, el profesor de álgebra, el amigo de mi padre, Damián, todos ladran a la luna en noches en que la luna se oculta. ¿Por qué lo hacen?, pues porque son sinceros, creen en la sinceridad del universo, no creen ya en las colmenas cementeriales, no creen en las tarjetas inmemoriales, saben que en los cementerios el hombre paga boca arriba todo lo que en la tierra hizo boca abajo. Son ciudades horizontales los

cementerios; la ciudad de los tendidos, de los acostados, la de los que han decidido su futuro en límites de horizontalidad.

Oigo el ruido sordo de mil automóviles, de dos mil, de un millón. Cantan a coro alguna parodia de salmo. Davides de alguna religión que comenzará luego, los automóviles cubren el silencio con sus trompetas malditas. La religión de la gasolina, la religión del caucho sintético, la religión de la electricidad y de la ignición, la religión del llanto y del frenazo bajo el cual una vida se convierte en mierda, en sangre, en intestino abierto para siempre. La cornada fatal de un automóvil es más peligrosa que la del peor de los toros. Es la cornada venenosa de los ocho cilindros, del embrague, de los faroles amarillos y rojos, la cornada venenosa del parabrisas aristocrático y transparente. Todo se confabula en cada automóvil y él, por entero, es culpable de sus asesinatos. Interroga cada pieza, interroga cada tornillo, cada cinta metálica y sabrás que un automóvil es culpable por entero de sus partes. Es cierto, cada tornillo, cada goma, cada partícula de gasolina acepta su culpabilidad sin protestar. Pero, ¿sucede así con los militares?... El ejército te mata y luego no sabes qué parte del ejército te ha matado; ninguno tiene la culpa todos son inocentes, jamás uno te dirá «yo he sido». El ejército es como un automóvil, pero sus piezas no tienen conciencia, trabajan sin comprender lo que hace o comprendiéndolo demasiado. El ejército es como un automóvil: venenoso en todas sus piezas, venenoso. Tiene cuernos, enormes cuernos que sus oficiales soportan silenciosos con tal de ascender más cada día. De modo que como el toro y como el automóvil, el ejército es peligroso, porque su veneno está en la bayoneta, y está en el marido burlado, y en el que aprende a ser contrabandista por delincuencia formidable, y en el que quiere, ser el que más puede a costa de los que pueden menos.

Odio los automóviles. Odio el toro. Odio el ejército. Hombres con forma de toro mataron a Juan en Manaclas, hombres con forma de automóvil, con uniforme de general, con medallas oxidadas por el uso indebido; hombres frustrados en

su profunda soledad de humanos. Odio todo cuanto haga ruido y todo cuanto levante muerte en los caminos. El automóvil, el toro, su torero, el general con cuernos y birrete hijo de puta graduado en la delincuencia y el terror consuetudinarios.

Acostadas partículas de todo. Acostadas partículas de muerte, acostadas partículas de explosiones. Acostadas partículas de solidaridad. Cuando a Juan lo trajeron tenía los dientes fuera, como un perro; tenía los dientes fuera. Pedazos de plomo colgaban de su corazón; pedazos de violencia colgaban de su lengua podrida. Varios días enterrado por el hecho de haber reclamado la libertad. Y esperaron matarlo para darle luego sepultura. Un héroe —mi hermano el héroe—, un héroe se entierra vivo, de modo que pueda desde el fondo de la tierra gritar sus ideales, abrirse paso hacia la superficie como una planta libertaria. Pero no. No. Tuvieron que darle muerte para enterrarlo luego. Tuvieron que cerciorarse de que la horizontalidad vulgar de todos los muertos era suficiente para que él callara, para que hiciera el silencio conveniente. El silencio que necesita la delincuencia para sobrevivir.

El viento de la montaña, amigo del automóvil; compañero del toro y del general; el viento celestino, lleva y trae, el viento chismoso de la cordillera, el viento con influencia de delator innato, hizo la denuncia una tarde. Y fueron rodeados, y masacrados, y quemados luego con gasolina, y quemados... y hasta enterrados. Se escucharon los disparos; los campesinos al principio tuvieron miedo de hablar. Luego —alimentados por el dinero y la promesa— dijeron cómo había ocurrido todo. Los campesinos sabían que el viento los traicionaría.

—No se líen con el viento, el viento es traicionero. Naide que haya tenío lío con el viento ha salío parao.

Los campesinos sabían que todo era posible. Tenían su rancho sucio y mugroso cerca de donde acampaba el viento de la cordillera. Lo conocían, el viento delator, el viento maledicente, capaz de ordeñar una perra con el fin de matar a los cachorros de hambre. Juan y los demás eran como cachorros;

Juan y los demás no tuvieron leche, porque vino el viento y le robó a la cordillera, a la ubre de la cordillera, su mejor alimento. Y allí quedaron a merced de armas inservibles y de un viento traidor. Allí quedaron. Luego vino la muerte. Todos sabemos cómo fue aquello de la muerte.

He dejado de escuchar el ruido de los automóviles. Ahora miles de arañas, miles de tarántulas caminan hacia mis habitaciones. Un ejército de tarántulas condecoradas; la cruz ganada, las órdenes del generalísimo Trujillo, las insignias de Mussolini; un ejército de tarántulas con gorras rameadas y cuerpos de atletas fracasados; cuerpos redondos como granadas, cuerpos listos a estallar como los pilotos suicidas del Japón; cuerpos listos a sacrificar sus condecoraciones por una veleidad de potencias lejanas; por potencias situadas en el Norte, en el Sur y en el Oeste. Ellas dicen: ¡fusilen!, y sale el tiro mortal para los que tienen ideales. Ellas dicen ¡bombardeen!, y las tarántulas responden que sí, que harán todo lo que los señores rubios manden, con tal de que venga la ayuda económica, con tal de que los amigos rubios del Norte, del Oeste y del Sur, tengan una buena impresión de que se asesina a bajo costo y sin ninguna propaganda.

Las tarántulas vienen a son de bando; marcan el ritmo de una marcha inglesa. Un dos, un dos, un dos... ¡Qué bien marchan las tarántulas!, sus pelos se mueven al ritmo del tambor. Qué bien lo hacen. Qué facilidad para sus amos, los tarantuleros del Norte.

CAPÍTULO XI

El cerebro gira como un parabrisas cuadriculado por un golpe violento. Suben interioridades inmediatas a cada arteria, llenando el corazón de una soledad invisible; invisible como esos puertos que se pierden tras la bruma; brumosa como esos inviernos terribles que hacen caer las hojas amarillas; amarillenta como el espacio que deja la naranja luego de madurarse en el árbol más imposible; imposibilitada, como un pobre pordiosero que hace pininos para conseguir la limosna que su necesidad proyecta indecorosamente; indecorosa, como esas mujeres que salen desnudas y entran en mi habitación con el solo fin de poseerme descaradamente; descarada, igual que esos hijos de perra no saben fingir.

La cabeza; comienzo a sentir la cabeza, ese monstruo infernal y recubierto de pelos; ese monstruo angelical y cubierto de ideas. No preguntemos nada a nadie. No digamos nada a nadie. Los niños suben desde la escuela y vienen a mí –palomas inseguras–, vienen a mí desde el pasado o desde el futuro. Juan entre ellos; lleva el pantalón azul marino sobre las rodillas, yo le sigo de cerca, admiro su valentía, admiro su poder para convencer a los demás. Por mi ombligo desesperante, sito en la parte norte de mi cuerpo (o en la oeste), bajan hormigas color café, hormigas disfrazadas de agentes policiales secretos. Me recorren luego el cuerpo en busca de Juan. Yo soy parte de

Juan, pero ellas lo ignoran. Yo soy parte de Juan aunque él no sea parte de mí. Aunque cuando me negara a ir a Manaclas, en la guerrilla contra el gobierno, me llamara cobarde... El pelo gris de papá. No sé. Acaso no tengo padre. Acaso no tengo madre. Tal vez nací de un montón de excrementos dejado por algún burro en el camino de un campo cualquiera. Hay hombres que emergen desde el fondo de la insalubridad para instalarse en el poder. El caso del actual presidente. ¿Quién lo dudaría? Los americanos dijeron que él, el actual presidente, tendría que ser el presidente luego de un golpe de Estado. Y lo fue. ¿Quién puede más que los americanos?... La sombra de las cortinas hace cabriolas amarillas junto a la ventana. Es una sombra larga, como aquella de los poetas que se enamoran de sus hermanas. Una sombra profundamente larga o largamente profunda; una sombra donde las perspectivas se pierden definitivamente, ahogadas en la sonora metralla de la noche estrellada. Nadie piensa que un lucero es un cañón que vomita fuegos fatuos. Nadie comprende que la soledad de un hombre tiene alma de lucero. Por las noches y en el día, al través del cielorraso veo las estrellas y conozco de sus colores y de sus quejas. Existe un profundo sentimiento de inferioridad en cada estrella. Mi madre es hija de una estrella, y el niño Jesús. Juan, con su pantalón corto arregla el pesebre. Es Nochebuena. Alguien –tal vez tuvimos padre alguna vez– trae mazos de petardos y montantes. Bang, bang, bang... Nochebuena, noche de la puta, noche del perro realengo, noche del borracho maldito, noche de las ratas con el oído roto, noche de miseria en la que se queman en ron y petardos, los años mejores. Juan está allí. Yo leía: Alí Babá y sus cuarenta ladrones.

—Tienen que acostarse temprano.

—Los niños se acuestan a las 9.

La dictadura. La voz de la dictadura. La voz de Trujillo convertida en la voz de nuestros padres. La voz de la noche convertida en la de Trujillo. La voz de los petardos convertida

en la de los padres miedosos. Voces, y voces, bang, bang, bang, bang. Nochebuena.

El cerebro es movable, como la cabeza, desmontable, como la cabeza. El cerebro tiene dos tonos, como un zapato de chulo, como un zapato de cabaretero indomable. El primer tono es negro, el segundo blanco. Cuando usamos el lado negro no podemos pensar; cuando utilizamos el blanco pensamos demasiado. La cabeza es un acto de la fe. La cabeza. Alguien las reduce para venderlas al turista: una cabeza para el que no tiene cabeza suficiente. Por eso los turistas compran cabezas japonesas inauténticas.

En las montañas no hay turistas. El viento de la cordillera puede hacerse pasar por turista. El viento de la cordillera no es un turista y esto lo saben los agentes de la CIA que le negaron la entrada a Juan en el aeropuerto de Nueva York, en 1963. Y esto lo saben los periodistas que dijeron al mundo que las tropas de Manacles murieron peleando. Mentían, mentían... Y aquellos dos locutores; aún los escucho... Ahora también escucho los pasos en la acera de enfrente, y los grillos en el solar baldío de la esquina próxima, y la luz del semáforo inconstante que no sabe cuál de los colores escoger y se debate en una guerra a muerte con sus indecisiones en rojo, amarillo y verde... Nadie escucha con más ahínco que yo... Nadie.

Estimada Farina, debo decirte que tal vez no estés muerta. Debo decirte que tal vez en cada diente de tiburón vive un pedazo de tu alma calenturienta. Estimada Farina, debo explicarte que un machete tiene más vida cuando se usa para defender un derecho, por eso tus hermanos han cometido un error. El cojo de tu esposo murió acribillado a machetazos, el loco de tu esposo, que creía que tenías un hijo pegado al esófago... ¿Pero qué hago?, el capítulo de Farina está cerrado.

Querido profesor, cuando se visita una tumba no se piensa con la cabeza, se piensa con el pie derecho, se piensa con los

músculos de la pierna que son, al fin y al cabo, los que deciden nuestro caminar hacia la nada. Queridísimo profesor, ¿cree usted que debería escribirle una carta a la que dice ser mi esposa?, con solo una carta la dejaría descabezada; sería un crimen horrible; sería algo espantoso. Le voy a describir algo.

Tengo una tijera en mis manos, como usted sabe una tijera es un arma peligrosa. La tijera tiene en su centro un remache que hace girar sus dos lados. Es platinada y el sol resbala sobre ella, la uso para matar moscas en el aire. ¡Zas!, un tijerazo y la mosca cae destrozada, pero ¿y si la usara para cortarme las alas?... Podría enterrármela ahora mismo en el cuello. Es lo que pienso hacer. No tengo motivos para ello pero lo haré si esta noche no me duermo antes de las diez... Moscas y mosquitos –pirañas volátiles de mi cuarto– se han confabulado para chuparme la sangre poco a poco. –¿Pirañas o vampiros?– No sé, la piraña destroza y el vampiro chupa. Son monstruos extraños. Piratas con dientes de vampiro y viceversa. Giran sobre mi cabeza. Mi habitación es un desierto: ¡buitres!, ¡soy un cadáver!... Empiezan a dar vueltas, tengo calor, el sol me abraza de modo repetido, con ritmo de ametralladora gubernamental. Estoy sufriendo una traición increíble. Manoteo, gimo... ¡La tijera!, aquí está. Ahora verán ustedes, malditos microbios aleateadores. Ahora verán ustedes... Bang, bang, bang... Petardos de Nochebuena contra ellos. Juan me los pasa encendidos y yo los lanzo al aire. Estallan y cada vez que ello sucede cae muerto un monstruo de estos. Empiezo a cortar con las tijeras. ¡Zas! Dos alas que caen. ¡Zas! Nuestros enemigos se retiran. Un vampiro tiene la cara de locutor, y otro y otro. ¿Son más de dos los locutores? Otra vez la duda matemática. ¿El ser o el tiempo? Ni el tiempo ni el ser. Nada. Mierda divina, excremento angélico, eso somos. Estamos en el peor de los mundos posibles. El fracaso de la divinidad está palpándose a cada paso... El cura me mira a los ojos, dice que no blasfeme. El cura se siente cansado de dar confesiones y de oír lo mismo, pero cuando

llega la guerra huye y abandona su feligresía. Luego regresa, con la paz, con esa paz a la que él no contribuye.

Querido profesor, ¿recuerda usted a menos cero?... Bonito teorema. ¿Era un teorema un problema de metafísica angelical? Usted, con su cáncer color corbata no responde a nadie. Usted es un aristócrata. Usted con su mal aliento y su traje blanco y sus problemas irresolubles. Querido profesor. Cuánto tiempo que no veo su majestad de hombre de números. Qué risa: hombre de números. Un siete en la cabeza, debajo del brazo un 22 y sobre la lengua un 122276543. Hombre de números, hombre de letras, hombre de...

Cabezas y chimeneas son lo mismo. Salen de la cúpula y se precipitan hacia arriba. Humo desde ambos lugares y además de humo, hollín. Querido profesor. Recuerde querido profesor que somos hombres. ¡No hay luz!, ¡hoy no tenemos luz!, ¡estamos perdidos! Mangueras largas, puestas en cruz, y puestas como grandes boas inmóviles. Perdición del hombre frente a las grandes realizaciones del hombre mismo. Automóviles. Amplias farolas del pasado, rebosantes grupos de indios exterminados. Sube la soledad y penetra las paredes. La satisfacción de ser bueno. Uno dos tres cuatro cinco seis a las seis de la tarde Juan fue desenterrado, tenía los ojos cuadriculados como un papel de contabilidad estrujado en las profundidades del basurero. ¡Ay! Comienzo a sofocarme, no soy capaz de hablar con claridad. ¡Ay! Me derrumbo. ¡Ay, ay! Comienzo a sentir frío. Piromaníaco, soy piromaníaco, cualquier día de estos –me vengaré de la muerte de Juan– buscaré gasolina e incendiaré los cuarteles y las emisoras gubernamentales, incendiaré los locutores y las hermanas y las madres de los locutores. Me iré a los patios donde viven los ahijados de los locutores y mataré las gallinas, los perros, mataré las arañas, los ratones, las ratas, mataré todo cuanto viva. El mundo se me viene encima cada cinco minutos con todas sus alimañas. Un mundo maldito, lleno de locutores que gritan de alegría con cada muerto. Siempre ha sido lo mismo y antes de que existieran las emisoras de radio

había ya locutores que gritaban de calle en calle; locutores que no amaban su patria. ¡Luz por favor! ¡Luz!... no sabes que en cada farmacia los productos médicos se han resentido porque no fueron usados a tiempo. No sabes que en cada arsenal las armas se rebelaron porque sus hermanas de las montañas –las que usaba Juan– fueron entregadas dañadas a los combatientes. ¡Luz, por favor! Abran las puertas. Estos son los asesinos: tú, tú, tú, tú, tú, tú, tú, tú, tú, tú.

Ustedes. Ustedes, ustedes, ustedes, ustedes... No podría señalarlos ni en plural. Son muchos los asesinos, tienen estrellas y rayas en cada mano; estrellas y rayas que envenenan con dólares y metralla.

Querida amiga, dices ser mi esposa y me complace, pero no es cierto. Eres la esposa de Juan, y subes a traicionarlo conmigo, y te acuestas a mi lado y te desnudas, y yo termino siendo también un traidor, porque pasivamente voy sintiendo el placer que te hace mía cuando todo está en silencio. Sin embargo, Juan está muerto y un muerto no puede acostarse con nadie si ya está acostado con su propia muerte. Querida amiga, tus manos son finas, tus uñas tienen un filo largo y profundo, como la sombra del poeta, de aquel poeta enamorado de su hermana, que coincidencia!, te enamoras de mí y casi eres mi hermana. ¡Qué coincidencia! Nadie sabe que vienes y sin embargo las plumas de mi almohada protestan cada vez que me acaricias. Yo te quiero a veces, te lo juro; te quiero desde que estás desnuda junto a mí, pero cuando oigo tus pasos subir o bajar desde o hacia mi cuarto, te odio repentinamente y paso días enteros odiándote; tengo que ser sincero, sin embargo, debo decirte que el odio es una plataforma espacial que gira dentro de mí y que por ello, a veces la dejo deslizarse fuera de mi corazón para dejar que entres. Esta carta no la tendrás nunca, porque puede hacerme daño que sepas tantas cosas de mí, de mi intimidad, de mi profundo sistema de vivir suspenso de una cuerda terrible.

Querida amiga, ahora que te deseo no vienes. ¡Ah!, sí, vienes, oigo tus pasos; aquí comienzo a odiarte. Cierro los ojos para hacer más noche la noche. Te odio. Ya estás aquí. He dejado de sentir tus pasos y comienzo a sentir tu cuerpo, voy dejando de odiar paulatinamente, paulatinamente.



CAPÍTULO XII

Una luna redonda y tenue me hace cosquillas en el corazón. Dentro de cada sensación de muerte flotan, temperamentalmente, hilillos de amor. Día a día siento que mi mesa de noche se hace más penosa. Aquí está, grabada en las paredes, la imagen del médico. Tiene los ojos claros esta vez; es bajo, rechoncho esta vez; viene del polo norte o quizás del polo sur; su característica de pingüino silencioso así lo denota.

—¿Te sientes mejor? (Siempre me he sentido mejor, nunca he estado enfermo. Es mejor contestarle que no).

—No.

—Ten confianza, dime si tus amigos te visitan y qué haces con ellos. (Mis amigos, aquí viene gente que ni conozco, aquí vienen en grandes cantidades a turbar mi paz decimonónica. Mis amigos. Vienen desconocidos, enormes desconocidos. Uno tiene los pies cansados, el otro —el llamado Juan, como mi hermano— ni siquiera se parece a él. Vienen a verme y conversar conmigo lentamente. Yo casi no les respondo y este médico, este médico...)

No tengo amigos.

—No seas así, pórtate bien; déjame ponerte una inyección de miel de abejas. (Cada vez que me dice esto tengo que ceder. La miel de abejas es mi delirio. Veo cuando saca un frasco pequeño, con miel dentro e introduce lentamente la aguja por

un tapón de goma, entonces hala el émbolo y la miel comienza a entrar en la jeringa. La miel endulza mis músculos, aunque duele en gran escala cuando entra por la nalga derecha).

— (Hago un pequeño silencio que ya él sabe interpretar. Mi madre observa con los ojos vidriosos, con envidia, con la terrible envidia que su amargura le hace saltar por encima de las cejas. Ella quisiera ser la inyectada. Pero no puedo dejar que el médico desperdicie su miel en ella; yo saco más provecho de la miel, pronto comienzo a sentir que los objetos se elevan, me siento poco a poco más humano, menos animal, y veo más claras las cosas. Siento la lengua dulce, como si la miel, en una desesperada carrera desde el glúteo a la lengua, buscara el paladar para hacerme comprobar que no me engañan. Es miel lo que me ponen entre un día y otro. Miel. Me bajo el pantalón del pijama y me coloco boca abajo. Ahí viene la punzada. Arrugo el ceño. Tengo la piel dura y la «Plastipak» penetra en el músculo dejando un ligero dolor de alpinista en mi epidermis. Ahora comienza la miel a penetrar y siento un agudo estremecimiento, se me aduerme la piel por completo y solo siento el palpitar de mis huesos dentro de mi ígnea estructura de atleta fracasado. Sale la aguja. Me subo el pijama. El doctor ha interpretado mi silencio).

—¿Te ha dolido?

—Tengo la lengua dulce, como un racimo de uvas de playa, dulce y manchosa.

—Esto te hace bien, las abejas son buenas contigo.

Las abejas son buenas conmigo. ¿Cómo puedo comprobarlo? No sé si ellas han facilitado su miel por las buenas o por las malas. No sé si el zángano y la reina protestaron cuando el químico apareció allí, junto al panal, con sus aparatos y le robó su cosecha de un millón de flores. Es una explotación. Es un abuso. No debía permitir que el doctor me inyectara miel. Pero es lo único que me salva realmente. Se me duerme la piel, un sueño lento comienza a levantarse como una humareda. Ahora la que dice ser mi esposa no podrá aprovecharse de mí.

Podría besarme y nada más. Un beso no es delito en una sociedad aburguesada por completo.

En las calles del mundo, en todas las ciudades civilizadas, los novios se hacen el amor en las aceras, solo aquí, en este país pequeño, las mujeres asaltan los aposentos de un enfermo para satisfacer sus deseos de amor.

Una luna tenue y redonda me hace cosquillas en el corazón. Una luna redonda y salpicada de manchas de viruelas, salpicada de manchas del hígado; hepática y falsa, como una tragedia.

Desde la tarima veo al hombre diciendo su discurso. Podría ser mi padre. Hace años decía discursos en favor de Trujillo. ¡Ah!, pero ahora recuerdo que nunca he tenido padre. Tal vez mi padre se encuentre en Nueva York y no sepa que Juan ha muerto, Juan le echaba en cara su trujillismo, su colaboración con la dictadura. Él decía –me parece recordar que sí he tenido padre–, él decía que Trujillo era un dios, un rey, un hombre magnánimo. Juan se fue a las montañas a pelear contra el gobierno posterior a Trujillo, contra uno de los gobiernos posteriores a Trujillo, Juan se fue a pelear porque estos gobiernos de muchos hombres o de un hombre solo, seguían haciendo lo mismo que habían hecho todos los dictadores de la tierra. Nunca he tenido padre, o tal vez papá se encuentra en Nueva York sin saber de la muerte de Juan.

La miel sube a mis párpados y veo dulces campos, y dulces ciudades pintadas de amarillo. Veo el tiempo montado en un caballo de melcocha y almidón. Veo la península de Samaná poblada de mosquitos y aviones a chorro. Se me sube a los dientes –blancos por el exceso de mi pasta dental– el sucio de mi infancia, cuando los mangos y cajuiles descansaban amarillos en sus árboles, y nosotros, tarzanes de alguna selva llena de sapos, trepábamos ante el ojo atónito del policía, ante el ojo atónito del guardián y luego apedreábamos el perro del vecino y los letreros galvanizados, que hacían tizin, tizin, zin, tizin. Sonaban como si fuesen platillos de alguna banda de jazz. Yo me imaginaba siempre que los letreros galvanizados de Coca-Cola

y Pepsi, eran pedazos de cristal llenos de colores, y que cada piedra dejaba en ellos un hueco que nuestros ojos no podían descubrir.

Mi buena amiga me esperaba siempre cerca de la avenida Mella. Se hacía la remolona comprando caramelos con figuritas dentro; yo sabía que me esperaba. El uniforme de su colegio era de cuadritos azules y blancos. Tenía pechera blanca y apenas en su cuerpo apuntaban los senos, muy pequeños, si se tenía en cuenta que ella era alta y morena. Sentía sus ojos sobre mis espaldas y cuando me volvía –con una rapidez pasmosa– ya había dejado de observarme. Tenía un control positivo sobre mí. Yo la seguía por calles y calles; a la clase de piano, a la escuela de pintura, al cine. No recuerdo si llegamos a besarnos, o tal vez nos besamos tanto que el último beso borró el recuerdo de todos los demás. Mi buena amiga no tenía nombre. ¿Se casó con otro? ¿Estudió alguna carrera trágica que la llevó al precipicio?... No sé, dejé de verla en 1955, en mayo o junio de 1955. Recuerdo con cierta lucidez que masticaba gomas de colores con sabor a fresa. Sus cejas eran gruesas al igual que sus labios. La frente ancha, bien ancha y la barbilla corta. Todo esto, así dicho por separado, no parece que en conjunto pueda formar un bello rostro. Ella tenía un rostro bello y por aquel entonces mis oraciones –entonces yo rezaba por las noches– pedían siempre que mi querida amiga engordara un poco, para que cuando fuera mi novia todos admiraran su maravilloso cuerpo. No la he visto y sí la he visto después de 1955. A veces me llegan ráfagas de su pasado amor. Una voz lejana que me recuerda su timbre, su metal de expresión; un perfume cansado que trae a mi mente aquella colonia preferida por ella, alguno que otro olor a sudor que evoca el olor de su piel jadeante en los meses de calor. Al recordar esto convengo en que fue mía, convengo en que nos besamos, nadie recuerda el olor cansino de una piel si no ha estado enamorado.

La que dice ser mi esposa no es ella. La que dice ser mi esposa sabe de ella, pero no es ella. Por las noches algún

pliego de la cortina me recuerda el chasquido de una blusa blanca. He estado preguntándome qué significa todo esto. Ahora comprendo que la recuerdo a ella en cada movimiento de la brisa... La tarde se moría de un crepúsculo en pleno lado izquierdo de su aparato respiratorio y nosotros caminábamos por las calles altas de la ciudad, cogidos de la mano. Tenía unos dedos finos y un anillo con mis iniciales. Un anillo que lo lancé hacia el vacío no sé qué día, ni a qué hora, ni por qué. Había música entre nosotros, canciones que nos atraían mutuamente, y cuando nos besábamos su lengua era como de terciopelo fino, como pelambre de mariposa y polen que se plegase a mis labios con presencia definitiva. Aquel vestido morado aún perfuma en mi recuerdo. Magnolias de Helena Rubinstein. Flor de Magnolia. Creo que así se llamaba aquel perfume. Ahora empiezo a recordar mucho mejor que antes. Le envié cierta mañana una carta pequeña: «quiero saber si deseas tener amores conmigo». ¡Qué claridad dentro de mí! Ella me espera ese mismo día en una esquina cercana a las calles centrales del barrio alto... Oh, querida amiga, llevas un vestido azul claro brillante y zapatillas negras. Un vestido de niña. Tus medias bancas y cortas aún flotan como una nube en mi cansada situación de hombre confuso... Vamos de manos por la acera... ¡Oh!, nunca has existido, ahora me doy cuenta de ello. Pero, ¿y el perfume?, ¿y estos recuerdos de dónde me llegan?... Sí, sí, vives aún. Desde 1955 acá has vivido a escondidas, sin que pueda verte, sin que pueda llamarte. Vives entre muros, como una ciudad asediada por los cartagineses. Eres la sacrificada hija de Aristodemo; eres la Antígona de una tragedia menor; vas –hija de un sacrificio sin escala ni comparaciones– al través de las ciudades. Juzgas la vida y la muerte, juzgas y vives, y hablas y vives. Sé que aún caminas por el firmamento cerrado de los astros caídos... ¡Qué claridad estupenda!, después de haberte visto tan cercana debería morir. Aquí están mis tijeras, con su remache, las mismas con que recortabas figurines y nostalgias... Me haces caer en la cursilería. Todas las mujeres me

hacen caer en ella. Soy un puente de ladrillos tendido sobre el océano. Comienzo a sentir las manos hirvientes del ladrillero, del pobre fabricante de ladrillos cuyo porvenir es cuadrado y rojo, duro y quebradizo como su propia producción...

Vestido así nadie reconocería mis devaneos. Un hombre puede vestirse de cualquier cosa con tal de ocultar su identidad verdadera. Un genio se esconde tras un monóculo imperial y unos bigotes dieciochescos. Un Einstein cualquiera solo necesita de la melena blanca y el bozo decadente, unidos a unos ojos de perro de cacería... Así es la vida; de nuevo comienza todo cada milésima de segundo. El mundo crece o pierde peso porque quiere; la soledad descontrola el espíritu aletargante del hombre y cada perro realengo, cada rata de basurero, cada gato pasmado, cada conejillo de indias, tiene un destino futuro incomprensible. Solo el devaneador, el hombre, camina a ras del porvenir: topo maldito que no encuentra la luz, topo maldito que piensa y piensa y solo de vez en cuando vislumbra una ráfaga de claridad.

Alguien dijo una vez que «por los hondos caminos del subsuelo adornado de fósiles» vinieron los dioses blancos de Noruega a reclamar una gota de sangre que se había hecho ya mulata por vía del mestizaje y la tragedia.

Estoy cansado, mis ojos han visto más acá de las cosas, que en la alfombra que adorna mi habitación se agita un ejército de colores que lucha tenazmente por ser libre.

CAPÍTULO XIII

Las gaviotas son animales avaros que aumentan con sus ojos de vidrio el tamaño de la presa para sentirse el estómago más lleno. Suena el timbre del teléfono y oigo voces abajo. Voces que se deslizan por el cable y van a parar al mar, como los excrementos y las aguas de la lluvia.

Santo Domingo es una ciudad podrida. Caminan por ella cadáveres y esqueletos que nunca han protestado, que jamás han sentido el deber de protestar. Suben a las ruinas, bajan al fondo del río, se introducen en los restaurantes lujosos, donde los ricos y la oligarquía comen filetes de cuatro dólares y piensan en la humanidad en términos justamente literarios. Todo aquel que piensa en la humanidad en términos justamente literarios es un maldito. Todo el que piense –como Juan– que la humanidad debe ser transformada, es un insolente. Las gaviotas rondan mis ojos y el mar Caribe –Colón lo conocía bien y conocía sus tiburones destrozadores– navega en mis sentidos y mete sus olas en mi pensamiento dejándolo sucio de espumas y grasas lejanas; esas grasas que vienen sobre las olas –como el vals de Juventino– y se quedan adheridas a las rocas, y se meten debajo de la arena, donde el pie campesino hace huellas y se ennegrece. Una gaviota sucia de grasa: bonita definición para la vida en este país isleño, chico y violento, explotado y maltratado –así lo decía Juan–, y sin muchos que quieran hacer

nada por él. Juan quería ser el más libre de los hombres. Y la que dice ser mi esposa sigue siendo terriblemente oculta para mí. Aún cierro los ojos. Aún la materia del viento imprime periódicos en el aire. Aún las semillas de la muerte se meten en las iglesias con el fin de elaborar más santos y procesiones. Estamos cansados de la radio y de los locutores. La luna brilla porque el sol está detrás de todo. En algún pueblo de México se levanta hoy otro Juan, en algún pueblo de Bolivia, en algún pueblo de Ecuador, en algún poblado de Paraguay. Se caen las hojas y no es el otoño. Por el respiro de las estrellas sé que su brillo está parpadeando desde hace siglos luz de riqueza y podredumbre. Por encima de las líneas del cuadrado perfecto vive el triángulo imperfecto. Salen hoy a las calles cucarachas y avispas. El día es claro, pero no mi mente. El día está lleno de luz. El día tiene los oídos silenciosos, nadie habla dentro de él, por temor quizá a estallararlo con una voz muy dura. Mi tío Enrique tenía gran interés por la cacería y durante la infancia me trajo una gaviota. Yo la encerré en una jaula (siempre el maldito «yo») pero la gaviota, que solo comía peces, calamares y espumas, murió de una indigestión y de calor. Desde entonces odio a las gaviotas y no he vuelto a saber de mi tío Enrique. También una vez me trajo dos tórtolas, durante meses vivieron esas aves en la misma jaula de la gaviota; como la gaviota murió primero las tórtolas se hicieron dueñas del recinto. Yo supuse que las tórtolas –más en cantidad y en calidad, como los refrescos americanos– envenenaron a la gaviota y heredaron así la jaula completa. Desde luego, son suposiciones y nada podría probar ante un tribunal serio. Una gaviota no tiene la inteligencia de una tórtola, eso lo sabemos todos, no hay que ser muy culto para comprenderlo.

—Hay que terminarlo.

—Desde ese puntito hacia abajo.

—Los automóviles del año 54 no son tan buenos como los del 53. Yo soy chófer y tengo que opinar sobre esto. Nadie. Nadie puede discu...

—María, trae la cremera, son las doce y todavía no has terminado de cocinar...

—¡Es terrible! ¡Le han dejado el rostro destrozado y los dientes fuera! ¡Jamás tuve una impresión tan demoledora!...

Vienen las conversaciones. Se entrecruza la conversación que una vez escuché en la calle, con las escuchadas en mi casa. Jamás he sabido de dónde salen estos recuerdos, sin embargo vienen y no puedo reprimir el dolor que me penetra cuando recuerdo la expresión de alguien que dijo:

—¡Es terrible! ¡Le han dejado el rostro destrozado...!

Las gaviotas tienen los ojos cansados y arrugados. Desteñidos a veces y casi siempre grises. Por los caminos del recuerdo una gaviota penetra en mi habitación. Y el pescador Ciprián vuelve a tender sus redes, y el perro aún ladra en el brocal del océano, y cansinamente, llama al que fue su dueño. Y estas escasas islas del Caribe, se asoman al brocal de un pozo mayor. Y llaman al que quiere ser su dueño, con estrellas y bazucas, para decirle que los Estados Unidos están atados a la violencia porque ignoran cómo llenar el estómago de los pueblos a los cuales explotan... Juan decía siempre esto.

—Explotación y miseria. Les vendemos cacao y nos venden bombones, les vendemos azúcar y nos venden confite...

Bajan por los recintos de la aduana y del puerto hombres con trajes amarillos. Los que murieron en los campos de sisal; los que no han podido cobrar un sueldo que hace veinte meses les deben: los eternamente enemigos del gobierno, porque el gobierno refleja la tragedia. Juan va encabezando aquella multitud silenciosa. Protestan en silencio. Hacen gestos terribles y mueven los brazos, como en una danza interminable. Se aglutinan frente a las oficinas de la aduana. Sale un señor calvo para decirles lo que les ha dicho durante años: hoy no podemos atenderles. Relucen las pancartas. Los gestos de protesta son cada vez más extravagantes. De improviso una piedra surca el espacio y rompe la cabeza del señor de la aduana. La sangre se precipita rostro abajo. Aparece la policía y la lucha, silenciosa,

como en el cine mudo, sigue y se convierte en carnicería. Se ve el humo salir de los revólveres; Juan ha logrado escapar del lugar saltando las verjas no sin antes oír las balas silbar sobre su cabeza. ¡Agitador!, le gritan. Regresa a casa y me cuenta lo sucedido. Me avergüenza con sus reclamaciones; me dice que soy un cobarde, que se prepara una revuelta y que debo acompañarlo... Meses después lo traen muerto... Traicionado por el viento de la cordillera.

Las gaviotas son altas como las palmeras, y bajas, como las tumbas. Se detienen y caen vencidas por la grasa. Todo aquel que piensa en cómo vivir sin trabajar es un maldito. Desde el propio vientre de la madre hay trabajo en perspectiva. Tu empleo en la sociedad está tomando cuerpo desde que naces. Es como un hueco en el que tendrás que encajar algún día... Así decía Juan, y no creía en el destinismo ni en la religión.

El pasado está lleno de conversaciones. Es un caracol repleto de rumores:

—Tiene la fiebre alta.

—Ha comido excesivamente de esas frutas.

—41 grados de fiebre es algo terrible.

¡Terrible! ¡Terrible! Siempre esa maldita palabra en mi vida. Yo estaba casi inconsciente, pero escuchaba la conversación del médico con mi padre. Me había comido 23 manzanas de oro, y todos convenían en que aquella infección intestinal me llevaría a la muerte. Sentí sábanas empapadas a mi alrededor. Me envolvían en ellas para que la muerte bajara de temperatura. Venían mis amiguitos. Oía sus voces, preguntaban por mí y bajaban nuevamente las escaleras de la casa. Las oía perderse dentro de mi jadear. A veces alguien —una chiquilla de las cercanías— traía flores. Yo la identificaba por un olor peculiar a romero y albahacas. Las depositaba en una pequeña jarra y daba los buenos días. Ella me visitaba desde la infancia. No creo que sea la que dice ser mi esposa, pero sí es la misma que compraba caramelos con figuritas dentro y que una vez —o varias veces— besé. Tiene que ser la misma. Todo aquello que

guarda bondad adentro tiene un mismo origen. Yo sudaba (el «yo» de nuevo) y sudaba copiosamente. Una lluvia, un río, una catarata de sudor. Por fin, un buen día, la fiebre cedió. Pero la chica dejó de visitarme. Durante mucho tiempo añoré el olor a romero y albahacas. Un día, en las calles de Santo Domingo, sentí aquel perfume y lo olfateé. Seguí su pista con la nariz, iba como tirado por una cuerda perfumada. Cuando llegué al lugar de donde procedía el perfume, la encontré a ella. Estaba cambiada. Habían pasado los años y el perfume quedaba vivo entre nosotros. La vi. No quise acercarme. Ella tenía 14 años y yo 17. Subimos por las escaleras hacia las habitaciones de un hotel pequeño. Decidí arrepentirme a tiempo, pero yo sé que esa noche –la luna era grandísima y brillante y el pino murmuraba canciones extrañas– ella pensó en mí largamente y las sábanas duras de su lecho acariciaron sus muslos para hacerla sufrir.

¡Qué confusión! Se mezclan mis recuerdos y mis penas...

Es indescriptible el vuelo de una gaviota. Hay que mirar la plasticidad con que se desliza sobre el viento. Hay que contemplar la plasticidad con que gira sobre sí misma. Todo gira. La extrañeza del hombre ante las cosas es un eterno girar. La nube gira, la tormenta, el helado de coco, la voz de los niños que molestan con la inocencia de su canto y que pasan día a día bajo mi ventana. Aún sigue la conversación telefónica. Alguien ha llamado para preguntar por mí. Debe ser ella, la que añoro, la que recuerdo desde hace tiempo: no la que dice ser mi esposa... Las voces van por los hilos del teléfono a perderse en alguna otra voz de conversaciones cruzadas. Las compañías de teléfono no sirven para nada como no sirven las de electricidad. Hay que confiscarlas y hacerlas nuestras, para que las voces no se crucen y para que una descarga eléctrica no mate la esperanza de los pueblos... Todo gira. Me voy muriendo lentamente y solo espero que la muerte esté más cercana aún, para acelerar su paso con estas tijeras... Tienen un remache en medio y su filo es hermoso... Yo una vez leía poemas (otra

vez el «yo»); recuerdo uno que decía: «y miro con cariño las navajas»... ¡Cuánta sensibilidad!, las navajas tienen vida propia, son como sacerdotes encerrados en celdas irregulares. Un sacerdote es un hombre que no puede ejercer su función de engendrador; una navaja es un ser que no puede desarrollar su función de maestra y madre de todo sacrificio primitivo... Hay regiones donde no llega el maestro de escuela –aunque tenga un cáncer en forma de corbata–, ni llega el pescador, ni llega Farina, ni el perro que ladra en el brocal del océano. Regiones del sueño o del sonido. Un idiota grita ahora frente a mi ventana. Lo llevan en silla de ruedas y está loco. Grita: ¡hey!, quién sabe lo que quiere decir. Su grito está lleno de sentido. Sin embargo hay confusión en mí. Los peces que he visto amontonados junto a las redes, en las costas dominicanas, comienzan a colear, a moverse lentamente, a nadar dentro de mi cabeza llenándola de reflejos plateados. Cierro los ojos y los reflejos de mi pensamiento nadador me ciegan. ¡Heyyyyy!, otra vez el grito. No es tan idiota, puesto que puede gritar dos veces... Es la una de la tarde. Un calor sofocante rebota sobre los techos de la ciudad. En los barrios elegantes el calor se queda en la puerta de los aires acondicionados; un aparato de aire acondicionado es el mejor perro guardián contra el calor; yo he visto el calor sentarse en las escalinatas de cualquier casa de rico, a sufrir –con la mano derecha bajo el mentón y el codo apoyado sobre la rodilla– su fracaso de cartero sin misiva. Las casas de los ricos... Sin embargo alguien piensa que todo habrá de pasar «por tal manera». Alguien piensa, alguien dice, alguien comprende, alguien masculla una lejana canción de sol y cocoteros, una canción que se agranda día por día, narrada por el aire y llevada por el viento de isla en isla, una canción descalza, con los pies destrozados, pero repletos de esperanzas... Una canción de sol y cocoteros, donde las gaviotas se mueren en sus nidos para cubrir la cría que habrá de nacer y que emprenderá rutas nuevas, contrarias a la tradición de su vuelo tardío y destronado.

CAPÍTULO XIV

Orino tras los postes de la luz como un perro cualquiera, y me asombro constantemente de la vida. Ustedes preguntarán por qué me asombro. Es increíble que no lo comprendan; aún puedo abrir los ojos cada mañana, aún respiro, aún la ventana tiene los mismos cortinajes y la que dice ser mi esposa sube a veces; aún estoy enfermo de la mente y del corazón; aún salen por mi ventana cantidades enormes de polvo estelar, polvo de la tierra que se eleva hacia otros sistemas planetarios.

Orino tras los postes de la luz y el líquido elemento baja por las alcantarillas, tal y como lo hicieron mis monstruos derretidos de hace tempo. Dirán todos que me manejo dentro de un gran círculo vicioso. Dentro de un gran rueda sin toros dentro. Yo soy el toro de mí mismo. Me embisto y me corneo. Aún puedo respirar y es lo grandioso. El mundo en torno y todo igual. El mundo cambiando y todo igual. Algo debe cambiar –dijo alguien– para que todo continúe como está. (¿Lampedusa?). Una música cercana. –Pérez Prado o Pergolesi, no sé– rompe mi cuarto en pedazos sonoros. No es *Nexus*, ¡uf!, ¡si fuera *Nexus*, cómo gozaría!... Todo igual. Absurdo, absurdo todo. Camino por mis pocos metros de habitación y me respiro como si yo fuera el aire. Me asombro de la vida; todavía puedo

orinar a secas u orinar en seco; una fábrica de orines instantáneos, buena idea; los enfermos del riñón derecho vendrían a comprar su ración para probarle al médico que están sanos... Conozco la humanidad, le gusta engañarse a sí misma...

Orino. Es de noche. Hace tiempo que es de noche. Soy un orinador nocturno. Quiero cambiar de hotel. He bajado borracho. Me voy a una pensión, a una pensión todavía sin inaugurar. Casi me vuelvo loco. No sé cuándo, ni en dónde, pero sí sé que era una casa residencial, una pensión. Visito al señor, al dueño de la pensión. Es bajo, rostro alargado y vientre satisfecho. Tiene una mirada hipócrita que distribuye a todos gratuitamente. Se sonríe por deber y no por sentimiento. Me mira y me halaga: «usted verá como todo sale bien, como todo funciona a las mil maravillas. Venga usted mañana, traiga sus maletas, todo estará listo». Miro hacia la distancia nebulosa y veo las montañas cubiertas de humo y a veces de nieve. Estoy en un país donde solo puede llevarnos la locura. Al día siguiente regreso con mis maletas. El señor tiene un hijo, dos, tres; inauguraré su residencia con nosotros. Ahora comprendo, éramos más; no estaba solo. Subimos. Una escalera quebrada y nueva, con piso encerado, y pasamanos de metal. Subimos. Cada uno lleva sus pertenencias. Pienso en Juan, en que Juan debería acompañarnos. No sé si entonces estaba muerto. Subimos. El señor de la casa y sus hijos, que van a inaugurar su pensión con nosotros, nos reciben con asombro y simpatía.

—Les dijimos que hoy estarían listos los cuartos, que estarían encerados los pisos y las camas arregladas. Como ustedes son cuatro podrían acomodarse provisoriamente, mañana todo quedará arreglado, mañana, mañana.

Ayer nos había dicho que mañana y hoy nos decía que mañana, y mañana nos diría que mañana. Son los hijos del mañana, los que tienen que vivir en el porvenir porque el presente siempre les resulta adverso. Nos quedamos paralizados por el asombro. Pensé en un viejo revólver, en una ametralladora,

en un puñal filoso. Pero eran apenas las 8 del día. Habría que darles una oportunidad, habría que perdonarles un poco sus errores. Mientras tanto los hijos –dos varones con el mismo gesto apesados– sonreían: cara cuadriculada y calculada, como un papel milimétrico usado.

—Regresaremos por el mediodía, a comer –dijimos.

Salimos desesperados de la risa. No podíamos contener la angustia que se nos traducía en risotada constante. Caminamos la ciudad, y regresamos a mediodía. Allí estaban el padre, los tres hermanos y unos hombres que cargaban colchones hacia los pisos superiores. Seguramente que el cuarto no estaba arreglado. Subimos por la escalera. El hospedero vino con su sonrisa, con su terca sonrisa.

—Señores, todo está casi listo. Pondremos el agua caliente mañana, y las bombillas también mañana. Acaban de encerar los pisos, ustedes lo pueden comprobar. El cuarto de la derecha tiene sus camas gemelas, pero el de la izquierda tiene una cama matrimonial donde dormirán dos de ustedes, dijo mirándome.

Mañana, mañana, siempre mañana. Me negué rotundamente a la idea de la cama matrimonial. El pensionista tragó en seco. Había perdido su coartada. Comimos. Íbamos en busca del comedor y nos dijeron que mañana habría comedor, que mientras tanto la cocina era el sitio ideal. Cruzamos un pasillo enternecedor, sin un solo cuadro, recién pintado, oloroso a cloro y a resina, y llegamos por fin a la cocinita de la pensión. Nos sirvieron leche, papas hervidas rellenas con sardina, té, sopa, pan –repetidas veces pedido por uno de nosotros– y un pedazo de carne ajeno a toda abundancia. Comimos. Nos dijeron que mañana la comida estaría mejor, que mañana comprarían pan para el desayuno y salsa de tomate para los que gustaban de comerla en los platos de mediodía; mañana también comprarían no sé qué cosa. Siempre mañana. Yo pienso que orinarse en los postes de luz no es una pérdida de razón; algún

combustible habrá que ayude a las luciérnagas del poste; hasta el momento nadie ha dicho que esto tenga importancia o que no pueda hacerse, y el propio señor de la pensión –no sé si porque no lo sospechaba– nunca quiso imaginarse las costumbres ajenas, aunque se equivocó con aquello de la cama matrimonial.

Salimos a mediodía. Juan iba con nosotros esta vez. Aún la guerra no le había quebrado el corazón y los labios, aún la guerra no había abierto su mandíbula feroz para tragárselo. Dijimos que regresaríamos en la noche, a la hora de la cena y que, de seguro, todo estaría listo para aquella hora. Recorrimos la ciudad; durante horas caminamos por ella tomando ron y enamorando chicas. Regresamos a las 8 de la noche. Allí estaba el hospedero nuevamente. Sus hijos detrás de él, como una pantalla, como un fondo de esfumino.

—Casi estamos arreglados. Las pequeñas cosas que faltan podrán ser resueltas mañana.

Unos hombres entraban en la habitación que nos pertenecía a Juan, a mi compañero y a mí, trayendo camas pequeñas. Oíamos el ruido que producían cuando las armaban. Una de ellas, azul, solo tenía tres patas. Luego subieron con los colchones. Parecía que dormiríamos, hoy, no mañana. La cama coja fue calzada con un *Don Quijote de la Mancha* y dos tomos de una *Enciclopedia Británica* medio roída. Tenía el soporte cultural más sólido que pueda haberse visto en mueble de este tipo. Pasamos al comedor –mejor dicho a la cocina, el comedor sería mañana– y nos dijeron que a las diez de la noche –con excepción de lo que se arreglaría mañana– todo quedaría más o menos listo. Cenamos. Leche, aguacate con sal, ensalada de repollo, té, una sopa clara y repugnante. Dijimos que volveríamos después de las diez de la noche, y que esperábamos que todo estuviera verdaderamente listo para después de aquella hora. El hombre de la sonrisa cuadrículada y de los hijos en esfumino sonrió de nuevo. Todo estaría listo. Todo quedaría «como

Dios manda». Fuimos hacia las calles, a recorrer la ciudad, a beber unos tragos de ron. Luego entramos al cine. Vimos dos películas por unos cuantos centavos y regresamos a nuestro nuevo hogar, al hogar del mañana.

Subimos la escalinata encerada y quebrada, la escalinata resbaladiza y dura. La formal entrega de llaves se haría a cada uno de los presentes con todo el rigor que la ocasión ameritaba. Mañana pondrían las cortinas. Eso dijo uno de los hijos. Nos dieron las llaves y nuestros compañeros abrieron su habitación. Caminamos hacia la nuestra. Introduje la llave en la cerradura y esta se negó a girar. Hice varios esfuerzos casi incontrolados y la cerradura se negaba. Parecía cumplir órdenes de aquellos que consideraban el mañana como única solución de todo. Por el mañana murió Juan, por el mañana he recorrido yo los cursos de todos los postes de luz buscando una flor o un perro acribillado a balazos. Hice girar la llave. La cerradura volvió a negarse; llamé entonces a uno de los hijos y al tiempo crucé hacia la habitación de los compañeros para hacerles saber mi desgracia. Uno de los hijos –mientras mis compañeros venían a ver la operación– introdujo la llave en la cerradura e hizo los mismos forcejeos que yo. (No había mujeres en el grupo, aunque yo pensaba –siempre el yo– en mi amiga, la de los caramelos y las figuritas, la del beso y el olor de romero y albahaca). Seguía forcejeando y comenzó, como por instinto de todos, una risa nerviosa que infecté a los hijos del hospedero. Todos reían, menos yo. Todos estaban demostrando una alegría nerviosa, menos Juan, que oculto, lejano, amigo de los amigos y enemigo de sus enemigos, observaba la operación llave. Luego de largos minutos, el hijo del hospedero declaró solemnemente que aquella no era la llave de la habitación, y ordenó que se trajesen las demás llaves de la casa, para probarlas una por una en aquella cerradura virgen. Un atropello así encanece a cualquiera, un atropello con la pobre cerradura. Trajeron una bandeja de llaves y se hizo un silencio

poderoso, un silencio con armadura y espuelas. El menor de los hijos introdujo las llaves y las hizo girar más o menos así:

Una: ¡Crash!

Dos: ¡Tris!

Tres: ¡Crash!

Cuatro: ¡Tris!

Cinco: ¡Biin!

Seis: ¡Crash!

¡Crash, Riin, Tris, Crash, Trin, Grin, Rinnn...! Y así hasta el infinito. Volvieron a repetir los sonidos. Volvieron a usar la primera llave y a examinarla. Sonó el reloj marcando las dos de la mañana.

A uno de los hijos del dueño de la pensión no se le ocurrió que ya era mañana, que las dos significaban la muerte del ayer. Estaba muy embebido en probar llaves; por fin se cansó. Todos mirábamos, desesperados y aburridos, aquella operación ineluctable y fría.

Veinte: ¡Prurrrr!

Cuarenta y ocho: ¡Tilín, tilín!

Mil: (No hubo sonido, casi estábamos dormidos de pies junto a la pared).

—¡La llave maestra! —gritó uno de los hijos del hospedero.

—¡Sí, la maestra, la llave maestra! —gritó el hospedero acompañado de sus otros dos hijos.

Quisimos saber lo de la llave maestra. El misterio de la llave maestra. Nos dijeron que aquel edificio no era de ellos. Que lo habían arrendado para arrendarlo a su vez por habitaciones. Que la dueña del edificio tenía una llave maestra que habría todas las puertas y que aunque eran las 3 de la mañana y ella vivía a veinte minutos de allí —si no había perros por el camino, puesto que un hijo del hospedero fue atacado por un perro cuando compraba el pan para la cena aquella misma noche— y que por lo tanto podrían ir en busca de la llave si para nosotros esperar no resultaba molesto.

Salieron los hijos del hospedero y nosotros empezamos a fumar inmisericordemente. El hospedero quiso ofrecernos cigarrillos pero no los aceptamos. Noté que su cara estaba sobrecojada y que sospechaba cuál sería nuestra decisión. Juan no decía nada. Como estaba muerto no podía hablar, ni fingir, ni comer, ni cantar. Esto sucedió cuando Juan era un muerto en potencia.

Regresaron por fin los hijos del hospedero. Exactamente cuarenta minutos tardaron en ir y volver. De modo que serían las cuatro menos veinte de la mañana. Nos alegramos. Yo había aprovechado para orinar tres o cuatro veces. Cuando llegaron nos fuimos tras ellos, con una gran curiosidad y examinamos todos la llave maestra. Pensamos que aquella sería la solución. De vez en cuando yo agradecía a los camaradas vecinos su decisión de acompañarme en trance tan delicado. Ellos no tenían por qué perder su sueño. Pero había solidaridad en el grupo, «aunque luego se perdiera».

Hicimos un cerco junto a la puerta, un redondel humano, y el hijo del hospedero como un matador de primera categoría, entró al ruedo llave en mano, mientras nosotros permanecíamos en una expectativa que nos hacía fumar y comernos las uñas.

Sonó el clarín y la llave entró lentamente en la cerradura. Giró. El muchacho hizo un gesto de disgusto y yo mordí mi cigarrillo. Habíamos fracasado nuevamente. Probamos la llave maestra en las demás puertas y todas abrían, menos la de la habitación 202. El hospedero comenzó a sudar y la hija del hospedero quiso ofrecernos té caliente pero no se atrevió. Eso lo adiviné en sus ojos pequeños y miedosos. Había una atmósfera de terror. Regresé al cuarto sanitario (W. C.) y oriné de nuevo. Tenía que hacerlo.

De repente oigo el chasquido de vidrios que se desprenden. La puerta de la 202 se abrió sin llaves. El menor de los hijos del hospedero había declarado la guerra al tedio rompiendo una de las ventanas de la habitación y colándose por ella. Respiramos. No deshicimos las maletas y dormimos con el traje

puesto. El viento frío de la noche penetraba por el vidrio roto. Juan me miró desde la lejanía. Comprendí que aquello era imposible, no podría vivir en el mañana constante. Desperté temprano y dejé el importe de un día sin sueño en manos del hospedero. Cuando me iba preguntó a uno de mis compañeros que si no nos agradaba el lugar. Caminamos en silencio por las calles polvorientas y comprendimos que el mañana tiene los ojos grises... y

CAPÍTULO XV

Guardo un recorte de periódico que dice así: «el secretario de Interior habló de la exterminación total de los comunistas». Otro afirma que los deportados «saldrán mañana del país con todas las garantías».

La primera de estas afirmaciones casi se hizo realidad. Hubo sombras y disparos en la mañana. Eran «los comunistas» los que se rebelaron contra el golpe de Estado que hacía añicos al gobierno del pueblo. «El gobierno del pueblo», del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Así decían una vez los americanos. Por las calles, ennegrecidas de luto, bajan las flores de una infancia llena de canciones negras, también: «ambos a dos, matarile, ríle, ríle, ambos a dos, matarile, ríle, ron»: ¿Qué quiero yo? Locura. Sensación de muerte en todos los balcones de la ciudad. Juan se asomaba al balcón todas las mañanas y revisaba sus documentos. Revisaba su mundo de planes y palabras obscenas. Revisaba su mundo de cartón piedra, un mundo recortado por enormes tijeras como las que yo guardo para mi suicidio, si es que no aparece el amor que busco sobre la tierra. Presiento que hay un cuajo de sangre en cada fruta de esta isla y que los dominicanos mordemos constantemente estas frutas sin conocer a fondo su contenido.

«Exterminación total». Morimos todos –diría Juan–, morimos todos y solo unos cuantos se acordarán luego de nosotros. La sombra era bien relevante y los fusiles tenían cartuchos recargados de odio. Por los caminos de la cordillera, la serpiente y el sapo se dieron la mano en un saludo que reclamaba sangre y nada más. Así diría Juan.

Los documentos estaban en el fondo de un viejo baúl. Planos, nombres, direcciones, fotos.

—¡Nunca debiste registrar aquí! –gritaba desaforadamente. Tenía miedo de que supiera lo que planeaba. Luego quiso que fuera con él. Era un modo de que su secreto quedara entre nosotros. Fui un cobarde, lo sé, cuando lo trajeron con los dientes fuera pude ver estas palabras en sus labios destrozados:

—¡Hubieras podido venir con nosotros, el secreto aún subsiste, y así, muerto, no podré evitar que lo divulgues.

Hasta después de muerto hablaba. Hasta después de muerto reía. Hasta después de muerto hablaba de secretos.

Ahora vive en una colmena, allí donde un profesor de álgebra sirve de guía a los que todavía tienen el valor de permanecer vivos frente a la terrible cizaña del pesar.

Cuántos días han transcurrido desde que Farina se lanzó al mar y desde que el perro llamado Damián gritaba junto al brocal del océano, y desde que...

Rayos de luz y rayos de sombra «en el balcón de la alegría». (Blas de Otero). Ramos de sombra por los pies y ramos de sombra en el balcón de la agonía. (Perfecto. Ahora perfecto, Blas de Otero). Ramos de sombra. Yo quería ser intelectual. Y pienso en tantas cosas que ahora no puedo ser nada. Ahora solo quiero morir a plazos, y que un sastre de mierda me traiga, mes por mes, los pagarés de mi muerte. Me cortaré las costuras del sueño con un par de tijeras oxidadas. ¡Zas! Vendrá la muerte y no podré vengarme de los locutores.

Quiero resumir. Hacer el resumen de todo esto. Hago el esfuerzo. Juro que hago el esfuerzo y no puedo. Terminaré en poco tiempo. Al fin y al cabo, un resumen se hace en cinco minutos o en diez años. Terminaré cuando nadie espere el término del universo. Por los visillos de la ventana entran mariposas taradas, luciérnagas sin sexo, policías amenazadores con nombres clásicos y románticos. Necesito un lápiz de colorear. Necesito algo. Me sofoco. El calor aplasta mis sentidos y no quiero vivir por más tiempo...

sangran las estrellas.

un universo se desploma, uno, dos, tres, cinco mil.

Hoy todos los ruidos parecen delitos. Sucede que no es un día cualquiera. Es un día español y nada más. Oigo el estruendo de los motores de seis cilindros y veo el humo de los automóviles elevarse por detrás de las avenidas cubiertas de cadáveres verde olivo.

Estoy tan cansado que no acierto a vivir con perfección. Veo dentro de mi cerebro, y fuera de él, ballenas cargadas de aceites: muerte, sangre, desperdicios... Cuando Farina se lanzó al mar... Vuelvo a caer siempre en el mismo lugar. Giro, doy vueltas y regreso, como un *boomerang*, al lugar que no me corresponde. Los bomberos se tornaron iracundos, no sabían cómo evitar que los tiburones se tragaran a Farina. Me doy por vencido. No puedo cerrar el capítulo de Farina, no puedo. Cuando pasaron los nueve meses, y los nueve meses fueron diez, y doce y trece, Farina se imaginó que la cuenta no iba bien. La cuenta. Durante días he contado el regreso de Juan, sé que no viene, sé que me visita por las noches y que sin embargo no viene... Y los tiburones tienen el pecho gris, a veces blanco, otras color rosa, con musgos lilas flotantes debajo del ombligo. Lucen aquello como corbatas o medallas... Colón. La vida debajo del mar. Aquel perro infeliz. Todo me busca el corazón y se lo come lentamente. Me siento débil. Estoy agotado, miro con cariño las navajas (). Alguien dijo eso cuando yo era poeta. Dejo el hueco por si alguno recuerda el apellido... Para

un salto mortal serenamente. (El mismo). Y ahora recuerdo el abejón azul; aquel que tenía catedrales adentro, aquel que yo aplasté y que poseía costura de universo... Las gaviotas, también regresan las gaviotas, giran sobre mí; son animales avaros y solo amo las palmeras, las plumas de mi almohada. Desde la tumba salen humores acuosos, eructos universales, el jefe de los difuntos ha cenado opíparamente, majestuosamente, vaticanamente. El cura que abandona los cuerpos de los caídos y se niega a darles la bendición se serena en estos momentos. Ya tiene su rótulo de anticomunista junto a la sotana inarrugable y limpia. Otro cura acecha detrás de él, uno que conoce el vuelo de las gaviotas, que no es extranjero, que conoce a los hijos de esta tierra y que no llora cuando las balas silban cerca de él. El fresco es de granadillo. Las semillas del granadillo tienen un forro suave que las transparenta. Los haitianos quieren cruzar la frontera y sin embargo hay muchos haitianos buenos, que aman a su patria y a la nuestra. En las aguas hay peces envenenados con DDT, pero son los ricos los que poseen grandes barcos para pescar y vender esos peces a un precio terrible. El amigo de mi padre sentía el maullido de Damián y comprendía que hay dolor e infortunio en las entrañas de todo animal. Pero, ¿es que alguna vez he tenido padre?... Puede que esté en Nueva York o leyendo sus discursos fantásticos en beneficio de Trujillo, insigne adalid de San Cristóbal, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, además de Generalísimo y Doctor. Primer traidor, puesto que era el primero en todo, según decía mi padre. Los muertos son un gran gerundio: ideas fijas. Vienen y no puedo evitarlo. No puedo evitar la publicidad que producen. Además, cuando salgo, mi madre me pregunta que a dónde voy. Hay policías, niñas estropeadas, y amigos de mi padre que se suicidan, y mujeres destrozadas por los tiburones. Soy el resumen de toda insensatez. Eso, un resumen. Entonces el cielorraso es como un telón de cine en el que se proyectan viejas películas. Hombres, multitudes... De mi habitación sale la ira convertida en nube bienhechora. Un reloj podría no dar

la hora y no por eso dejar de ser reloj. Es la opinión de una vieja profesora a la que perdimos el respeto luego de haberla visto haciendo el amor con uno de nuestros compañeros. Hace años, muchos años de todo esto.

Ahora escucho música. Mi hermano Juan, que murió peleando contra las huestes del gobierno, jamás supo que existía una música igual. Es *Nexus*, lo escucho. Ratones de hule hacen crujir sus dientes. Su música es ordenada, insomne, filosa, bubónica, pestilente. Ratones quebrados, que hacen fuerza en las alcantarillas. Mi hermano Juan no podría comprender un sistema armónico tan lleno de fuerza. Pero no debo decir esto. Mi hermano era capaz de comprenderlo todo. Sincronismos para grabadora, violín y viola. No duermo. Los monstruos que acechan dentro de mí salieron un día hacia las habitaciones de la casa. Luego decidieron marchar hacia el mundo exterior. Se convirtieron en figuras de barro y bajaron las escalinatas –creo que he dicho esto antes–, bajaron las escalinatas. Eran de barro. Las lluvias los deshicieron y Juan no vino a socorrerme. Juan se quedó escondido en su tumba lejana. Algunos llevaban fusiles. Unos fusiles largos, como tallos de bambú. Otros portaban ametralladoras, cortas como frascos de ron. Juan no hubiera permitido que mis monstruos masacraran a un pueblo indefenso; Juan los hubiese detenido a sangre y fuego. Yo no podía. ¡Les juro que eran mis hijos!

...Mis hijos, mis hijos. Un monstruo no muere con la facilidad de un hombre. No sé cómo se las arreglaron para regresar. Hay una mezcla interesante para encolar los muebles y que da buenos resultados: se prepara con cemento blanco, pasta de afeitar y cola... Roen las puertas, los ratones vuelven a sonar. Tal vez sueñan con monstruos de bronce que tienen sonido metálico de campanitas. Vuelve el viento. ¿Qué castigo podríamos imponerle al viento? ¿Moriré sin ver el viento fusilado, patas arriba y con los dientes fuera?... Quisiera no respirar, todo el viento es aire y viceversa, por eso, cuando respiro creo que entra en mis pulmones la traición. El viento de Hiroshima,

inventado por los americanos mediante un bombazo cruel, no tardará en dar la vuelta al universo. Estamos perdidos. Cansados. Debemos distinguir siempre el color verdadero, del color de la desarmonía. Nada es más desarmónico que un bombero. Nada es más antimusical que un bombero. La banda de música del muy noble y muy leal cuerpo de bomberos civiles. Mamá se molestaba cuando Juan le decía que había que salvar el honor del país. Los golpes militares convierten en loco a cualquiera, sí. Yo quería ser bombero, pero quise ser abogado. Entonces trajeron a Juan con el pecho agujereado. Y caí, me dolieron sus dientes. Muerto a balazos, muerto a palos, muerto a desidia, muerto a muerte. Ningún hombre pudo saludarlo. Los bomberos musicalizaban las procesiones. Iban delante de la imagen. Desde los balcones los fieles miraban el desfile pero tampoco oían los gritos de las imágenes. Las imágenes tienen una voz anémica. El tambor irritaba a San Juan. Juan iba detrás de mí, pero nunca noté nada. Después lo trajeron –a Juan– destrozado. Era como decir menos muerte, menos la locura, menos el silencio. Mi profesor no hubiera podido venir a la procesión. Mi profesor, con su cáncer tipo corbata o su corbata tipo cáncer, me visitaba y me visita. Menos cero. A más 2 más Filosofía. Cementerio arriba, cementerio abajo, cementerio arriba, cementerio abajo. Me canso del recorrido. Los cipreses oscurecidos, la cantilena del cura, los entierros, menos cero, menos todo. Tenía algún familiar y él lo sabía. ¿Por qué habría de negarlo? Tenía un hermano allí, dudaba de si podía llegar a ser un Julio César. Dejó su sangre en la montaña y esa sangre será tierra y luego fruto y luego universo. Puede llegar a ser. Nada menos cero no es igual a menos cero por nada. Esta era la lección. La entiendo. La voz del billetero –porque habíamos regresado– se metía por las rendijas de la habitación los caramelos tienen animales adentro. Recuerdo que el profesor vuelve muy raras veces. Los animales que vienen dentro de los caramelos tienen nombres y descripciones: «Águila americana, llamada calva debido a que las plumas que

cubren su cabeza le dan de lejos este aspecto... La majestuosa figura del águila fue símbolo del poder y de la fuerza (¿bruta?). Está en los escudos de los Habsburgo, en el de Roma, en el de México y los Estados Unidos de América». Entonces un ruido de helicópteros me hace sospechar de todos y de todo. Alguien que se llama Indiana surge desde mi infancia. Tengo infección intestinal. Profesor, salga. Hábleme de Dios. Dios es cero más infinito. Dios es infinito y eternidad, todo y nada. Exactamente. El profesor se ha ido. Estoy en lecho de muerte. Soy perro y hiena a la vez. Todo a la vez. Mi hermano no fue enterrado. Lo tapiaron. Será famoso como Pericles o como Julio César. Sus cenizas hubieran penetrado mis pulmones si se hubiera quemado en las montañas.

Un silencio es una manera de acomodar la mente a la antipalabra. He guardado silencio durante siglos, durante milenios. Debo descansar, dejar que la palabra vuelva a crear mundos de diversos colores. Si digo que Juan Ciprián tiene los ojos azules, nadie lo creerá. Pero si digo que a la vuelta de la esquina hay dos terroristas, dos enemigos de un régimen corrupto, todo el mundo habrá de creerlo. Sí. Lo creerán porque verdaderamente existe un régimen corrupto y es ilógico que no existan entonces dos terroristas. Un fragor de espumas llena de sueño las pupilas de Juan Ciprián. Un árbol debe sufrir ocultamente cuando la sangre de un hombre abona sus raíces. Palabras de Juan Ciprián... A la sombra de los tiburones en flor... Juan Ciprián huye constantemente del mundo submarino. Es hombre de superficie. Farina será parte de algún tiburón pescado por Ciprián.

Siguen los silencios. Dos negritas vestidas de crespón bailan aún junto a mi cabecera. Tienen los senos sudados, y gritan a media luz pidiendo sexo. Cantan en «patois». Se me derrite aún el estómago. El fuego corre todavía del ombligo al techo e incendia las ciudades del cielorraso. ¡Malditos, váyanse de mi habitación! Hubo este silencio resumido y los demás siguieron diciéndose cosas. Era sudor, y

mar, bailaron mucho para hacer aquel charco de sudor... Y traían periódicos bajo el brazo. Hablaban de contrabandos: «Un cuantioso contrabando de armas de fuego y proyectiles fue descubierto ayer a mediodía en un depósito de la Aduana de esta ciudad». «Alcaloide: Sustancia que forma parte de un grupo químico de principios básicos o alcalinos de origen vegetal, que forman sales con los ácidos». Todo aquello me mareaba. Se mezclaba un contrabando con los alcaloides y el mar con el sudor. Se mezcla Juan con negritas que bailan y cantan en «patois»; se mezcla Juan con los restos de César o de Pericles. Un tiburón con alcaloides dentro. Tenía un uniforme verde olivo. No es posible. Todo es posible. Pero si es Farina. No la menciones, podría volver a suicidarse. Pero, ¿está viva? Sí, lleva un niño en los brazos. ¡El niño robado! Es Farina. Quiero irme a mi cuarto. Estás en el mar y en tu cuarto y en la playa y en la locura, y en el cerro y en la llanura y en todas partes, eres Dios... ¿Soy Dios?... No me he dado cuenta. ¡La inteligencia! No, la pesca. Farina dentro de un tiburón y yo Dios. Pero viva. Farina viva. Viva y muerta. Recién muerta y recién viva. A la izquierda de la muerte o a la derecha de la vida. Era cuestión de perspectiva. Juan Ciprián me miraba con sus ojos azules y quise volver a mi habitación. Las gaviotas se rompían contra los ventanales y el universo pensaba en que existe una concavidad a la inversa en todo seno de mujer nadie puede negarlo somos seres torpes considerados torpes por la mayoría de los dioses nada puede solazarse más que un ave perdida a toda velocidad sobre el espacio infinito aprendiz de marinería... ¡La luz, se hace la luz! El profesor viene con su cáncer, y Juan, también Ciprián; hay sangridad en todos los caminos de la tierra. La voz de mamá. ¿Cómo sigue el enfermo?... Sangridad y santidad son palabras parecidas: por mares de sangridad se llega al heroísmo. En estado de sangridad murió Juan. No existen montañas que hayan podido con su grandeza. Uno se eleva, es más ligero que el aire, el mundo está debajo. Vamos a Nueva York, allí viven los ricos de Wall Street,

Juan los amaba, quería ahorcarlos a todos. Juan era comunista y por eso murió. Vendrán días de fusil y cólera, Nueva York desde arriba parece un enorme puerco espín. Y también desde arriba, las tumbas son como depósitos de repuestos para automóviles. Yo veía cómo colocaban a Juan en su gaveta funeraria. Luego el leterrito –tal y como en las tiendas– con el nombre de la mercancía. Faltaba algo debajo del nombre: ¡Vendido! A alguno se le olvidó poner aquel rótulo indicador. Cuando enterraron a Juan todos lloraban, pero las abejas del colmenar comenzaron a zumbar violentamente. ¡Pobres muertos alados!, gimió alguien, tal vez yo mismo. Después supe que un muerto debe aprender muchas cosas. Debe aprender cuál es el estallido de la sombra de un general. La sombra de los generales pasea en automóvil y visita las casas de repuestos. Las ametralladoras, los cañonazos, el ritmo mortal y paralizante de los aviones. Un automóvil trajo el cadáver de Juan. Oigo el ruido de mil automóviles. Ruido fatal y descollante, con charrateras y foetes en las manos polvorientas y sucias de sangre. La cornada fatal de un automóvil es venenosa y nadie puede evitarla. Graduados en la delincuencia, los generales van de vida en vida, de muerte en muerte, de agónico en agónico. Acostadas partículas de muerte y de explosiones miran hacia los cielos. El viento de la montaña sigue siendo el traidor. Las tarántulas venían a son de bando y comprendí que aquí, entre estas cuatro paredes, me sería imposible matar a los dos locutores. Mañana los encontrarán desnucados. Mis tijeras están listas y he logrado firmar un pacto con la muerte. ¡Qué bien marchan las tarántulas! ¡Qué felicidad para sus amos, los tarantuleros del Norte!... Muerte. Muerte. Sin embargo yo soy parte de Juan, y hormigas disfrazadas de agentes policiales me recorren el cuerpo en busca de Juan. El cerebro es movable y desmontable como la cabeza, y la cabeza es un acto de fe, por eso los turistas compran cabezas reducidas inauténticas. Los malvados turistas no tienen la culpa de nada. Sin embargo en las montañas no hay turistas y el viento puede hacerse pasar

como tal. Aquí mis tijeras cortas, allá las cenizas negras. (¿Pedro Mir?)... Aquí las camisas blancas, allá las camisas negras. (Exactamente). Mi profesor, un hombre de números. Debajo del brazo un siete, sobre la cabeza un treinta y dos, sobre el corazón un 128888965432. Hombre de números, hombre de letras, hombre de fórmulas. Así se llama a la gente. Ahora ya no sé si me casé con Indiana, si la que digo que es mi prima Amparo es verdaderamente Indiana o si Indiana es la que dice ser mi esposa y yo sospecho que no es ella. Una sola mujer y miles de figuras saliendo de ella. ¿Eres la esposa de Juan que sube a traicionarlo?... Juan no se casó nunca o sí, o no, no, nada. Querida amiga, ahora te deseo y no vienes. He dejado de sentir tus pasos. Estás aquí, voy dejando de odiarte paulatinamente... He dejado de odiar hasta la luna redonda que hace cosquillas en mi corazón. Voy dejando de odiar las inyecciones de miel de abejas. Tengo la lengua dulce. Las abejas son buenas conmigo. Me esperabas siempre cerca de la avenida. Y yo lancé aquel anillo hacia el vacío. Sin embargo me confundo. Desde 1955 hasta el momento has vivido a escondidas. Te desnudas a escondidas y me amas a escondidas. Has sufrido a escondidas. Magnolias de Helena Rubinstein. Caigo en la cursilería, pero vislumbro ráfagas de claridad. No obstante, Santo Domingo no es una ciudad podrida. Digo lo contrario de todo lo que digo. Durante la infancia tuve una gaviota que solo comía peces, calamares españoles y espumas. Me la trajo tío Enrique. Las tórtolas envenenaron a la gaviota. Nadie puede probarlo, pero yo (yo, el maldito yo) sé bien que pudo suceder de ese modo. Por aquella época se entrecruzaban las conversaciones. Tiene la fiebre alta. Ha comido excesivamente de esas frutas. 41 grados es algo terrible, ¡Heyyyy!, la voz del idiota suena fuera de mi habitación. Alguien masculla una lejana canción de sol y cocoteros, mientras las gaviotas mueren en sus nidos. Y orino junto a los postes de luz; el líquido elemento baja por las alcantarillas. Recuerdo al hombre de la pensión. Ayer nos había dicho que mañana, y hoy nos decía que mañana

y mañana nos diría que mañana. Las malditas llaves girando y girando. Juan en la lejanía. La pensión era el mañana y el mañana siempre es mañana. Dormimos con las ropas encima. El cielo estaba lleno de estrellas y cada sombra denunciaba la tristeza del alma. Una, crash, dos, tris, crash, tris, rin, crash. Regresaron por fin los hijos del hospedero. Hicimos un cerco junto a la puerta, un redondel humano. Permanecemos a la expectativa, fumando y comiéndonos las uñas. Oriné de nuevo. Moriremos todos. Guardo un recorte de periódico: El secretario de Interior habló de la exterminación total. Moriremos todos en esas declaraciones. Ramos de sombra por los pies. Sangran las estrellas, el universo se desploma... el sueño no tiene fronteras; sé que no podré hablar algún día. Sé...



Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño.* E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir).* R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.

- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos. (Tomo I: 1896-1908).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos. (Tomo II: 1909-1916).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos. (Tomo III: 1917-1922).* José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano.* Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos.* Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Andrés Blanco Díaz (editor), Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario.* Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796.* Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre.* Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná.* Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño.* Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo.* Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501.* Fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General

- de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II, Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino. Traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población.* Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo II. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel.* Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilianarias.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos.* Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana.* José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas.* Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas.* Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo I, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961).* Tomo II, José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007.* Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*. H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*. Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIV *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvlado Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXV *Obras*. Tomo I, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVI *Obras*. Tomo II, Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

- Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. CIII *Escritos diversos.* Emiliano Tejera. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIV *Tierra adentro.* José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch.* Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008.* Consuelo Varela. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas.* J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CIX *Escritos pedagógicos.* Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en La Nación.* Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos.* Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.) Edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria.* Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXV *Antología.* José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana.* José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950.* Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.

- Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril.* Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861.* Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXX *Raíces de una hermandad.* Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXI *Miches: historia y tradición.* Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo I, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos.* Tomo II, Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista.* Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos).* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVI *Años imborrables (2^{da} ed.)* Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo.* Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948).* Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. CXXXI *Obras selectas.* Tomo I, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II, Antonio Zaglul. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX*, Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III, José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVII *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.

- Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Los acontecimientos y los documentos (febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLII *Meditaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia* (2^{da} ed.) Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe (1789-1854)*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLV *El Salvador: historia mínima*. Varios autores, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, 1501-1509*. Vol. II, Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico El Cable*. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. Tomo I, José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Edición de Roberto Cassá, Betty Almonte y Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

- Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 1. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen 2. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 5. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen 6. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Compilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.

- Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración*. Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración*. Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba*. José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic*. Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012)*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865)*. Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco*. Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878)*. José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos*. Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana*. Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de La mosca soldado de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Llubes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico Patria*. Compilación de Constanancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CC *El cacotismo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.

- Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona.* Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí).* 3^{ra} edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIII *La Hacienda Fundación.* Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana.* Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles.* Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico.* Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Aristides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación.* Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.
- Vol. CCVIII *Personajes dominicanos.* Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCIX *Personajes dominicanos.* Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno.* 2^{da} edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria.* Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos.* Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico.* Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario estadístico.* Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos.* José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.

- Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Informe de Coverdale & Colpitts.* Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez.* Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXVIII *Historia de Santo Domingo. La dominación haitiana (1822-1844).* Vol. IX. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXIX *La expedición de Cayo Confites.* Humberto Vázquez García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editorial Oriente, de Santiago de Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXX *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo).* Tomo II, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXII *Bromeando. Periodismo patriótico.* Eleuterio de León Berroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXIII *Testimonios de un combatiente revolucionario.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIV *Crecimiento económico dominicano (1844-1950).* Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXV *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una República.* Yoel Cordoví Núñez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y la Editora Historia, de La Habana, Cuba, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVI *Juan Rodríguez y los comienzos de la ciudad de Nueva York.* Anthony Stevens-Acevedo, Tom Weterings y Leonor Álvarez Francés. Traducción de Ángel L. Estévez. Edición conjunta del Archivo General de la Nación, de República Dominicana y el Instituto de Estudios Dominicanos de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY DSI), Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVII *Gestión documental. Herramientas para la organización de los archivos de oficinas.* Olga María Pedierro Valdés, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXVIII *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente.* Sergio Guerra Vilaboy, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXIX *La olvidada expedición a Santo Domingo, 1959.* María Antonia Bofill Pérez, Santo Domingo, D. N., 2014.
- Vol. CCXXX *Recursos de Referencia de Fondos y Colecciones.* Departamento de Referencias, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXXXI *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1575-1578)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXII *Cuando amaban las tierras comuneras*. Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIII *Memorias de un revolucionario*. Tomo I, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIV *Memorias de un revolucionario*. Tomo II, Fidelio Despradel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXV *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña (1897-1933)*. Bernardo Vega, editor. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXVIII *África genitrix. Las migraciones primordiales, mitos y realidades*. Zakari Dramani-Issifou de Cewelxa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXXXIX *Manual de historia de Santo Domingo y otros temas históricos*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXL *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo III, Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLI *Paso a la libertad*. Darío Meléndez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLII *La gran indignación: Santiago de los Caballeros, 24 de febrero de 1863 (documentos y análisis)*. José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIII *Antología*. Carlos Larrazábal Blanco. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLIV *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo*. César Nicolás Penson. Prólogo y notas de Rita Tejada, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLV *El Código Rural de Haití de 1826*. Edición bilingüe español-francés. Traducción al español y notas de Francisco Bernardo Regino Espinal, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVI *Documentos para la historia colonial de la República Dominicana*. Compilación e introducción de Gerardo Cabrera Prieto, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVII *Análisis del Diario de Colón. Guananí y Mayaguaín, las primeras isletas descubiertas en el Nuevo Mundo*. Ramón J. Didiez Burgos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCXLVIII *Por la verdad histórica (VAD en la revista ¡Ahora!)*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2015.

- Vol. CCXLIX *Antología de cartas de Ulises Heureaux (Lilís)*. Cyrus Veesser. Colección Presidentes Dominicanos, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCL *Las mentiras de la sangre*. Lorenzo Sención Silverio. Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLI *La Era*. Eliades Acosta Matos. Edición conjunta de la Fundación García Arévalo y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLII *Santuarios de tres Vírgenes en Santo Domingo*. Fray Cipriano de Utrera. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIII *Documentos del Gobierno de Carlos F. Morales Languasco 1903-1906*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIV *Obras escogidas. Ensayos I*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLV *Los comandos*. Bonaparte Gautreaux Piñeyro, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVI *Cuarto Frente Simón Bolívar. Grupos rebeldes y columnas invasoras. Testimonio*. Delio Gómez Ochoa, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVII *Obras escogidas. Cátedras de Historia Social, Económica y Política*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLVIII *Ensayos, artículos y crónicas*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLIX *Cartas, discursos y poesías*. Francisco Muñoz del Monte. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLX *La inmigración española en República Dominicana*. Juan Manuel Romero Valiente, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXI *En busca de la ciudadanía: los movimientos sociales y la democratización en la República Dominicana*. Emelio Betances, Santo Domingo, D. N., 2015.
- Vol. CCLXII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 1, tomos I y II*. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIII *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo. Volumen 2, tomos III y IV*. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIV *Ni mártir ni heroína; una mujer decidida. Memorias*. Brunilda Amaral, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXV *Zarpas y verdugos*. Rafael E. Sanabia, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXVI *Memorias y testamento de un ecologista*. Antonio Thomen, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVII *Obras escogidas. Ensayos 2*. Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXVIII *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo I. El fuego tras las ruinas, 1865-1931*. Ginetta E. B. Candelario y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXIX *Cien años de feminismos dominicanos. Una colección de documentos y escrituras clave en la formación y evolución del pensamiento y el movimiento feminista en la República Dominicana, 1865-1965. Tomo II. Las siempre fervientes devotas 1931-1965*. Ginetta E. B. Candelario, Elizabeth S. Manley y April J. Mayes (compiladoras), Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXX *La conspiración trujillista. Una fascinante historia*. Andrés Zaldívar Diéguez y Pedro Etcheverry Vázquez, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXI *Memorias del IV Encuentro Nacional de Archivos. Archivos regionales: derechos, memoria e identidad (Santo Domingo, 19, 20 y 21 de febrero de 2014)*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXII *The Events of 1965 in the Dominican Republic (documents from the British National Archives)*. Edición facsimilar. Presentada al Archivo General de la Nación por el embajador Steven Fisher, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIII *Obras casi completas. Tomo 1. Recuerdos, opiniones e impresiones*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXIV *Obras casi completas. Tomo 2. Cartas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXV *La Vega en la historia dominicana. Tomo I*. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVI *La Vega en la historia dominicana. Tomo II*. Alfredo Rafael Hernán-dez Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVII *Archivo General de la Nación. Ayer y hoy*. Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXVIII *Antes y después del 27 de Febrero*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCLXXXIX *Las columnas de bronce. Biografía de los hermanos Eusebio, Gabino y José Joaquín Puello*. Franz Miniño Marión-Landais, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXX *Bibliografía afrodominico-haitiana 1763-2015*. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXI *Notas sobre Haití*. Charles Mackenzie, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXII *Crisis de la dominación oligárquico-burguesa (1961-1966)*. Álvaro A. Caamaño y Ramón E. Paniagua Herrera. Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXIII *Balaguer y yo: la historia*. Tomo I, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIV *Balaguer y yo: la historia*. Tomo II, Víctor Gómez Bergés, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXV *Páginas dominicanas de historia contemporánea*. Antonio Hoepelman, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVI *Relatos biográficos de Francisco Alberto Henríquez Vásquez*. Investigación de Pastor de la Rosa Ventura, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCLXXXVII *El modelo anticaudillista y desarrollista del presidente Ramón Cáceres (1906-1911)*. José L. Vásquez Romero, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXVIII *La Barranquita. Hablan los patriotas y la traición*. Manuel Rodríguez Bonilla, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCLXXXIX *ENCUENTROS. En la República Dominicana*. Miguel Sarró, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXC *Minería dominicana. Desarrollo irracional*. Teóduo Antonio Mercedes, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCI *Antes y después del 27 de Febrero*. Segunda edición, Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCII *Los dominicanos*. Ángela Peña, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIII *Obras completas. Guerra de la separación dominicana. Partes de la guerra dominico-haitiana...*, Volumen 3. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIV *Obras completas. Compendio de la historia de Santo Domingo arreglado para el uso de las escuelas de la República Dominicana. 1867*. Volumen 4, tomos I y II. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2016.

- Vol. CCXCV *El proceso restaurador visto desde Cuba. Su impacto político y en la Guerra de Independencia cubana (1868-1878)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVI *La Era II*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCVII *Cronología: Revolución de Abril de 1965. Del 24 de abril al 25 de mayo*. Tomo I, Gerardo Sepúlveda, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCXCVIII *Historia de Santo Domingo. La separación (1844)*. Vol. X. Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCXCIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1578-1587)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCC *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios*. Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCI *Horacio Vásquez. Mensajes y memorias*. Tomo I. Compilación de Ricardo Hernández, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCII *Los intelectuales y la intervención militar norteamericana, 1916-1924*. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIII *Obras casi completas. Tomo 3. Notas críticas*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIV *Obras casi completas. Tomo 4. En la hora trágica y Días sin sol*. Federico García Godoy. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCV *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo*. Tomo I, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVI *Descripción topográfica, física, civil, política e histórica de la Parte Francesa de la isla de Santo Domingo*. Tomo II, M. L. E. Moreau de Saint-Méry. Traducción de Victoria Flórez-Estrada Ponce de León, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVII *Introducción al estudio de la historia de la cultura dominicana*. Ciriaco Landolfi, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCVIII *Los silencios de Juan Pablo Duarte. Luces y sombras de un hombre excepcional*. Francisco M. de las Heras y Borrero, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCIX *El gran olvidado*. Rafael Andrés Brenes Pérez. Compilación de Mario Emilio Sánchez Córdova y Margarita Piñeyro de Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2017.

- Vol. CCCX *La Comisión Nacionalista y la ocupación americana de 1916*. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXI *VI Conferencia Interamericana de Costa Rica, 1960 (sanciones contra la República Dominicana). Intervenciones de la Comisión Interamericana de Paz, 1948-1962*. José Antonio Martínez Rojas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXII *El cementerio de la avenida Independencia: Memoria urbana, identidad caribeña y modernidad*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIII *De súbditos a ciudadanos, siglos XVII-XIX (El proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), tomo IV*. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXIV *Bibliotecas privadas y vida cotidiana en la colonia de Santo Domingo*. Carlos Esteban Deive, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXV *Historiografía y literatura de Salcedo, 1865-1965*. Emelda Ramos, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXVI *Nacionalismo y resistencia contra la ocupación americana de 1916*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXVII *Mis dos Eugenio*. Giannella Perdomo, Santo Domingo, D.N., 2018.
- Vol. CCCXVIII *Palabra, canto y testimonio*. Fernando Casado, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXIX *Crímenes del imperialismo norteamericano*. Horacio Blanco Fombona, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXX *Obras completas. Memorias para la historia de Quisqueya. Rasgos biográficos de dominicanos célebres. Diccionario geográfico-histórico. Volumen 5*. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXI *Obras completas. Epistolario I. Volumen 6*. José Gabriel García, programa de coedición del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXII *El pasado como historia. La nación dominicana y su representación histórica*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIII *Normas editoriales Archivo General de la Nación*. Departamento de Investigación, área de Publicaciones, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXIV *Tras los pasos de Balaguer. Desde los aprestos para la Vicepresidencia hasta las elecciones de 1966*. Pedro Carreras Aguilera, Santo Domingo, D. N., 2017.

- Vol. CCCXXV *Un leviatán tropical: las redes clientelares de Trujillo en América Latina y el Caribe*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVI *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso*, tomo I. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVII *Vida social y cultural de La Vega en la primera mitad del siglo xx. Según el periódico El Progreso*, tomo II. Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXVIII *Brevísima selección sobre las ideas políticas en los escritos de Francisco Antonio Avelino*, Francisco Antonio Avelino, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. CCCXXIX *Redes del Imperio*, Laura Náter, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXX *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo I, segunda edición, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II, segunda edición, Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2018.
- Vol. CCCXXXII *Sin escudo ni armadura*. Orlando Gil, Santo Domingo, D. N., 2018.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. V *Padres de la Patria*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. IX *El montero*. Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo, D. N., 2017.
- Vol. X *Rufinito*. Federico García Godoy, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
- Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó, Santo Domingo, D. N., 2010.
- Vol. 4 *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidad de América*. Emilio Roig de Leuchsenring, Santo Domingo, D. N., 2017.

COLECCIÓN REFERENCIAS

- Vol. 1 *Archivo General de la Nación. Guía breve*. Ana Félix Lafontaine y Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
- Vol. 2 *Guía de los fondos del Archivo General de la Nación*. Departamentos de Descripción y Referencias, Santo Domingo, D. N., 2012.
- Vol. 3 *Directorio básico de archivos dominicanos*. Departamento de Sistema Nacional de Archivos, Santo Domingo, D. N., 2012.

La vida no tiene nombre/ Los ángeles de hueso,
de Marcio Veloz Maggiolo, se terminó de
imprimir en los talleres gráficos de
Editora Búho, S.R.L., en septiembre de 2018,
Santo Domingo, R. D., con una tirada de
1,000 ejemplares.

